

**POLA
OLOIXARAC**



M O N A



Pola Oloixarac

Mona

Literatura Random House

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Asia

“Mnemosyne, one must admit,
has shown herself to be a very careless girl”.

VLADIMIR NABOKOV, *Speak, Memory*

1.

“Por favor traigan sed de viajero y hambre de *delikatessen* nórdicas”, así terminaba la carta de invitación que había llegado por correo a su buzón del campus. La Meeting debía comenzar el jueves, pero les habían pedido a los escritores internacionales que llegaran un día antes. El periódico más importante de Suecia organizaba una fiesta especial para ellos, junto con el grupo PEN local: era la presentación del Premio Basske-Wortz, el galardón literario más importante de Europa y uno de los más prestigiosos del mundo. El código del evento era *smart sport*, lo que para los hombres implicaba una chaqueta.

Con anteojos negros, Mona avanzaba lenta entre las multitudes del aeropuerto, balanceándose entre el café y el trazo pastoso de Valium en la lengua reseca. Un pedacito para cruzar Estados Unidos, otro para saltar el Atlántico. Un espécimen más para el tirón París-Estocolmo. En California era imposible conseguir Valium a menos de que fuera a buscarlo a Tijuana, por lo que su *shrink* se lo enviaba regularmente por correo desde Lima, Perú. El Valium solo la hacía un poco más lenta, lo que, creía ella, la volvía más elegante.

—¿Podemos hablar?

Llevaba un impermeable beige, leggings negras y zapatillas blancas. Era relativamente alta, el pelo lacio en un rodete desarmándose en hileras castañas hacia el costado. Nadie podría haberla tomado por una ejecutiva o una abogada, nada en su aspecto cultivaba esa clase de severidad y sin embargo, a pesar de la apariencia sobria, había algo en ella que no era del todo normal.

La única marca visible de que se trataba de una escritora consistía, quizás, en su pésima vista. Sus anteojos negros iban bastante sucios, pero veía tan mal de cerca que no llegaba a notarlos. Se quitó los lentes y achinó los ojos: el vuelo estaba on time, faltaban diez minutos para abordar.

—*¿Estás en tu casa?*

Los mensajes sin responder se acumulaban en su teléfono, un moscardón atrapado en su bolsillo. Alguien que reparase en ella la hubiera visto mirar atrás varias veces, como si alguien estuviera siguiéndola.

—*No te puedes ir así. Voy a tu casa.*

Llamaron para abordar primero a los viajeros frecuentes, y en pocos minutos Mona tomó asiento en el avión. Le encantaba volar; a medida que la máquina se elevaba, sus pensamientos entraban en una planicie esponjosa de nubes, y le gustaba sentirse atrapada en un océano de aire, inalcanzable, abandonada a sus propios dispositivos electrónicos, prisionera y libre a la vez. Al despegar se sentía arrojada a la espiritualidad. No podía resistir la tentación de rezar avemarías, su niñez de pequeña católica subiéndole a la cabeza como una droga. (Los días de colegio en Lima, todas chicas en uniforme azul marino; la habían echado de esa escuela, licencia médica). Mona cerraba los ojos, y veía cómo la nave se sacudía en huracán y descendía a las profundidades, se disolvía en la inmensidad azul y explotaba bajo el agua. Simplemente dejaría de existir, con una novela debut y una obra maestra inconclusa atrapada en su computadora, que se ahogaría con ella en el vacío helado. Este pensamiento la ayudaba a relajarse.

Mona se repantigó y se masajeó las cervicales; el vecino más cercano era una especie de sapo grande al otro lado del pasillo.

—*No te escapes. Tenemos que hablar.*

¿Estaba escapando?, pensó sonriendo, mientras desenroscaba con dos dedos una miniatura de Stoli. Con los auriculares puestos, “Malatia”, de Mina (*Il Capolavoro Collection II*), se diseminaba dentro de ella como un narcótico

más. El teléfono se aplacó, como un animalito adormecido; aun si algunos mensajes seguían zumbando en su cabeza, entrar en modo avión le transmitía alivio. Sabía que una posibilidad era que la locura hubiera tomado el control. No estaba claro. Había seguido en comunicación con su sensei, el *chair* de Literaturas Romances e Iberoamericanas. Seguía en contacto con sus alumnos (al menos Raoul, su favorito, le había escrito un e-mail para saber cómo estaba). Nadie podía explicarse qué había motivado su comportamiento, que un profesor rival había denominado “su desaparición”. Sabía que el sensei había intentado contactarla, pero no podía forzarse a abrir su e-mail de Stanford, donde habitaban sus obligaciones como extranjera en Estados Unidos. Había colocado un mensaje automático: *No estaré leyendo e-mails*. No leer e-mails, en el corazón físico de Silicon Valley, equivalía a declararse muerto. La verdad, es decir, lo que ella se decía a sí misma, era que había comenzado a escribir uno de esos libros terroríficos, brillantes y peligrosos, como una mantis al acecho, semioculta en su belleza, esperando para atacar. Y ahora el libro había empezado a comérsela viva.

Había llegado a Stanford después de que las olas de su novela debut la arrojaran a las playas de cierto prestigio impetuoso, en un momento en el que ser “mujer y de color” constituía, en el vademécum del racismo bondadoso de Estados Unidos, una forma de capital. Las universidades compartían valores esenciales con los zoológicos clásicos, donde la diversidad marcaba su atracción y prestigio; en su rol de latina sobreeducada en plena administración Trump, Mona experimentaba su sereno cautiverio como una forma de libertad. A todos los doctorandos se les preguntaba, al ingresar, por su *ethnicity*: Mona había clickeado, debajo de Hispánica, Indígena y debajo había tipeado Inca, pensando que anclar su persona a un brutal y exquisito imperio del que tan poco se sabía era el antifaz ideal para el baile de máscaras tribales de la universidad. Aunque había nacido en Perú, en cualquier otra circunstancia le hubiera parecido delirante asumirse de ascendencia incaica, así como tampoco

hubiera dicho de sí misma, antes de llegar a Estados Unidos, que era una “persona de color”. Tenía el glamour de ser un animalito en extinción, como si su misterioso ADN fuera una lujosa diadema nacarada y las universidades elite fueran arcas masivas navegando el diluvio de Estados Unidos, llevando heroicas su misión de albergar dos de cada, aunque en rigor Mona se sentía más bien una sirena, mezcla de maravilla y presencia inexplicable cuyo destino real era vivir bajo el agua, flotando junto a los muertos. Por lo demás, no podía evitar sentirse una observadora externa, una sirena turista: todo el asunto le parecía una burocracia más o menos pintoresca, y la elección de subtipos raciales debajo de hispánica era obligatoria.

Su fantasía identitaria fue muy bien recibida en el campus (se relacionaba con su campo de investigación) y ahora Mona tenía la oportunidad de hacer una carrera que consistía en ser sí misma, lo más sí misma posible, aunque le hubiera venido bien sumar alguna que otra discapacidad física, ligera aunque evidente, pero nadie es perfecto al cien por cien.

Por otra parte, disfrutaba de cierta ventaja. El pedigrí intelectual de Mona había sido establecido de antemano: el histórico Jorge Rufini había calificado de “fenómeno radical” su libro debut, en una revista cubana que era el Chanel de la izquierda latinoamericana. La revista tenía la sofisticación indeleble de haber sido fundada por Fidel Castro, lo que la volvía el brazo culto de la Revolución; Mona se la imaginaba apilándose digna en el baño del Líder desde entonces. Lo que a Rufini le gustaba de la novela de Mona, lo que llamaba “su compromiso vital”, era que casaba la política y la literatura, el *sancta sanctorum* del Boom de la tradición Latam: esto había sido “dolorosamente poco común” en su generación, se lamentaba Rufini, desestimando por omisión lo que otros hubieran llamado “micropolíticas” y “escrituras del yo”, entre otras corrientes que para Rufini (otro editor de Cortázar y amigo dilecto de los autores del siglo pasado) eran tan micro que merecían la categoría de microbios literarios, subentidades a las que no cabía

dar importancia. En suma, el gran Jorge Rufini se había convertido en su sensei en Stanford y había catapultado a Mona como una especie de salvadora en el frente de guerra, la heredera del Boom, la hija tigresa de una estirpe feral que casaba los libros y las armas, la única aristocracia respetable en Latinoamérica.

—*No hay ninguna como tú, eso es claro. ¿Por qué te escondes?*

Pero en este momento puntual, #rightnow, de la vida de Mona, el tema no era tanto el libro que había escrito sino el que no podía terminar de escribir o, según el día, la completa mentira que significaba su persona y su vida. “Un montón de mierda para distraer de la cuestión fundamental, que es que ella no tiene puta idea de cómo narrar”, había escrito alguien en la sección de comentarios del Facebook del mismísimo sensei Rufini, y Mona había sentido esas palabras pixelarse a fuego en el corazón, al tiempo que las había despreciado por instinto, contestando ironías laterales agazapada en sus perfiles falsos de Facebook, donde concentraba el hemisferio troll de su cerebro.

—*Estoy en tu vida. No lo puedes negar.*

Los perfiles trolls tenían apetitos específicos, bastante explosivos cuando se mezclaban con el repertorio cannábico de Mona. La socia destacada era *white recluse*, tetrahidrocannabinoide puro de máximo voltaje, ingenierizado para arrojarte a un remolino interior desde donde resistir las brutas realidades del año 2017. Mona había tomado la sugerencia de su capitán troll y ahora fumaba todos los días. Diseñado para dejar afuera toda cepa de paranoia, una bocanada de *white recluse* bastaba para quedar *colocated* seis horas, que Mona pasaba envuelta en una bruma durante sus clases o haciendo networking, que es como los americanos llaman a socializar, porque así justifican la amabilidad y la camaradería con el trabajo. Lo que más disfrutaba era la impunidad fugitiva del veip. De lejos y de cerca, parecía una lapicera, el humo que trepaba de su boca apenas se veía; si alguien le preguntaba algo, podía

decir que fumaba una infusión de manzanas. Podía fumar delante de todos, lo que estaba terminantemente prohibido; hacerlo en público confirmaba su sensación de que era un ser positivamente invisible, inexistente.

En general, sus paseos por el odio cibernético tenían un pico en las horas violetas de Sudamérica, cuando en California aún era mediodía y el sol de Palo Alto golpeaba el mundo sin piedad. Mona encendía el veip y apagaba el teléfono resignada, mientras en otra dimensión de la conciencia universal —de la que indiscutiblemente formaba parte, y de la que nunca hubiera osado escapar— su cuerpo digital era vapuleado, insultado y desmenuzado, sin que pudiera ofrecer resistencia. Mordisqueaba su lapicera y arrastraba los pies por las grandes avenidas, que en realidad eran autopistas a nivel del paso, completamente vacías de seres humanos.

—*Sabes que no puedes dejarme así.*

A veces Mona recalaba en la estación de Caltrain, la línea de tren que recorre la península y une San Francisco con Palo Alto. Se sentaba en un banco del andén y miraba a la gente subir y bajar de los vagones, las vías vacías, y divagaba, mientras repasaba los detalles relativos a su muerte. Yacía acostada y había gente que la palpaba con cuidado, le medían el pulso, extraían documentos de sus bolsillos y su cartera. Llamaban a Stanford, llamaban al sensei, a la secretaria académica. Qué iban a hacer con su cuerpo: obviamente lo más lógico era donarlo a la ciencia, el cuerpo de una latina inca hispánica no blanca de color pertenecía, por supuesto, a la universidad, ¿no podían cremarlo sin más ni más, o sí? ¿No sería una lástima, un desperdicio? ¿Con qué parámetros podían distinguirla del desperdicio? El tren destrozaría sus partecitas femeninas, ¿y cuál sería el uso para la ciencia en ese caso? Diezmada bajo el Caltrain estaría rompiendo su contrato como *fellow*; no: era necesario permanecer mujer, hispánica, sudamericana y con el cuerpo entero, por la puta virgen santa de Judith Butler. Se imaginaba hindúes y rubios en batas médicas, estupefactos ante sus tetas lujosas, inertes. Estas ideas solían

llevar a una orgía *post mortem* en el Stanford Medical Center, y en el último de estos episodios, en una seguidilla dudosa que devino en un *black out* total, Mona se encontró dormida en uno de los andenes de cemento. La calidad del cannabis californiano que consumía era de primer orden.

—*Cierro los ojos y te veo. Conmigo.*

Se llevó la mano a la cabeza; tenía el pelo pegado al suelo de la estación. Su cerebro era un pantano; no sabía cómo había llegado allí. Estaba aturdida y en la niebla de la mente se mezclaban los muebles, un bar, claros y oscuros apiñados unos sobre otros como después de un sismo seguido de alud. Se pasó las manos por el cuerpo, húmedo y frío. Le dolía el brazo; encontró su piel rayada y ardidada. El teléfono tembló con un silbido ronco; él también era un sobreviviente.

Volvió a casa y se dio una ducha larga, hirviente. Se abrazó bajo los haces de agua; sentía como si hubiera caído varios pisos al vacío, absorbiendo dentro de ella el impacto del cemento. Salió de la ducha y se miró al espejo: una mancha violeta le cerraba el cuello. El rostro estaba intacto, pero su cuerpo se veía como una pintura de Egon Schiele, o una pintura de Egon Schiele que hubiera tenido un accidente de auto. No recordaba ningún auto, ni un inyectable de Egon Schiele, no recordaba nada.

Quizás, el dolor era la pulpa interior, la sustancia informe que espera la llegada del nuevo exoesqueleto, pensó Mona, recordando un video viral que había visto cientos de veces, de pequeñas mantis cambiando de piel. Si sigo así, si puedo seguir así, quizás me transforme en otra cosa, se dijo en voz alta. El teléfono zumbó, reactivo y atento a su voz. Google sugería que hiciera el check-in en el vuelo. ¿Cómo podría haberlo olvidado? El festival en Suecia, el Premio Basske-Wortz al que había sido nominada.

Se acomodó un pañuelo de seda en el cuello, tapando la marca. Miró su reflejo de perfil, desnuda; al menos se veía muy delgada. ¿Y si ganaba el Basske-Wortz? Se desanudó el pañuelo de seda y extendió sobre la cama el

pasaporte europeo; la billetera; tres conjuntos de ropa interior, violeta, verde y rojo; buen maquillaje podría disimular su Egon Schiele corporal. ¿Cuánto tiempo duran los moretones en el cuerpo? Se puso unas pantis rosas y un corpiño negro, se tumbó en el colchón y estiró las rodillas haciendo girar los tobillos finísimos, elongando las uñas pintadas de *rouge radical*. El pie izquierdo se curvó en una leve inclinación hacia el derecho, los dedos torvos como una logia severa de enanos sin rostro: *Our warmest congratulations, Miss Mona Tarrile-Byrne. The world is yours.*

2.

Doscientos mil euros; trece finalistas, un ganador o ganadora. Llegados de distintas partes del mundo y reunidos en la Meeting, el festival más prestigioso de Suecia, para honrar la memoria de Edmond Virgil Basske-Wortz, el mejor amigo de Alfred Nobel. ¿Y si ganaba? Dejaría Stanford para siempre, se internaría en la selva, viajaría hasta perderse por el Pantanal de Brasil. *Si te mudas al Pantanal, podrías vivir con cien dólares al año, y el resto gastártelo en médicos para tratarte las infecciones y enfermedades que contraigas ahí. Podrías quedarte toda tu vida en la selva porque seguramente te morirías bastante rápido, ¡no estaría mal!* Acallado en el teléfono, Antonio seguía sonando en su cabeza; necesitaba un botón de modo avión para tipos como él comentando su vida.

Se desabrochó el cinturón de seguridad, cerró el pastillero dorado donde guardaba las mentas y chupó un poquito más de Valium. Al otro lado del pasillo, el hombre que parecía un sapo echaba miradas furtivas a las azafatas y a Mona; a su lado, una señora dormía con la cabeza ladeada hacia él. Mona se acomodó los auriculares (“Addicted to love”, Ciccone Youth) y deslizó su teléfono como una serpiente hacia la parte delantera de las leggings, dejando el pequeño orificio donde se conecta el cargador perpendicular sobre su clítoris. Cerró los ojos; las sensaciones agradables acompañaban el devenir spa de su mente, anticipando la Meeting y la canastita de oro del Premio Basske-Wortz al otro lado del arcoíris.

Su visión comenzaba como una porno nórdica tradicional: hombres apenas cubiertos por una toalla en el sauna y ella misma, pasada de rosca, en modo

alcoholismo extático y barbitúricos amigos. El placer no se deducía de las acciones concretas de los partenaires, no había un circuito de acciones a seguir, sino, más bien, un estado de pérdida de conciencia asociado al placer. Al borde del desmayo, casi sin control muscular, Mona emergía del sauna envuelta en una bata de algodón que descubría una pierna, besada y masajeadas por su nuevo amigo (y luego dos, y luego tres) en pija. Como limeña, había renunciado a llamarlas *pilila* después de un novio argentino, y desde entonces les decía pija. Las pijas eran radares de atención, antenas eróticas hechas para detectar cada matiz de su deseo rodante; lustrosas y rosadas, se dividían las regiones ardientes de su cuerpo de chola adicta y lujuriosa. El hombre sapo debía estar mirando, adivinando la escena, pero no le importaba. No le gustaba el sapo, pero ese no era el punto; podía empatizar perfectamente con el apetito sexual que despertaba en otros, sapos incluidos, porque ella también se excitaba consigo misma. Si no había necesidad de separarlos, los puntos de vista se superponían, la histeria y la excitación sexual se mezclaban entre sí, y Mona estaba tan entonada que se tomó un *upper* para contrarrestar la laxitud de su placer. Como si el festival fuera una ocasión para la fiesta imaginaria de su vida, descendió con su pequeño *carry-on* completamente borracha en el aeropuerto de Estocolmo.

El encanto de conocer un nuevo aeropuerto la consoló después de llevarse por delante un carro de equipaje (otro moretón, ¿cuánto tiempo duran los moretones en el cuerpo?), aunque solo reprimió un alarido de dolor cuando le expropiaron su neceser de pequeños lujos en la conexión en París, Charles de Gaulle. La agente de seguridad, una morena de tipo marsellés, se mostró comprensiva ante la pérdida (Chanel y Clarins) pero eran las reglas del aeropuerto. Mona abrió los brazos en cruz, se masajeó las cervicales y se entregó al manoseo de otra agente, una rubia con el pelo atado en una cola de caballo. Cuando la rubia detectó algo duro junto a su bragueta, una modesta y, sin embargo, evidente protuberancia en las leggings, Mona se encogió de

hombros como si no entendiera francés para que la agente tuviera que meterle la mano en el bolsillo delantero. La rubia metió los dedos en su bragueta y Mona miró el techo lejano, *C'est l'argent, vous voyez*, todavía crucificada en el aire.

En Arribos, un hombre encorvado y gris sostenía el nombre de Mona escrito sobre un cartón. Se presentó como Sturlussen, como Snorri, solo que un poco más joven; la cara de perro siberiano se frunció ante su propia ocurrencia. Mona sonrió enternecida. Sturlussen agregó unas disculpas sobre su español hablado, no era todo lo bueno que solía ser, desde que se había dedicado al estudio profundo del castellano medieval, y es que nada había sido lo mismo —ni nada podría serlo jamás— desde que había traducido el Quijote al sueco primero, y luego al finés.

Estos pequeños bits de información eran la antesala que preparaba el mundo de la Meeting y, por consiguiente, el Premio Basske-Wortz. Que personas tan eruditas como el mismísimo traductor del Quijote pudiesen emplear su tiempo en recoger gente en un aeropuerto era la prueba de que el festival era puramente literario; una verdadera labor de amor, de seres congregados por el mismo dios hecho de libros, talento y sacerdocio. Que Mona se encontraba entre amigos, literatos *comme il faut*. Snorri parecía sentirse perfectamente cómodo en el código de la falsa modestia, compartiendo en forma de disculpas sus prodigiosas habilidades lingüísticas, y a continuación se excusó por no manejar el argot peruano: conocía mal el español de las colonias.

Los interrumpió la llegada de Philippe Laval, la última sensación de las letras francesas. Habían volado en el mismo avión desde París, pero Mona recién notaba la calva incipiente, los círculos negros de los Ray-Ban dentro del círculo mayor de la cara. Su nariz descansaba rodeada de pálidos almohadoncitos de carne; debía ser bretón, pensó ella, anhelando que el pico de sex appeal de la Meeting no se agotara ahí. El otro escritor que tenía a cargo Snorri, un argelino, volaba desde Catar y había chequeado su equipaje

con la aerolínea; tenían que esperarlo. Parados junto a sus elegantes *carry-on*, los dedos de Mona y Philippe apenas se rozaron al darse la mano en un apretón blando, casi reticente, pero ella no pudo evitar sentir la rágafa caliente de su aliento.

Al llegar, Khalil Al-Azem les prensó las manos calurosamente. Se pasó un pañuelo de tela por la frente, estaba maravillado de lo bien que había viajado; uno de los asistentes de abordaje había leído una de sus novelas, y lo habían ascendido a Premium Economy; un servicio de primera, doscientos canales de tvé, la aerolínea catari era de lo mejor. Ya en el taxi, Mona empezó a marearse, a calcular el tiempo que le tomaría abrir la ventanilla para sacar la cabeza afuera y vomitar. Delante de ella, Snorri y Khalil conversaban muy animados sobre *Las mil y una noches*, y Laval parecía dormido bajo los Ray-Ban. Mona abrió la ventanilla. El aire fresco le acarició los párpados con suavidad rehabilitadora. Aire venido del hielo, como efluvios añil en torno a un iceberg, se imaginó que Suecia era el témpano de hielo gigante contra el que estrujaría su cuerpo amante.

En la fiesta de bienvenida, los recibió la ministra de Cultura, una mujer delgada de unos cincuenta años, de pelo corto con gel, estilo lesbiana de Wall Street. Les dijo en inglés: Escritores de Rusia, Armenia, Alemania, Irán, Israel, Macedonia, Perú, Argelia, Corea del Sur, Japón, Albania, Italia, Francia y Colombia, estamos encantados de tenerlos en casa y esperamos que disfruten la Meeting, que empieza mañana. El Premio Basske-Wortz será otorgado a uno de los invitados al final de las cuatro jornadas de conversaciones; aunque solo una autora o un autor se llevará a casa los doscientos mil euros, el solo hecho de haber sido nominados (de estar aquí, con nosotros) es un logro literario de suyo y un honor especial para los organizadores de la Meeting. La ministra agradeció a todos en sueco y luego explicó que su inglés era *just for business* y que, como se trataba de literatura, una labor de amor, ella prefería dirigirse a los autores en francés, que,

además, era su lengua favorita. Se dedicó entonces a hacerle cosas *gore* al francés durante unos minutos; Mona se entretuvo mirando a Philippe, ocupado en estudiar el piso con expresión trágica. Los invitados engullían el bufet; Mona, que no se había quitado el piloto, bebía despacio su cava, y como no podía distinguirse qué llevaba debajo del impermeable, el conjunto le daba un aspecto de exhibicionista de los años 80. Guarecida tras el cristal de la copa, examinó a la breve legión de escritores que sería su compañía durante días, pero estaba cansada del viaje y no se sentía especialmente social esa noche, así que usó Google Maps para volver sola al hotel.

—*¿Podemos hablar? Voy a estar en Skype.*

Las calles de Estocolmo eran un laberinto azul y desierto. Una capa de humedad cubría la ciudad, dando a los adoquines un resplandor cinematográfico. Las botas de Mona no tenían la suela engomada y se resbaló un par de veces. Y cuanto más resbalaba, más se apuraba. Caminaba aferrada a la llave de su departamento en Palo Alto; andando rápido, con el teléfono zumbando de mensajes no contestados, por momentos se sentía desvanecer.

—*¿Sabes qué es lo peor? Me preocupas, Mona.*

De vuelta en el cuarto de hotel, se extendió en la cama tensa y dura. Se desenroscó el pañuelo del cuello y apoyó la mano sobre el hombro izquierdo, que ahora le ardía, como si el dolor migrase de regiones en su cuerpo. ¿Cuánto tiempo duran los moretones? Prendió la luz del baño y apagó las demás, dejando la pequeña habitación en penumbras. No le vendría mal vomitar un poco, limpiar la serpiente interior, pero no sentía la inspiración. Fumó un poco el veip, elongando las piernas, y se estiró a lo largo de la cama dura. El haz rasante de la computadora iluminaba sus nalgas como colinas apacibles. En Skype, una carita titilaba verde: llamada entrante.

—*Mi senti? Mi senti?*

Mona quitó la *band-aid* que tapaba la cámara (así se protegía de los eventuales espías, hackers y enemigos literarios). Tenía treinta mensajes no

leídos de Antonio, los borró. Quien llamaba no era él.

—Mona, mi senti?

En cámara, Franco la saludó sin camisa, en italiano, porque sabía que la lengua de Dante la excitaba. Era el tipo de italiano que uno encuentra en Estados Unidos, o generalmente fuera de Italia; o lo que Franco llamaba, de manera sucinta, un tipo alto. El eje fundamental de su existencia era probar que no, los italianos no son cálidos, amigables o dulces; o quizás sí, pero solo si son de baja estatura y autoestima aún más baja. Como los gatos, Franco se orientaba con relación al sol; buscaba el punto justo donde su cabeza rubia se volvía fluorescente bajo la luz, y entornaba los ojos con un aire melancólico, confiado en que el recuerdo vintage de Marcello Mastroianni miraría a través de él.

Mona se mojó los labios. Cruzó y descruzó los soquetes, un detalle que pensaba que le gustaría. Se sentía deliciosa en un sentido inapreciable para Franco, como comprobó después de hundirse dos dedos bajo la seda de las pantis. (Quizás estaba algo más deliciosa que de costumbre, porque había olvidado bañarse). Franco y Antonio se superponían en el tiempo, no era infrecuente que ambos titilaran verdes en su móvil a la vez; sin embargo, eran bien distintos. Se interrumpió *ipso facto*. Mona no quería pensar en Antonio, lo había condenado al ostracismo total, al modo avión perpetuo, a él y a todo lo que lo rodeaba; apenas presentía su cercanía, sus mensajes constantes, lo enviaba al *empty trash*. Franco, en cambio, se veía más que apetecible, y el idioma italiano la enloquecía.

Lo había conocido durante un semestre en Princeton, mientras Mona terminaba un máster antes de cruzar a la costa opuesta, a Stanford. El Departamento fomentaba la cercanía entre estudiantes, regando los coloquios de vino y galletitas que atraían a becarios famélicos. La vida en las universidades americanas era dura, especialmente en el este; alejados de sus hábitats naturales, los latinoamericanos pasaban períodos entumecidos,

congelados, solo salvados por la fe en el régimen monacal de la academia, su fuente espartana de dinero y cobijo, aunque por dentro ardían en el recuerdo del contacto con las personas, y de cómo era estar entre personas. Mona y Franco intercambiaron sus altivas credenciales, midiéndose a unos bancos de distancia; antes de que empezara la charla Franco se escabulló, y Mona lo vio por la puerta entreabierta llenando su mochila de las olivas y las galletas ofrecidas en la mesa. Durante el coloquio “Amazonas Tardomedieval: perspectivas y omisiones”, ella se olvidó de él por completo: buscaba referencias para un ensayo que pergeñaba sobre el Amazonas escondido tras la conquista, el planeta secreto que había resistido la llegada de Europa en la oscuridad inexpugnable de la selva. El Amazonas la fascinaba porque todo lo que parecía real, sagrado y *existente* se desvanecía, y Mona sabía, con una certeza visceral, que en esa monstruosidad escurridiza se escondía un mundo fuera del tiempo, la caverna real que mostraría cuán ilusorias eran el resto de las teorías del mundo. La única manera de encontrar la caverna de la cultura occidental era, justamente, salir de ella, y el gigante oculto tenía un espíritu propio que la electrizaba, y que le aseguraba que todo estaba por hacerse pero todavía permanecía escondido, en clave, en un linaje de textos *obscuri per obscuriam* que solo ella podía enrollar con un dedo. Después de la charla, Mona descartó asediar a los expositores y se quedó ordenando sus notas profusas, cruzando y descruzando las piernas largas en jeans, algo que Franco leyó como una performance explícita para quedarse a solas con él. La invitó a una fiesta clandestina en el pueblo: un *speakeasy* auténtico, la casa de una mujer turca que abría su garaje para jugar ruleta y vender alcohol.

Compartieron un auto hasta la casa de la turca, y Franco la guio a través del patio trasero, decorado de hierba crecida y maderas amontonadas. Mona iba detrás, divertida y confiada en el italiano sagaz que acababa de conocer. Nunca había estado en esa parte del *town*, un arrabal humilde de casas simples.

Llegaron al porche de fachada mohosa y Franco pronunció la contraseña. Se escuchó un *hey*, y la turca descerrajó la puerta. La siguieron por la cocina; dos niños pequeños los miraron pasar, encaramados sobre platos marrones de legumbres. En el comedor, grupos de hombres silenciosos jugaban a las cartas. Había una barra improvisada, algunos sillones tapizados de flores estridentes.

Mona y Franco se ubicaron en una esquina de la barra y pidieron Glenlivet sin hielo. La turca le señaló el toilette, y Mona desapareció por un pasillo y volvió fresca, con un top negro de seda ligera sobre su jean gris ceñido en un cinturón de cuero falso que le marcaba la cintura. Era la única mujer en el lugar, además de la dueña de casa, que de tanto en tanto emergía de la cocina con bandejas de vasos llenos y se retiraba con vasos vacíos, la niñera abnegada de los chicos que jugaban al blackjack en su comedor. Mientras bebían los Glens, Mona empezó a contarle su visión de las literaturas andinas bajando la montaña en un alud de rocas violentas. Le habló del runa simi, *la lengua de la gente*, un talismán de la literatura futura, porque obliteraba la música rancia del mundo tal como lo conocían (esas fake news del hombre blanco). El whisky le soltaba la lengua y las manos, que subían y bajaban dejando ver destellos de su corpiño lavanda; pero Franco no pareció notar el corpiño expuesto ni una vez, la mirada Mastroianni flotando en la lejanía de la puerta entreabierta del baño de la turca. Él la escuchó con expresión algo grave, académica, hasta que le asestó un chupón de lengua a modo de contraargumento.

En Skype, Franco se quedaba en boxers. Miraba a cámara y se masajeaba la pija despacio, con movimientos delicados, como un peluche tubular. Mona curvó la espalda como una gata, tratando de que los soquetes entraran en cuadro detrás de su cola en flor. Franco y Mona se conocieron en inglés pero se hablaban en español.

—¿Te conté lo que me dijo Graciela, no? (Franco acomodó su pelo rubio, una hipotenusa que terminaba con la punta de la pija en cámara).

—No. (Mona puso la boca en forma de beso).

La pija de Franco tambaleó en el aire, contrariada.

—¿En serio no te lo dije? Que el campo intelectual no será igual... después de que lea ese paper.

—¿En serio dijo eso?

—Ya lo mandé a la Modern Language Association. Honestamente, creo que voy a revolucionar el campo con este paper. *Vieni più vicino al cazzo.*

Franco acercó la pija a la pantalla, canturreando un verso de Cavalcanti (Vá tu, leggera e piana / dritt'a la donna mia), y Mona llevó la mano a su bombacha, la cámara enfocada en su ser triangular. Se había depilado hacía pocos días y los poros se pegaban al tul rosado, como hocicos húmedos de conejitos; Mona empezó a tocarse y una ráfaga helada se apoderó de ella. En la pantalla saltó el ícono de Antonio (tres nuevas llamadas perdidas) y su mente quedó en blanco; con un reflejo automático lo bloqueó. Cerró los ojos, tratando de volver a la escena, y los abrió: los de Franco miraban intensamente un punto en la pantalla, que no estaba centrado en ella.

3.

En la primera salida como grupo perdieron a un poeta armenio en el centro de Estocolmo. ¿Alguien lo había visto y recordaba su aspecto? Nadie parecía capaz de evocar una característica personal, salvo que era un poeta armenio. ¿Quizás tenía pelo marrón, enrulado? ¿Era alto o bajo? ¿Se parecía a alguien? Cómo voy a saber a qué se parece, ¡parece un poeta armenio!, bramó uno de los autores árabes desde el fondo de la van. Mona iba sentada junto a una señora escritora de Corea del Sur; trataba de concentrarse en el Tranströmer bilingüe que había comprado en el aeropuerto.

¿Pero nadie lo ha visto? ¿Nadie habló con él desde que dejamos el hotel?, preguntó insistente Lowena, la coordinadora asistente de la Meeting. Lowena era editora de *Skogsrå*, una revista literaria de Estocolmo, y una pieza infaltable de la Meeting: había estado con ellos desde sus inicios en 1994, cuando comenzaron como un coloquio en las afueras de Malmö en carpas de camping, hasta ahora, que el festival era uno de los más prestigiosos de Europa, con cuatro días de lecturas y amenas conversaciones en un exclusivo resort del campo sueco. Cuatro días de intriga y quieta desesperación, hasta ver quién se llevaba el botín de doscientos mil euros del Premio Basske-Wortz.

Afuera de la van, unos patos rumiaban gentiles por la plaza, sin evidenciar temor por los humanos. Eran aves bastante gordas, cercanas a los cisnes pero más retaconas y chocantes en su indiferencia total por la presencia humana. Recostada sobre la ventanilla, Mona sintió la urgencia de salir de la van y perseguirlos un rato, un poco de *carpe diem* mientras continuaba la búsqueda

del poeta armenio. La dama coreana sentada junto a ella había empezado a tejer una lana en tonos pastel. Corretear patos con la cabeza llena de Valium, qué idea genial, pensó, y volvió a sumergirse en el Tranströmer.

*The blue sky's engine-drone is deafening.
We're living here on a shuddering work-site
where the ocean depths can suddenly open up
shells and telephones hiss.*

“Oh, Tranströmer”, comentó la coreana mirándola de rabillo, mientras tejía. ¿Qué le parecía? ¿A qué se parecía Tranströmer? ¿Si tuviera que encontrar un poema suyo entre la galaxia de poemas susurrados por el mundo, podría reconocerlo? ¿Era visible lo Tranströmer del mundo? ¿Tenía una opinión sobre todo esto? Mona no podía mover la boca para preguntarle. La dama coreana siguió tejiendo impávida.

Atrapada entre el libro, la coreana y la ventana, Mona podía escuchar el murmullo amable de las conversaciones de los escritores. Generalidades de la luz diurna: Ah, no sabía que Karl Ove Knausgård había sido invitado a la última Meeting. Sí, hace dos años, un tipo bastante guay, solía venir con su mujer, Linda, pero desde que se separaron (tema de sus últimas novelas) se reparten los festivales europeos para no coincidir. Modiano es un autor *middlebrow*, pero su libro *Rue de boutiques obscures* de los años setenta es terriblemente cinematográfico. ¿Es algo bueno, en literatura estos días, ser cinematográfico?, la pregunta ronca de un hombre había quedado sonando en el aire.

Finalmente, el poeta armenio llegó a la van. Se había quedado comprando souvenirs para llevar de regreso a sus hijos y había perdido de vista al enjambre de escritores de la Meeting que atravesaba la ciudad. Era atlético y pequeño, con la barba marxista tumultuosa que estaba de moda en Brooklyn.

Los escritores lo aplaudieron al llegar, un ruso grandote lo abrazó efusivo o borracho.

—Me alegra que no hayamos contribuido nuestro granito de arena al genocidio armenio —comentó el escritor de Argelia, generando algunas risotadas corteses.

Otro consideró que sería un buen golpe de publicidad para esta edición del Basske-Wortz: la entrega de un premio literario era el escenario ideal, y poco explorado, para un crimen. La desaparición de un hombre de una pequeña nación, y poeta, volvería el misterio de difícil resolución: ¿qué enemigos podría tener? “Sería de difícil resolución para un mal escritor”, comentó una mujer secamente, la mirada severa sobresaliendo apenas sobre los cristales de las gafas.

—¡Armenian poetry’s not dead! —gritaron desde el fondo, en un acento indistinguible.

La pérdida y la recuperación del poeta armenio produjeron una euforia pasajera; como excitado por esa energía, el conductor arrancó el motor.

Anduvieron dos horas rumbo al norte. La van y su precioso cargamento de escritores cortaban el paisaje en una serie de panoramas verdes y azules. Se sucedían las coníferas y las praderas, y repentinas formaciones rocosas a la vera del camino en marrón rojizo y crema, como cascadas de bizcochos marmolados. El cielo tenía una reverberación metálica, la carga eléctrica de una tormenta que acechaba en la distancia. Aún no habían visto mucho del sol sueco de verano prometido por la ministra de Cultura, pero Lowena, sentada junto al conductor, pronosticó un clima maravilloso para el fin de semana. Por las dudas, se distribuyeron capotes de lluvia de plástico amarillo, junto con el programa de la Meeting, un cuaderno para notas que llevaba la leyenda “Writers Block”, y la cara de cada uno de ellos impresa a color en el catálogo.

Mona durmió todo el camino, abrazada al Tranströmer y al catálogo como almohadas favoritas. Cuando descendieron de la van, se calzó los anteojos

negros medio dormida y reptó a su cabaña, una construcción a dos aguas dividida en dos pequeños apartamentos. Dos bancos simétricos del porche permanecían como guardianes mudos. Mona trepó el par de escalones del porche con su valijita y prácticamente rodó sin caerse hasta aterrizar en la cama, un placer triunfal en su resaca olímpica.

Media hora después, un hombre de sobretodo gris oscuro atravesó los mismos escalones, para llegar a la cabaña contigua. Era un poeta islandés, con una larga barba como un derviche. Arrastró un pequeño *carry-on* detrás de él, entró en su habitación y trabó la puerta.

Esa noche, Mona soñó con un cuerpo de agua negra subiendo desde el lago, con un cargamento silencioso de animales muertos, ahogados en la marea. El líquido oscuro entraba por la ranura de la puerta, la sorprendía en cama, cubriendo todo el piso. La silla crujía contra el escritorio, empujada por la presión del agua. Las ventanas estaban levantadas: algo la observaba desde afuera, respirando cerca. No debo gritar, pensó, o el animal que deambula hambriento vendrá por mí. Se despertó temblando, empapada de sudor.

4.

La primera sesión de la Meeting comenzó a las 9 a.m. El programa enumeraba una serie de conferencias, con intervalos para tomar café y almorzar; al cabo de las charlas, cuando todo terminase, la ceremonia de entrega del Premio Basske-Wortz acontecería a la caída del sol junto al lago (si llovía, en la Patrick Hus). Todas las charlas tenían lugar en una carpa blanca espaciosa emplazada sobre el césped; el espacio se dividía en una pequeña tarima y largos bancos de madera alineados como los asientos de los fieles en las iglesias. La carpa se apoyaba en el punto más elevado de una pequeña colina; a un costado se encontraban las cabinas de los intérpretes, que hacían traducción simultánea de las conversaciones de los paneles. Las charlas, que cada uno de los escritores había enviado con antelación en inglés, poseían su versión en sueco. Donde la carpa terminaba, la vista se perdía en una bahía espejada, y la colina descendía suavemente en una pradera de flores pequeñas, blancas y amarillas.

Con una taza de té verde en la mano, Mona entró despacio en la carpa. Había dormido demasiado, bajo capas profundas de Ambien y Valium, además del jet lag; se sentó atrás, desde donde sería más sencillo salir a fumar. Era una fumadora inconstante pero los grupos, especialmente los grupos del métier, le producían ansiedad, y más cuando se disponía a pasar varios días con ellos en un entorno en el que las chances de escapatoria eran reducidas. Solo la tranquilizaba que hubiera poca gente “en español”, porque los escritores se tomaban muy en serio su idioma y eso los volvía agresivos. La falsa familiaridad de tener la cultura “latina” en común la repelía, y

socialmente —en la sociedad global de los escritores, a la que pertenecía, aunque fuera de manera forzosamente reacia e itinerante— no había nada peor que recalar en el grupo de los desclasados por su monolengua. Mona se sentía mucho más cómoda en compañía de otros idiomas, es decir, prefería vivir *en traducción*, acorde a sus gustos literarios, más interesada en la lírica de terror nipona o la poesía nigeriana en hausa que por la vida de los narcos ricos, los intelectuales ricos y los intelectuales que se hacían ricos escribiendo sobre los pobres en Miraflores, Buenos Aires, Ciudad de México o Santiago, que tanto aborrecía. Además, compartir un idioma podía ser una faena compleja, que requería de traductores imposibles. Una vez, en ocasión de otro premio (que no ganó), Mona había terminado insultada por un escritor de Murcia que no había entendido un chiste. El español quería elogiar la literatura peruana y, por cortesía al lugar común, defenestrar la propia, la española; Mona le dijo que de ninguna manera había tomado dos aviones para ir a hablar bien de la literatura peruana, y se puso a defender la literatura española. “¡Nuestro Javier Cercas destroza a tu Vargas Llosa en un minuto!”, tiró el guante Mona, imaginando que el tipo continuaría la broma, pero la ira del murciano se encendió, sulfurado no tanto por las palabras en sí, que seguramente no escuchaba, sino por el aire de seguridad y suficiencia con el que Mona ejercía su *côté* público, volviendo un intercambio ocioso en algo que parecía una verdadera *pelea intelectual*, tan inusual en esos eventos. El tipo se levantó de la mesa señalándola con el dedo, mientras Mona, sentada entre dos hombres que no entendían lo que ocurría, contestaba lacónica que debía haber un malentendido, que quizás él conocía mal el español de las colonias. En cambio, vivir en traducción era como nadar en una piscina olímpica: la gente se ignoraba amablemente, todo el mundo adoptaba cierta deferencia anglosajona, se respetaban los carriles individuales, y Mona podía disfrutar de su propia exotividad, deslizándose a sus anchas por un océano propio, sintiéndose única y especial.

Pero no era solo una preferencia lingüística. En general, los escritores europeos estaban acostumbrados a que a nadie le importara lo que escribían, tenían claro su rol insignificante en la sociedad; esto se traducía en la humildad de sus conductas. No siempre era así: en ciertas etnias el escritor mantenía un estatus de rockstar, y esa importancia no siempre era benéfica; Philippe, el escritor francés, transmitía un halo de infelicidad y una reticencia a participar de la vida humana que se levantaba como un campo magnético a su alrededor, como una madeja de energía negra; al pasar frente a Mona la miró de reojo, Moleskine en mano, antes de acomodarse junto a una salida lateral. Los autores latinoamericanos tienen esa fantasía de excepción a la francesa, pero basada en ser blancos educados en países de analfabetos, había comentado con Antonio una de las primeras veces en que se habían visto. La mano de Mona tembló y el té se derramó sobre el cuaderno. ¿Por qué temblaba cuando recordaba a Antonio? *Empty trash*, mascullo.

Se sentía mareada, entumecida, no del todo preparada para enfrentarse a otros humanos. Quizás era la onda expansiva de escritor atribulado de Philippe, afectándola (en rigor, aunque Mona lo tapase, era el veneno de Antonio colándose en su mente, como los tentáculos de un aguaviva ardiéndole bajo el agua). Recordó algo que le había dicho hacía un tiempo su amigo Vlad, un novelista ruso de unos sesenta años que había conocido en Iowa, una residencia célebre en el medio de la nada yanqui, cuando Mona era una principiante en el circuito de las residencias de escritores. Según Vlad, experto autodeclarado en Nabokov versus sus contemporáneos rusos, la paz solo existía en Iowa “porque no sabemos los idiomas de los otros, nuestra ignorancia nos protege”. Vlad tenía ojos rasgados de tártaro y vivía en Georgia, la zona más castigada por Stalin, el georgiano más famoso. Para probar su punto, añadía que había compartido residencias con compositores y músicos, y eso sí que era el infierno. Según él, la paz entre los músicos era imposible porque todos podían reconocer quién era un genio y quién no era

más que un artista mediocre; la música era un universo transparente, donde el genio y la mediocridad eran verdades autoevidentes y eso no podía traer más que odio, desconfianza e infelicidad. En definitiva, no saber idiomas facilita la convivencia, porque si supiéramos de verdad qué escribe cada uno, si pudiéramos entenderlo y sentirlo como se siente la música, en esta residencia nos estaríamos asesinando unos a otros en nuestras camas, concluía con calma el ruso.

Mona acomodó su cuaderno de notas sobre las rodillas y sorbió lo que quedaba del té. Algo, alguien, la observaba fijamente. Se acomodó el pelo para echar un vistazo disimulado y se sobresaltó al ver los ojillos negros de un zorro fijos en ella. No había visto un zorro en su vida; parecía una alucinación en el umbral de la carpa, bello y trágico, detenido frente a ella con un fulgor de otro mundo. Mona le enseñó la palma de la mano para que la olfatease, y el zorro desapareció, la cola caramelo como un abanico de plumas.

Una mujer morena se sentó a su lado, aleteando un chal blanco sobre los hombros. Llevaba un vestido rojo al cuerpo, algo escotado, y clavó unos tacos rojos altísimos en el pasto. Debía tener alrededor de cincuenta años. “Qué bonitos”, susurró Mona, más curiosa que admirada. Su look era una oda a lo impráctico, la encarnación de cierta idea literaria de qué viene a ser una mujer; su *belle poitrine* se adivinaba con facilidad *sur le balcon*, como si hubiera salido de una novela de detectives, donde su destino era ser asesinada o ser un personaje menor (como la testigo poco creíble). La autora agradeció el cumplido con una amplia sonrisa.

—No me quito jamás los tacones. *¡Sono una donna italiana!*

Brava, la condecoró Mona, que no recordaba que hubiera ningún representante de Italia en la Meeting. O sí, un autor de Sicilia, Fabrizio Castelli o Castelloni, no recordaba. Se llamaba Carmina, había nacido en Albania y era su primera vez en Suecia. Mona se la imaginó ganando el Premio Basske-Wortz, dando entrevistas a bordo de un crucero, sonriendo en

vestidos Dolce Gabbana junto a niños desposeídos. Al frente de la carpa, los oradores del nuevo panel tomaban su lugar. El primer orador, Abdullah Farid, aproximó el bigote tupido al micrófono. De chaqueta azul, con anteojos de diseñador con marco naranja, Abdullah emitía un vago aire a Omar Sharif. Su voz era oscura y profunda, pronunciaba la V y la W con un dejo alemán:

—Mi historia empieza en Irán, en el tiempo en que yo estaba por salir de Irán. Tenía veinte años cuando estalló la Revolución, y el Irán que yo había conocido estaba por desaparecer. Y yo amaba la vida, amaba la libertad, y la vida tal como la había conocido había terminado para siempre en Teherán. Un hombre me ofreció un pasaporte y un salvoconducto a Nueva York por quince mil dólares. Por nueve mil, podría ir a Italia, pero yo tenía solamente diez mil, entonces, el hombre me dijo que podía llevarme a Copenhague y desde allí llegaría a Nueva York. Primero nos tuvieron en un campo de refugiados en las afueras de Copenhague. No les voy a hablar de eso porque el día está todavía comenzando y no los quiero deprimir. Para el momento en que nos liberaron y nos dejaron entrar en la ciudad, solo me quedaba dinero para sobrevivir. No podía hacer el salto a Nueva York. Así fue que me quedé en Copenhague.

Abdullah examinó a su audiencia por encima de los anteojos anaranjados, como tomándoles el pulso a los oyentes, lo que hacía a su punto de partida.

—Nunca en mi vida había escuchado una palabra de danés. Tenía que aprender todo de cero. Me establecí en un pequeño apartamento, un conocido de mi familia en Irán me dio un empleo, y así pasaron dos años, en los que seguía escribiendo en farsi. Pero yo era un tonto, estaba perdiendo el tiempo. Pensé, ¿cómo voy a hacer dinero para vivir en Dinamarca si escribo en persa? Tenía que aprender danés rápido, así podría escribir en danés. Por ese entonces mi bigote era muy negro y tupido, y las mujeres danesas querían ayudar. Y las mujeres danesas eran hermosas y se enamoraban de mí y yo escribía como podía y ellas corregían mi horrible danés de principiante. Y así fue como publiqué mi primer libro de cuentos en danés.

Abdullah hizo una pequeña pausa para beber un sorbo de agua.

—Y así fue como llegó el éxito. Publiqué seis novelas en Dinamarca, cinco libros de cuentos y, más recientemente, mi traducción del Corán, que ahora, con tanto placer, se traduce al sueco —agregó con una inclinación de cráneo—. Ese fue mi regalo a Europa, llevar esta magnífica pieza de lenguaje y compasión al lugar que merece, el de un clásico en una prosa de distinción. Y la gente venía y me decía: Abdullah, tus libros se publican en todas partes. Te dan premios, tienes dinero. Tienes una casa preciosa, una mujer hermosa, una televisión. La gente lee y discute tus libros, a los críticos les gustan y a la gente común también, ¿qué más quieres? Y yo les decía: ¡Yo quiero más! ¡Dinamarca es un país pequeño, piensan que el éxito es suficiente, pero no es suficiente!

Las risas, hasta entonces sosegadas, estallaron bajo la carpa. El candor egomaniaco de Abdullah era irresistible, su felicidad tenía algo tan directo y real que hacía que todo el mundo se sintiera cómodo. A excepción de Carmina, la dama de los tacones rojos sentada junto a Mona. El chal blanco de Carmina se había espiralado en una jhiab sobre la cabeza y escuchaba ensombrecida, muy seria.

—Esto que les digo a ustedes se lo digo a los muchachos árabes, a los jóvenes que llegan a Europa. Me los encuentro por la calle y los veo tímidos, torpes. Sienten que no pertenecen, y eso se nota en su mirada, en su actitud. No son felices. Tratan de ser como los europeos y no funciona, porque no lo logran. Creen que tienen que esconder una parte de sí mismos, cambiar el árabe que hay en ellos por el europeo futuro que se esconde en ellos. Sustituir uno por otro. Y yo les digo: ¡No! No tienes que esconderte, no tienes que asimilarte. Es al revés. Es exactamente al revés. Son tus modos árabes, tus maneras árabes, lo que los europeos tienen que empezar a aprender y asimilar. Porque... ¡Europa está embarazada! Somos millones viviendo en Europa ahora y millones más están llegando. Podrán contenerlo por un tiempo, pero

¡nadie, nadie jamás podrá impedirlo! ¡Y venimos por más!

Mona aplaudía, doblada de risa. Abdullah Farid era como “BLKKK SKNNN HEAD”, de Kanye West, encarnando un King Kong fabuloso en total comando de su encanto y poder. No podía dejar de disfrutar cuando alguien exótico (uno como ella) le daba la voz a la amenaza y desechaba los roles menores, falsamente amigables de la cultura; Abdullah traía una profecía inevitable. ¿Creías que el problema musulmán eran los atentados, las mujeres que se rehúsan a ponerse un bikini y prefieren meterse al mar en pantalón? Piensa mejor.

El escritor de Argelia y el armenio aplaudían rabiosos, contagiados, y los nórdicos reían y comentaban animados el efecto Abdullah. Le pareció evidente que Abdullah había abandonado toda perspectiva del Premio Basske-Wortz y por eso podía entretenerse dando discursos así; algo de la euforia desatada entre el público tenía que ver con esta certeza, como si los electrizará su valiente abdicación. Era una solución elegante: en lugar de esperar a la ceremonia del premio para lanzar su bomba, Abdullah prefería pavonearse orgulloso entre sus misiles. Mona se entretuvo pensando en Europa preñada de millones de cigotos; ahora, el mapa mismo de Europa le parecía una mujer desparramada en el agua, con la bota de Italia en un pie y el brazo extendido (¿pidiendo ayuda?, ¿relamiéndose de placer?) en forma de Dinamarca. ¿Cómo convencer a las mujeres de que allí no estaba la felicidad, si los árabes eran lo suficientemente hermosos como para atraerlas? Un golpe masivo de ADN, bayonetas de semen penetrando los úteros europeos en una estrategia paramilitar incontrolable porque estaba hecha de amor y seducción, y al amor y la seducción no podía encerrárselos en campos de refugiados. Mona vio a un hombre apuesto mirándola mientras aplaudía divertido con la situación. Era demasiado guapo para ser novelista, pensó: tiene que ser periodista, autor de no ficción. Tenía una chaqueta con cuello de cordero o símil cordero parecida a la de *Blade Runner 2049*. Su aspecto era nórdico, de pelo oscuro; quizás era

un “alpino”, como Goebbels llamaba a los arios con cabello oscuro. Mona se masajeó el cuello y devolvió la sonrisa. Quizás era un gringo a secas.

Pero la admonición de Abdullah no había terminado.

—Les he contado la historia de cómo me convertí en un escritor danés, pero omití un detalle importante. El más importante de todos. No les conté que tuve una ventaja. Porque yo ya sabía lo que era crear un lenguaje desde cero. Inventar un lenguaje mío, propio. Mi padre, en Persia, era sordo y mudo de nacimiento. Desde pequeño, la única manera que tenía de comunicarme con él era a través de los signos que los dos inventábamos. Teníamos nuestro propio lenguaje, mi padre y yo. Un lenguaje es siempre inventar el mundo desde cero, aun si solo se trata de un padre y su hijo. Aprender un lenguaje es inventar todas las cosas que contiene, incluso si parece que un lenguaje es algo que preexiste, que estaba ahí desde antes que nosotros, solo porque lo pronunciaban otras bocas. Empecé a escribir historias de muy joven porque sentía que tenía que dar voz a mi padre, que murió sin haber podido nunca escuchar su propia voz. Tenía que darle voz a la gente de mi pueblo. Tenía que darle voz a la gente de Irán. Y por eso escribo, todavía hoy, para darles una voz a aquellos que no conocen más que el silencio.

Mona había dejado de reír, como toda la carpa. Se sentía transportada a una calle ruidosa y amarillenta de una novela de Naipaul, viendo al padre sordomudo con sus grandes ojos color miel, llenos de cosas que nunca podrían escapar de él. La paciencia de la crianza, el amor en el silencio... Abdullah había transmitido todo eso sin mencionarlo, había elevado y estrujado sus corazones con la sola fuerza de su voz. Mona pensó en las noches guturales del humano, cuando todo era estrellas y graznidos y el lenguaje de los hombres todavía no se daba forma en la oscuridad de las gargantas: todos habían salido a cazar, las mujeres y los hombres fuertes arrastrándose al ras del suelo, invisibles a las fieras. Quedaban los que no se podían mover. Los que no sabían enfrentarse a un mamut ni arrojar una lanza. Los viejos y los niños, los

incapaces y los tullidos: así había surgido el lenguaje, porque hacía frío y era de noche y apenas podían ver, entonces había que hablar en susurros para que no los devorasen las fieras.

¿Cuántas cosas quedaban sepultadas bajo el silencio? Que todo el universo tuviera que conjurarse *ab ovo*, de cero, con la fuerza necesaria para perforar esos aludes invisibles, para que la historia de *lo que había pasado realmente* no quedase atascada, la estremeció a su pesar.

Mona extrajo un Kleenex mentolado de la cartera; una lágrima pequeña se estaba formando bajo su ojo. A menudo sentía invasiones de emoción, raptos súbitos de tempestades interiores, que reprimía lo más contenidamente que podía. Una lágrima mínima era capaz de arrastrar una catarata repentina, como esas transformaciones chamánicas donde un humano atraviesa un río y sale convertido en puma; solo que Mona llevaba el río y los pumas con los que no quería encontrarse encima, a punto de desbordar. Apretar el Kleenex la ayudaba a retomar el control de los músculos faciales, su *poise* internacional.

—Yo también estoy llorando —susurró una voz masculina detrás. Mona giró. Los ojos verdes del hombre resplandecían húmedos bajo el humo quieto del sol tamizado por la carpa blanca.

Era Chrystos, un joven autor de Macedonia, con quien había intercambiado miradas tímidas en la fiesta de PEN. Su piel era blanca y brillante, con finos labios rosados. Ella le alcanzó el paquete de Kleenex con discreción. Compartir un gentil llanto con un extraño, ¿no era impensable y, por lo tanto, adorable? Estaba encantada de venir a la Meeting; quizás no era necesario emborracharse perdida, al menos no inmediatamente. Quizás era posible pasar estos días sin estar completamente intoxicada. Quizás, después de este intervalo de intriga y angustia, podría emerger triunfal, coronada y arropada en el armiño delicioso del Basske-Wortz y su séquito de euros; quizás, solo estaría realmente perdida si estuviera en otra parte. Mona recordó a una mujer que había conocido en una residencia de artistas en Provenza. Una escritora de

Hawái, autora de un libro llevado al cine, que le había dicho que nunca leía nada en traducción. “América es tan enorme, ¡hay tanto para leer!”, explicaba la escritora de Hawái. Comentó que había una literatura de Nebraska y otra literatura del norte de California y otra del sur gótico, mientras que por supuesto ella contribuía a una incipiente literatura de Hawái. De a poco los escritores iban encontrando las historias locales que su mercado quería consumir, y a medida que crecía esta oferta de historias los lectores se iban entusiasmando y acrecentando, de modo que eventualmente cada escritor local abastecía de historias a su público y los escritores locales podían vivir de lo que escribían, igual que los productores de grosellas de los mercaditos orgánicos de los sábados. Iban en el Peugeot 308 de una escultora francesa, cruzando viñedos camino a la casa del Marqués de Sade. El camino tenía muchas curvas y la hawaiana pidió que bajasen la velocidad porque se estaba mareando. Después de un silencio, Mona le dijo: “Bueno, yo también podría haberme quedado en mi casa y no aprender inglés ni francés, pero es más divertido estar en el mundo y conocerlo, ¿no crees?”. Por el espejo retrovisor, la escultora francesa le había dedicado una mirada discreta de felicidad, mientras apretaba el acelerador.

El discurso de Abdullah alcanzaba su momento cosmo-místico-megalomaniaco. Abdullah abrió los brazos:

—A todos los que se quedaron en Irán, a todos los de mi pueblo. A todas las mujeres oprimidas por el régimen y a todas esas personas cuyas voces están silenciadas, a todos ellos: yo voy a ser su voz. Estoy aquí, en este mundo, para ser su voz. Gracias por escucharme.

Carmina lanzó un suspiro fuerte como un rebuzno y alzó la mano imperiosa, reclamando su turno para hablar. Varias cabezas giraron inquisitivas, y Mona se encogió sobre su cuaderno, deseando volverse zorro y salir disparada hacia el bosque. Carmina susurró algo en el oído de Mona, que no entendió una palabra pero no se animó a preguntar. Aplausos. La alocución de Abdullah

había terminado y comenzaba la ronda de preguntas y respuestas. Carmina se puso de pie y levantó la mano. Le alcanzaron un micrófono, era imposible ignorarla.

—Lo siento, Abdullah. Tú no eres mi voz. ¿No crees que es un poco vanidoso de tu parte dar voz a las mujeres oprimidas en Irán, solo porque eres un hombre que tuvo la suerte de emigrar de joven y escribes y publicas en Occidente? Tú, tú entre todos los hombres, ¿tú eres la voz de los silenciados? Todos esos niños, hombres y mujeres que jamás tendrán una voz mientras dure el régimen, ¿y tú crees que se la vas a dar? ¿Tú, tú con tu bigote que seduce a las mujeres danesas? Abdullah Farid, respóndeme: ¿quién te crees que eres?

Pero antes de que Abdullah pudiera responder, una escritora de Israel tomó el micrófono y conectó la situación con el Holocausto. La escritora de Israel habló de la importancia de dar voz a aquellos que la han perdido: es nuestra misión como escritores traer a la vida lo que otros han decidido matar. Chrystos batió las pestañas, un corredor frondoso cercando dos pupilas iridiscentes; las lágrimas solo habían servido para embellecerlo un poco más, dándole un brillo dramático.

—Creo que necesito un trago, susurró.

La escritora de Israel, Hava Pinkus, le pasó el micrófono a un hombre prácticamente albino que se presentó como Akto Perksson, uno de los escritores nórdicos. La Meeting tenía su parte internacional y su parte escandinava, que incluía media docena de autores de Noruega, Suecia y Finlandia, invitados para contribuir a la conversación internacional de la cultura vikinga. Akto explicó que traducía del griego y del latín, también del sueco y del finés, pero hace poco se había decidido a escribir ficción en sueco, por lo que le parecía importante proferir su comentario en ese idioma.

Las vocales suecas de Akto se desataron bajo la carpa en pequeñas explosiones húmedas, y los autores visitantes se colocaron los estéreos para escuchar la traducción simultánea. La intérprete al inglés usaba expresiones

como *bueno, tú sabes* en un acento de Kansas que le daba a todo un aire ameno y optimista; bueno, tú sabes me ha pisado un camión; bueno, tú sabes, me quedan dos meses de vida. El sol artificial de Estados Unidos se elevaba sobre los fantasmagóricos lenguajes de Europa, esa vieja embarazada, y entonces la intérprete dijo *bueno, tú sabes, los últimos treinta años han sido pacíficos en Europa, claramente tenemos que continuar por el camino de la paz.*

Chrystos dejó caer la mandíbula como un dibujito animado. Mona supo de inmediato que había encontrado su estrella gay del festival. “Al parecer, las únicas guerras que importan son las que implican a Francia, Estados Unidos e Inglaterra”, murmuró Chrystos. Y le devolvió el paquete de Kleenex.

Claro, Bosnia y Serbia. Y de allí Macedonia, Montenegro y la *yugoangst*. Como si compartiera el estatus de Facebook de su amigo en voz alta, Mona, cuya mente se había recostado en el asiento de atrás del cerebro, se sorprendió diciendo en voz alta “la guerra está en todas partes”. Las palabras salieron y se convirtieron en algo que sobresaltó un poco a Chrystos, mientras una corriente de anguilas eléctricas imperceptibles pareció agitar el pequeño mar de cabezas que tenía delante. ¿Era eso lo que hacían ahí, soltar animales imperceptibles en el aire? Las ideas corrían una suerte tanto o más peligrosa dentro de la mente que afuera, cuando se las soltaba; también, adentro, a las ideas las esperaban las pirañas para despedazarlas. Dentro de la carpa, todas las cosas que los invitados escribieran en el aire con el cuerpo podían ser captadas en video, no existía la intemperie. Mona se llevó la mano al cuello, envuelto en seda.

Entonces notó que Philippe Laval, la sensación de las letras francesas, la miraba desde la zona media de los bancos. Ambos se hundieron de nuevo sobre sus Moleskine. Ella había leído su primer libro, una comedia sobre un muchacho muy inteligente, traumatizado por la *École Normale Supérieure*, que deja París por la vida retirada y noble del campo. ¿Cuál sería la víctima de

sus encantos? Miró alrededor; el escritor alpino de no ficción no estaba por ninguna parte.

La sesión de preguntas y respuestas terminó con un gran aplauso. La dama de los tacones ya no estaba a su lado. Abdullah jamás llegó a contestar su pregunta; habituado a estas arenas, era un profesional de dejar que las ganas de hablar de cada uno prevalecieran en los Q&A. Chrystos se acomodó el foulard de seda al cuello y deslizó el dedo índice por el codo de Mona:

—¿Quién es tu editor en Francia?

—Gallimard.

—Mmm, ¡bien! El mío es Flammarion.

—Excelente.

—Sí, no es Gallimard, pero es bueno también.

Cuando él quiso saber más, Mona sonrió: sí, no estaba mal, con calculada deferencia. En realidad era un asunto bastante divertido, agregó, porque su editora Marianne Dubaut había sido la traductora al francés de Gabriel García Márquez durante treinta años; en fin, todo en la editorial se hacía con extraordinaria atención y esmero. “Divertido”, “no está mal” era el inglés blando que había aprendido en las universidades americanas: una estela de adjetivos triviales para puntuar su falsa modestia.

—Guau —comentó Chrystos—. Qué envidia, estar rodeado de esa energía. La energía del Boom, los escritores Boom, ¿así les dicen, no? ¿Todavía son importantes para los jóvenes de Sudamérica? Yo pienso que es importante rodearse de grandes personalidades. Ahora todo es tan... sin gracia. ¿No lo crees? Es como si a nadie más le importara tener *una personalidad*. Ser artista es como ser un profesor o un abogado. Venir a un congreso de escritores es como ir a un congreso de dentistas. Eso fue lo mejor de Abdullah, que no parecía un dentista. ¡Discúlpame si tus padres son dentistas! Por otro lado, es cierto que a veces la personalidad puede ser una materia absolutamente opaca, ilegible. ¿Te has cruzado con Ragnar, el poeta islandés?

¿Conoces su obra? Me senté junto a él en la van y le dije que admiraba su trabajo, que lo admiraba casi *demasiado*, porque había leído todo lo que había salido en alemán (tuve un novio de Colonia y ¿has visto como antes los gays se daban sida? Bueno, él me dio el alemán), y después de un rato, Ragnar me dijo que lo sentía mucho, que ese lugar, la van donde estábamos, no era un buen lugar para ser un escritor de escritores. No volvió a hablarme en todo el viaje; y estaba bien despierto, ni siquiera trataba de disimularlo. Solo miraba el paisaje. ¿No es gracioso? ¿Crees que quizás tenga Asperger? ¿Crees que le darán el Premio Basske-Wortz? Una parte de mí piensa que nos hacen venir hasta aquí para que seamos su corte, para hacer de relleno, porque es obvio que si lo invitan y él *viene* es porque se lo darán a él; y otra parte de mí piensa pues fantástico. Me encantará ser parte de su corte. ¿Tú qué piensas?

¿Qué pensaba Mona? Que el alpino de no ficción estaba muy lejos, que se había quitado la campera Blade Runner y que el azul marino le iba bien, pero no dijo nada. Chrystos y Mona salieron de la carpa con sus tazas de té vacías. Inmóvil sobre el lago lapislázuli, un astro amarillo tenue despedía la sombra de un lento calor. Chrystos había publicado un bestseller europeo sobre la familia de Sigmund Freud y pertenecía claramente a otra liga, la liga que en efecto vendía; Mona, en cambio, era mucho más *niche*. La próxima charla estaba por comenzar, “me vuelvo a la cabaña a escribir un rato”, susurró Mona, soplando un beso.

—¿De veras puedes escribir en medio de estas cosas? Qué envidia, que lo disfrutes. Espera, recordé algo. ¡Por favor, no pienses que estoy obsesionado! Lo estoy, pero solo un poco, *lo normal*. Es sobre Ragnar. En la van, lo observé todo el viaje, en visión periférica, por supuesto, para no crísparlo, y noté algo *realmente* curioso. El poeta de Armenia bostezó varias veces, mientras hablaba con un ruso que me daba la espalda. Yo bostecé, y Hava, que estaba sentada junto a mí del otro lado del pasillo, también se contagió el bostezo. Pero Ragnar no bostezó jamás. ¿Ves a dónde voy? El reflejo empático no está

en él. El hombre está prácticamente fuera del lazo humano.

Mona emprendió el camino ondulante que llevaba de regreso a las cabañas. La Meeting había tomado un resort de verano, ubicando a los escritores en una serie de cabañas rústicas, mientras que las actividades comunes del desayuno, el almuerzo y la cena tenían lugar en la Patrick Hus. La cabaña que le habían asignado consistía en una casita doble, dos cabañas unidas por un pequeño porche; pero todas eran peligrosamente parecidas, y tampoco se acordaba del número.

Mona inhaló profundamente el aroma de los eucaliptos, el frescor herbal del campo sueco, encendió el veip y aspiró despacio. En una ventana, vio una enorme espalda velluda frente a un televisor; detrás, un hombre semidesnudo sentado. Rusos, tal vez, pensó Mona y desvió la vista para no ser indiscreta; algunos probablemente compartían habitación, un suplicio intolerable que no podía siquiera imaginar. Trató de recordar el camino que había hecho y se alejó de las cabañas, de cara al declive del terreno que llevaba al lago.

Un pequeño grupo de personas caminaba hacia ella. No eran más que cinco o seis hombres, vestidos con ropa oscura. El que iba delante llevaba un suéter rojo y una especie de cayado. Debían ser exploradores de los bosques, pero le llamó la atención la uniformidad del grupo, como si fueran de un culto religioso o un equipo de fútbol. Mona levantó la mano en saludo, pero ellos se internaron entre los árboles, sin percibirla en absoluto.

En la cabaña, se aseguró de que las persianas estuvieran bajas y que nadie pudiera espiarla de afuera. Se acostó sobre la cama pulcra y abrió la computadora. Dos mensajes de Raoul, su estudiante favorito, preguntando si estaba bien. Llamadas perdidas de Antonio en casi todas las aplicaciones, una foto del *cazzo* de Franco, pero las ignoró. Cerró los ojos, se le partía la cabeza. Se levantó para lavarse y esparció sobre su cara una pócima transparente y verdosa; la máscara de baba de caracol prometía dejar atrás la sequedad del avión y la resaca intoxicada. Le dio unos besos al veip, y volvió

a la cama doblada de tos. Con la laptop en el pecho, seleccionó “Vorrei che fosse amore”, de Mina, y puso un canal porno.

Los videos empezaron a cargarse y, sin prestar mucha atención, Mona googleó a algunos de los participantes de la Meeting, pero no pudo encontrar al escritor alpino de no ficción. Debajo de la acción, algunas lucecitas verdes titilaban, llamados de Skype no atendidos —Antonio de nuevo—, y su novela en proceso que la esperaba minimizada, lejos de los clicks.

En la pantalla, un muchacho morrudo con el pelo a media americana masajeaba la nena de una chica pelirroja, mientras uno más pequeño le chupaba el culo. Ella era muy profesional, arqueaba la espalda exponiendo el cuello a la cámara, se dejaba hacer. Movía su melena hasta los hombros y miraba fuera de cámara, como si no estuviera del todo ahí, como si sus partes no fueran del todo suyas; a Mona le pareció que dedicaba sus movimientos a alguien fuera de campo, que no era la audiencia ni sus partenaires. Le gustaba imaginarse la vida mental de esos momentos, la conexión entre el placer y el estar “en otra parte”, ensartada y a la vez inalcanzable, inaccesible, guardiana única de un goce complejo que no era trivialmente idéntico a la aventura del cuerpo. Un hombre, en cambio, estaba obligado a ser uno con la urgencia física, condenado a la unanimidad con su pene cíclope; pero las chuchas no, podían flotar, arremeter, llenarse glotonas y vaciarse voraces, y por eso, exhalaba Mona en su paja teórica de dopamina, las chuchas eran órganos filosóficos *par excellence*. Las chuchas eran las que ponían el cuerpo donde los filósofos lo escatimaban; para que lo perforen, lo zarandeen, lo penetren y lo volteen, mientras la socia mental hacía su revolución íntima, secreta y personal. Era curioso que incluso el movimiento feminista #MeToo se hiciera eco de este sentido, aun si no lo explicitara, porque #MeToo quería decir literalmente *pound-me-too*, lo que en español de las colonias sería dame masa a mí también, rompeme toda, cogeme a mí también, etc.; pero nadie reparaba conscientemente en eso, y #MeToo pasaba a la historia como sinónimo de

emancipación y libertad. Por momentos, ella parecía susurrar algo, dirigirse a alguien que solo ella veía, como un cuadro clásico de alucinación. ¿Con quién hablaba fuera de campo? Se llamaba Naomi, I MOAN, pensó Mona, que siempre daba vueltas las palabras a ver si decían otra cosa: yo pienso, luego gimo. ¿Le dejarían moretones? ¿Cuánto duran los moretones en la piel? La imagen de un hombre vestido de negro observándola mientras le daban por atrás la estremeció.

Mona cerró los ojos y se bajó las pantis, chupó sus dedos índice y mayor y se introdujo despacio en su mundo interior. Exhaló despacio, su cuerpo expectante ante la llegada brumosa del placer o el pensamiento, lo que viniera antes.

Skype, llamada entrante. ¿Era posible que hubieran leído el manuscrito? ¿Tan rápido? Mona se aclaró la garganta y acomodó la *band-aid* sobre la cámara de la computadora. Estaba OK, además, la cámara estaba en off.

—*Ça va*, Mona, *tout va bien*? ¿Dónde estás, en Nueva York?

Era Myriam Legouleme, su traductora al francés. Ah, en Suecia, el Premio Basske-Wortz; Myriam no sabía que estaba nominada, Mona la escuchó raspar un papel con una lapicera seca. *Oui oui*, Myriam y la mismísima Marianne Dubaut habían leído. Con gran interés. Y tenían comentarios. ¿Quería que se los contara ahora? Mona no alcanzó a replicar.

—Mona, lo primero que quiero decirte es que no tienes que tener miedo. Les pasa a todos.

—¿Por qué miedo?

—Les pasa a todos. Todos los escritores escriben una segunda novela que uno dice: ¿y esto? ¿De dónde salió esto?

Mona dudó un poco. Tal vez se había apresurado en mostrar el manuscrito. Quizás todavía no llegaba a ser una novela, todavía era una pupa, la mariposa atrapada dentro de la pupa, secándose, pudriéndose sin llegar a nacer, un feto que todavía no vivía pero tampoco estaba muerto. La idea de algo muriéndose

dentro de ella le dio una puntada fría, como si Mona misma fuera la muñeca vudú sostenida por una pálida mano helada.

—Myriam, me interesan mucho tus comentarios, creo que es súper valioso que tengamos esta conversación y por eso es que quería mostrarles el manuscrito en una versión temprana, justamente...

Pero Myriam no era yanqui: mostrar buena voluntad y entusiasmo no funcionaba con ella. Pronunciado con acento francés, Myriam era *no bullshit*. La boca de Myriam debía estar cerca del teléfono porque Mona podía escucharla respirar, el aire fluyendo caliente desde la caverna rancia del estómago:

—Es que es tan... ¡difícil! Los personajes son difíciles. Yo solo puedo preguntarme: ¿donde está toda la frescura y vitalidad de tu primer libro? *Aquí* no está, eso te lo puedo asegurar. El diálogo es prácticamente incomprensible. Pero a la vez me hace preguntarme: ¿de veras tengo que hacer este esfuerzo para *entenderlo*? ¿En serio? ¿Por qué tengo que hacer este esfuerzo? ¿Si no hago este esfuerzo, según el libro soy estúpida? El libro plantea estas preguntas, no yo.

—Bueno, no creo que el libro piense que eres estúpida. No creo que ningún libro piense eso de ti, Myriam.

—Pero, Mona, no hagas bromas, escucha lo que te quiero decir. ¿Entiendes a lo que voy?

—No sé qué decirte, Myriam. Perdona que tuviste que leer esta novela. Lamento que te hayas aburrido. Supongo que traté de ser seria. No lo sé.

—No creo que tengas que abandonar la seriedad de la literatura, no. La literatura, cuando es *vraie littérature*, es siempre seria. Es seria siempre. Lo que tienes que pensar es en la oposición entre vida y no vida. *Vida o no vida* —enfaticó Myriam—. Porque los personajes están *muertos*. Todos están *muertos*. Y la novela se trata de hacerlos... *vivir*. La pregunta vuelve, ¿por qué me tengo que preocupar por esta gente? Son tan...

—¿Difíciles?

—Sí, ¡difíciles! Pero más que nada, muertos.

—¿Piensas que ellos saben que están muertos? —quiso saber Mona, algo sorprendida de su propia pregunta.

—¿Cómo dices, como si fuera una novela zombie? Quizás ellos creen que están vivos, y tú crees que están vivos también... pero la escritura no lo está. Esa es la cuestión de fondo. La escritura está muerta. Pero, como te digo, no te asustes, les pasa a todos. La segunda novela es la más difícil. Y nosotros tenemos confianza en ti, tanto Marianne como yo. Tienes que tomarte tu tiempo, recordar que nadie te está apurando. Tus lectores, ellos esperan algo de vos. No *this*. No puedes darles esta novela.

Myriam siguió hablando; siseaba un poco al decir *this*, como si rimase *this* con *mépris*. ¿Iba a terminar alguna vez? ¿Podía decir que estaba entrando en un túnel, perdiendo señal? ¿Podía decirle: Myriam, internet funciona muy mal aquí, te llamo después? Y luego esconderse para siempre en los bosques suecos, llevar una vida humilde, convertirse en Monika de Bergman, perderse triunfal, volverse intraceable al fin.

Se imaginó untando miel sobre un trozo de pan de *kümmel*, con un vestido raído y botas altas de lluvia, para luego sentir la melodía de Skype llamada entrante de nuevo, se había cortado la comunicación y era Myriam otra vez. Notó el dedo todavía húmedo de su *sancta sanctorum*, se lo llevó a la nariz para olerlo. La cabeza floja, los ojos perdidos, como si mirasen otra escena fuera de campo.

La voz de Myriam había tomado todo el cuarto, Mona perdió el hilo de lo que decía. Incluso si Myriam no lo decía, había perdido el contrato. No publicarían su libro... a menos que se llevara el Basske-Wortz. Pero quién sabe como funcionan los premios... sabía que lo que ella hacía (lo que fuera que hacía) era considerado *demasiado intelectual* (o difícil) para obtener reconocimiento rápido; pero el Premio Basske-Wortz, se decía, funcionaba

justamente por fuera del mercado, es decir, por fuera de las consideraciones nimias que supone el mercado, o al menos el mismo Basske-Wortz era citado diciendo que “el mercado no existe porque el mercado es la imaginación y la imaginación es infinita, al menos mientras dure la raza humana”. La baba de caracol se había secado, dejando su rostro agrietado en fractales grisáceos; como en las *bukkakes* de los canales porno, los pedazos de líquido seco pendían en colgajos pequeños.

Avísame cuando vengas por París, aunque no quisiéramos de ningún modo que eso complique tus planes de escritura, *bisou bisou au revoir*. Skype inquirió si quería calificar la comunicación (¿excelente, buena, regular?) y si quería reportar algún problema con la llamada. La luz del verano sueco cubría todo de una capa ligera de un polvillo blancuzco, una materia caucásica que despedía una lluvia de tiza sobre las cosas. Era tan cruel que la oscuridad no se dignara a aparecer hasta entrada la medianoche. El día permanecería en ese limbo blanco durante horas interminables, como un Purgatorio de escritores, aguardando ver quién de todos ellos recibía la llave del Paraíso. ¿Cuánto tiempo duran los moretones en el cuerpo?

5.

Se maquilló los ojos con fluidez profesional. Sombra violeta sobre los párpados y bordeando la línea inferior del ojo, delineador líquido sobre el renglón superior, en un trazo ligeramente curvo hacia las sienas. Aunque los altos mandos del makeup indicaban que las postizas debían colocarse antes de acercar el pincel, Mona prefería dibujar una línea oscura primero y luego aplicar las pestañas; el líquido ayudaba a fijarlas más fácil. No era un uso óptimo del delineador, se gastaba más, pero le gustaba así, no podía evitarlo. Se colocó el bloque de vello falso sobre el ojo y pestañeó varias veces. ¿Sobrevivirían al sauna?

Su computadora en YouTube funcionaba como una radio: los videos de noticias hablaban de la desaparición de Sandrita, una niña de doce años, en el barrio del Rímac, en Lima. Enfocaban a una mujer mayor, muy humilde, que apenas hablaba, debía ser la mamá, junto a una hija de unos veinte años que era la que respondía. Después de la publicidad, la conductora del noticiero y una psicóloga comentaron la desaparición. A Mona le impresionaba el acento peruano cuando se topaba con él, todo el mundo le parecía un niño en edad de escuela, actuando el niño que era. En este acento de niñas, la psicóloga invitada al noticiero consideró:

—Tenemos que ver si la desaparición persiste. Es decir, si se trata realmente de una desaparición. Muchas víctimas de abuso a veces se esconden. Se sienten culpables de lo que pasó, o se esconden porque piensan que el victimario las está buscando. A veces el victimario las está buscando, sí, pero a veces puede ser el miedo que sienten lo que las empuja a

escondarse, aunque no haya habido una persecución. Ocurre que en ninguna parte se sienten a salvo.

—Pero Sandrita es una niña pequeña, ¿usted cree que se está escondiendo? ¿Que Sandrita lo hace a propósito, que no desea encontrar a su familia? — preguntó la conductora, horrorizada de su propia hipótesis.

—Por el momento solo tenemos la desaparición. Tenemos que seguir investigando.

¿Estaba escapando?, ¿cómo saberlo?, tosió Mona, la garganta llena del humo puro y artificial del veip. Se miró al espejo: nadie podría imaginar que había llorado, ni la cantidad de alcohol que había tomado. Se calzó un vestido de seda ligero y botas de lluvia; se acomodó los auriculares (“Ela faz cinema”, Chico Buarque) y metió un bikini en el morral junto a la Moleskine. Por último, se anudó un pañuelo en el cuello; el magullón seguía ahí, y lo cubrió con bb cream. Cerró despacio la puerta de su cabaña, enredada en el cable de los auriculares y la niebla del veip. Dio un paso y se detuvo en seco, tomándose fuerte de la baranda, como por instinto.

Un grupo de personas vestidas de negro miraban hacia un punto bajo en el pasto, a unos quince metros de su cabaña. Eran los mismos hombres que había visto antes: un rubio con un suéter rojo y un cayado en la mano. ¿Había tribus campestres en Suecia, como en otras ciudades hay tribus urbanas, los bicivoladores del campo? ¿Una secta de fanáticos de la poesía? ¿Qué hacían ahí, mirando el pasto? El rubio de suéter rojo estaba de perfil, pero no lograba ver bien su rostro, un rubio más en el mar de rubios; los rubios también pueden ser un poco como los chinos, todos iguales, reflexionó filosófica Mona, sacando del bolsillo su teléfono con lentitud de beoda. Como gacelas alertas, el rubio de rojo musitó algo imperceptible, y se dispersaron hacia el bosque. ¡Hej! ¡Adjö!, les gritó a lo lejos; la foto los había captado de espaldas, en movimiento. Mona caminó hacia el centro del círculo vacío: en el pasto yacía un zorro degollado. Sus ojitos rojos la miraban quietos, fríos.

Salió a toda velocidad en dirección contraria al bosque, hacia la carpa blanca y la Patrick Hus, donde se concentraba el área social de la Meeting. Después de llorar, las lágrimas le dejaban una película sobre la pupila, irradiando de destellos el mundo visible. El corazón le latía con fuerza, iba temblando pero tenía que calmarse, controlar su agitación. ¿Había visto el zorro a su predador, lo había perseguido por el bosque? ¿Había mirado a su matador, había pedido piedad? Quien fuera el asesino había dejado el cuerpo a la luz del día interminable. Sin remordimiento, sin vergüenza. La fuerza de arrastre de sus pasos la acercaba a un grupo de escritores que conversaba en la grava. Las interacciones personales de Mona habían sido mínimas hasta este punto, apenas había hablado con Snorri, con Chrystos y con la mujer coreana de la van, y eso la ponía un poco ansiosa. ¿Qué pasaría si simplemente dejaba de hacer sentido, si lo que salía de su boca se desbocaba?

Al verla acercarse, el grupito de escritores se abrió cordialmente en una C que le daba la bienvenida. Estaban Chrystos, de Macedonia, y Carmina, la *donna italiana* que interpelaba a Abdullah, que se presentó como una bestseller de origen albanó que vivía en Roma. ¿Venía de Argentina?, quería saber la escritora de Israel. Ah, no, ¡de Perú! ¡Machu Picchu! ¿Había estado en Machu Picchu? Mona rotó la cabeza de arriba abajo y luego al costado, lo que no dejaba claro si asentía o no pero le servía para hacer sonar sus huesos. Es un lugar tan maravilloso, tienes que ir, le recomendó Hava, que eligió entender que no había estado.

—Estábamos hablando de que, al parecer, ¡nos van a llevar al lago esta noche!

Hava dirigía un congreso de derechos humanos. Escribía poemas sobre Israel, la cábala y el Holocausto, daba clases en la universidad sobre feminismo, literatura y derechos humanos, estaba haciendo un doctorado y manejaba un simposio literario. Vivía en Jerusalén y había editado dos antologías de mujeres escritoras que recopilaban los recuerdos de sus familias

sobrevivientes del Holocausto. Explicó que la memoria de lo que pasó comienza a surgir ahora, saltando una generación; *ahora* la gente siente que puede hablar; ese era su descubrimiento, aunque no se ufanaba de su autoría, lo planteaba como una obviedad. Era obvio, por lo tanto, que la cuestión del Holocausto se había vuelto más urgente que nunca; antes no podíamos hablar con la misma libertad que ahora, agregó. Las cosas malas a veces se quedan dentro de la mente y la mente no las puede expulsar.

—A veces camino por Tel Aviv cerca de las estaciones donde los muchachos del ejército hacen su parada, o están tomando cerveza en la playa, ¡dios mío! ¡Baruch Atah Adonai! No sé qué habría hecho de pequeña si hubiera sabido a esa edad lo que es el placer sexual, ¡si hubiera existido internet! El sexo que consigues a través de internet, dios mío, no hagan que empiece. ¡No dejen que les cuente!

Divertida y en control de la audiencia, como una experta conductora de un programa de entretenimientos, Hava tornó la cabeza hacia donde estaba Carmina, la escritora ítalo-albana.

—¿Y tú, a qué edad conociste el placer sexual?

—¡Hava! Eres terrible. Dime, ¿por qué no me lo preguntas a mí? —propuso Chrystos, acomodando su foulard verdeazul.

—Pero, chicos, ¿por qué se escandalizan? ¡Es solo una pregunta! —Hava estaba encantada, ponía las palmas hacia al cielo—. Pero, sí, Chrystos querido, quiero que me lo cuentes tú también, por supuesto, quiero saber todas tus fantasías con Jesucristo. Podríamos hacer una sesión sobre nuestras experiencias sexuales, algo fuera de programa pero propuesto por nosotros, el director me ha dicho que están muy abiertos a las actividades que propongamos, que hay una sección que es open mic, incluso puede ser esta misma noche, ¡en el lago! —Hava comenzó con un tono de pregunta y terminó en un subidón de entusiasmo.

—Al fin una propuesta con sentido en este festival de ideas. Hola, soy Sven.

Mona apretó la mano tendida de Sven con una sonrisa simpática, un poco tímida. Era el escritor alpino de no ficción, que tomó asiento junto a ella. A medio metro de distancia, era exponencialmente más guapo. Sintió que hacía mucho no estaba cerca de un hombre que oliera tan bien. Podía sentir cuero, café, notas cítricas en su perfume y algo de eucaliptos en su aliento, y parecía recién afeitado. La campera de cordero Blade Runner se veía mullida, como si de solo tocarla berrearía tiernamente, aunque parecía bastante nueva, por lo que ninguna oveja había sufrido para abrigarlo. Después de darle la mano, Sven le guiñó un ojo y caminó tranquilamente a otro grupo de escritores. ¿Lo hacía a propósito, decir hola y desaparecer? Ojalá. Le pareció muy divertido y se encontró con una sonrisa involuntaria a flor de labios.

—Eso, por qué no hacemos una TED talk —comentó Carmina.

De golpe Hava se ensombreció. Entrecerró los ojillos de roedor y empezó a negar con énfasis.

—No, por favor, no hay nada que deteste más en el mundo que las TED talks. ¡Han arruinado el mundo! Mira, yo voy a congresos científicos hace décadas. Podían ser aburridos a veces, según la audiencia y el perfil del orador, por supuesto, pero al menos eran *algo*. Desde que se popularizó ese enfisema en el pulmón de la cultura que es la TED talk, todos dicen lo mismo. ¡Exactamente lo mismo! ¿Cómo puede ser que todo el mundo tenga la misma vida? Todos empiezan narrando un episodio estúpido de cuando eran niños. Un evento los marcó y luego dedicaron su vida a resolver y responder a ese niño que fueron, y la audiencia se emociona y aplaude maravillada. ¡Como si la narrativa personal de la vocación estuviera obligada a sonar estúpida *siempre!*

Todos rieron. Mona quería hablar del zorro que había encontrado muerto, pero no sabía cómo. A unos diez metros, Sven liaba un cigarrillo y hablaba con Abdullah y un chico alto parecido a Frankenstein, un poeta de Letonia (lo recordaba del catálogo), y una joven pálida y bonita que por el look de modernita minimal debía ser natural de Holanda o vivir en Berlín. Se vio a sí

misma dejando el talk show de Hava, dejando el set con las luces encendidas, acercarse a la campera de cordero de Sven y susurrarle en la oreja: *acabo de ver a un zorro muerto*. Podría anular en un golpe de extroversión el nudo que le cerraba la garganta. Pero estaba demasiado high para hablar o moverse. Volvió al talk show donde se encontraba; Chrystos, Carmina, Hava. No era capaz de articular bien su emoción con el relato de lo que había visto; además, se sentía culpable por haber dejado el cuerpo del zorrito ahí. ¿Debería proponer ir a ver al zorro, todos juntos? ¿Y si ya no estaba, si lo habían removido? La creerían loca. La voz urgente de Hava la despertó:

—La ciencia de pronto *narra* y es *personal*, lo entiendo. Pero ya no hay sangre, no hay impulsos ni hay recorridos, ¿y qué quiere decir que debemos obedecer al niño de siete años que todavía somos? Que nuestros jefes tienen efectivamente *siete años*, aunque nos hablen a través de nuestro jefe de veintidós. ¡Ya no hay más que capitalismo! ¡Ya no hay narrativas!

—Es gracioso que lo digas, Hava. Comentábamos con Mona algo parecido esta mañana. Que en nuestra época, ya no hay personalidades. La era de los grandes escritores, de los *artistas* de verdad... —Chrystos fue interrumpido.

—¡¡Es que ya no hay sangre!! —Hava se exasperaba. Cambiando súbitamente de tema y de cámara, se volvió hacia Mona—. ¿Y qué clase de nombre es ese, Tarrile-Byrne? ¿Tienes ascendencia judía?

Mona era la invitada del talk show que sonreía algo tímida cuando la enfocaban, disimulando sus ganas de escapar.

Repasó mentalmente las mujeres extrañas que poblaban su sangre, sus líquidos internos bajando como un aluvión analfabeto de los Andes, y se imaginó esas zonas de la Tierra donde de súbito el suelo se deshace y se pone vertical, y la sierra se rompe en pedazos que se desprenden de lo alto y ruedan kilómetros de vértigo hasta despeñarse contra el mar. Ese era su hogar, y no era materia de *small talk*. Su bisabuela se había casado con un irlandés católico, de ojos celestes y borracho, que le pegaba regularmente, su abuela

había intentado escapar de su matrimonio y había terminado criando diez hijos como una esclava de su abuelo, a quien de todos modos recordaba como un hombre petiso y bonachón; pero Mona no quería sonar muy intensa a esa hora del día, y mucho menos sin el acompañamiento acogedor de alcoholes elegantes y barbitúricos amigos. Aunque había sido educada en las pompas católicas, por razones demasiado largas de explicar ella siempre había *deseado* ser judía. El pasado de Mona era un mundo rural, medieval, mientras el universo judío latinoamericano era típicamente urbano y cosmopolita, y ella siempre había deseado la civilización y la ciudad. Había estudiado hebreo bíblico durante dos años; en su grupo de estudio habían traducido pasajes del Bereshit y de Ruth.

—Bueno, mi familia es irlandesa y portuguesa del lado de mi padre, y todos cholos peruanos del lado de mi madre. Y si vas hacia atrás solo vas a encontrar católicos analfabetos, así que lamento decepcionarte, Hava: no hay un trazo de judía en mí.

Hava ofreció una gran sonrisa.

—Ay, querida. Eres joven y, perdona que te lo diga, algo ingenua. Déjame que te diga una cosa: *por supuesto* que tienes una parte judía. ¿Este tipo de interés, en lo judío? ¿De dónde crees que viene, cómo pudo haberse originado? ¿Crees que te lo bajaste de internet, que te vino con un virus? Eso es innato. Es algo que tú sabes de tí pero está escondido, y que solo estaba esperando el momento de salir a la superficie. Como las memorias del Holocausto, que están esperando salir. Nos miran desde su precipicio, nos dejan hacer nuestra vida normal, o casi normal. Pero hay un volcán ahí debajo, esperando para entrar en erupción. Yo siento que nos observan, yo me siento observada por mis memorias. ¿O no sabías que la mayor parte de los portugueses y españoles que fueron a América eran judíos de incógnito, forzados a convertirse en marranos? A propósito, ¿conocen al escritor islandés del que todos hablan?

La Meeting se encontraba en un break y pronto se reanudarían las sesiones; un slalom de escritores zigzagueaba en pequeños grupos junto al sendero que conectaba las cabañas y la carpa. No veía por ninguna parte a Sven, el periodista alpino que olía a eucaliptos, tapándose la cabeza con lo que parecía un periódico de papel, riendo. Se corrigió mentalmente, no debía decir periodista. El género literario era no ficción. Sus cultores se tomaban muy en serio el tema de la crónica y la literatura-verdad en tiempos de posverdad; eran muy sensibles. Mona envió un beso volador al grupo, un dron de saludos.

—Perdonen, chicos, dejé mis *ciggies* en la cabaña.

—Perfecto, querida, nos vemos después en la sesión ¡o en el lago! —la despidió Hava.

La fuerza motriz de su huida terminó por decidirla. La fase rumiante del viaje había terminado: ahora comenzaba el auténtico *fooling around*. Esto no significaba simplemente, como indicaría una mala traducción literal, ser tonta en los alrededores (aunque siempre era una posibilidad); en este caso, la expresión podría traducirse en un rango que iba de la seducción sin ataduras a dejarse invadir por un espíritu jovial de jugueteo, a *estar de levante* o *irse en yolo*, como decían en Lima, o lo que se conocía en Argentina habitualmente como *hacer cualquiera*. ¿Sería ese, acaso, el estado mental espejo de eso que llamaban perrear? Mona no podía estar segura. En aguas internacionales, en momentos sin brújula como este, sin una tarea por delante más que *ser*, por más que ser no fuera más que ser una *cocotte*, un ser fundamentalmente sin lazos y por lo tanto sin límites y, sin embargo, y más que nunca, una mujer, Mona se abrazaba a su libertad como una ciega a la oscuridad. Era simplemente su elemento, imposible de evitar. La Meeting (y su sucedáneo, la proximidad fantástica del Premio Basske-Wortz y la capacidad portentosa para transformar su vida) era una oportunidad de comunicarse con la Vida en mayúscula, con todos los misterios lujuriosos que la Vida Auténtica contenía.

Se encaminó por un corredor de coníferas que separaba la zona de las

cabañas del lado social, donde estaba la carpa y la Patrick Hus. Se había salteado varias comidas, pero el cigarrillo, tan fuera de moda, ayudaba a pasarlas por alto, lo que siempre estaba de moda. No estaba segura de haber tomado el camino correcto pero su mente ya saboreaba el sauna sueco, que imaginaba como el *banya* que había conocido en Moscú. Por fuera, el *banya* ruso era un edificio ruinoso y gris, pero al entrar se abría en un óvalo magnífico con molduras del tiempo de los zares. Había ido con su amiga Ilona y al llegar les habían entregado dos grandes ramos de eucaliptos. Desfilaron como mises con sus ramos por los pasillos de mármol del antiguo *banya* de lujo convertido en gimnasio soviético y luego reconvertido en *banya* de lujo; siempre juntas, Mona e Ilona se ubicaron en una esquina y se quitaron la ropa hasta quedar en bikini. Cuando vieron que las locales iban y venían desnudas, con el pelo alzado en un turbante de pócimas para volverlo más suave y fragante, Mona e Ilona se encogieron de hombros y se quitaron los bikinis. Las rusas se restregaban ungüentos caseros de miel por el cuerpo, dando a los brazos y las piernas un brillo alucinante y surreal. Pero lo que más recordaba era la mirada de las mujeres eslavas siguiéndola con insistencia, casi ofendidas por su presencia.

A primera vista, parecía obvio que, para las rusas, eso que tenían delante, es decir, ella (porque estaba acostumbrada a pensar en sí misma como un objeto) era una especie de Mato Grosso; un ser exótico, primigenio, salvaje. Mona era la isla amazónica, la mancha humana lamida por todas las miradas; no tienen modales, ¿por qué miran tanto?, fingía escandalizarse Mona con Ilona. Protectora, su amiga la confortaba frotándole el ramo de eucaliptos por la espalda, encantada en su papel de esclava blanca de la ninfa oscura. ¿Por qué no pueden sacarme los ojos de encima? En el trono improvisado sobre uno de los escalones que llevaban a la piscina, recuperándose de las altísimas temperaturas, la piel ardiendo y las venillas rojas incandescentes, Mona las observó mirándola y rehuyendo su mirada por última vez. Posada sobre el

escalón de mármol, su Mato Grosso abundante brillaba como una tarántula esponjosa, un ojo omnisciente y total. Luego la certeza se enroscó despacio sobre su vanidad; la miraban porque jamás habían visto algo como ella.

Pero en el sauna sueco estaba sola. Había un pequeño vestuario junto al cuartito de madera hirviente, con espejos y tubos fluorescentes apagados. Mona se desenroscó el pañuelo del cuello, se quitó el vestido, los lentes de contacto, y se envolvió en una toalla algo raída que encontró en un banco. Entró al sauna y se recostó en el escalón más alto. Sudada y salada, supina sobre sus curvas, aspiraba a que el núcleo del dolor (que permanecía escondido en su interior, como decía Hava) se derritiera de a poco, goteando en estalagmitas en su charco interior; el dolor como grasa extra, como líquido retenido que al fin encuentra su curso de libertad, fuera de ella. Cerró los ojos y se vio a sí misma, la piel brillante como una orquídea de terciopelo en la corteza rala del pino del sauna. Un hombre entraría, la empezaría a comer con un hambre venido de lo más profundo, y ella lo esperaría inmóvil, como ciertas flores andinas cuando presienten el insecto y su sed desesperada aproximándose. Un hombre vestido de negro, un hombre vestido de negro con algo que no lograba distinguir en la mano. Un cayado. Ella solo recostaría la cabeza para dejarse comer. Al principio, no podría distinguir el placer del terror. Su piel ardería con las estocadas, hasta sentir la frescura de la hierba, inconsciente bajo los árboles. Como el zorrillo, como Sandrita (aunque nadie sabía dónde estaba Sandrita). Un labrador la encontraría casi sin vida, la llevaría a su casa, cuidaría sus heridas. Comenzó a tensarse y relajarse en esa posición; así empezaban buena parte de sus masturbaciones; era una ninfómana del terror.

Una voz retumbó dentro del sauna.

—Hola.

El hombre le sonrió; estiró una toallita completamente mojada de transpiración y se la colocó en la cabeza. Sobresaltada, Mona se tapó al

instante con la toalla; el hombre había estado ahí todo el tiempo, sentado en el primer escalón. Su vello púbico brillaba como un bosquecillo iluminado, atravesado por un largo gusanito blanco.

Sin los lentes, su compañero de sauna era una masa fuera de foco. Sus fantasías se poblaban de personas ávidas, pero en ese momento hubiera preferido que nadie la viera desnuda. Mona tomó aliento y extendió la mano, se presentó formalmente.

—Encantado de conocerte. Me llamo Akto. Perdona si no te hablo mucho, pero en estas cosas me cuesta escribir, y si me pongo a hablar escribiré menos todavía, siempre me pasa, escribir es un actividad inversamente proporcional a hablar.

Se volvió a colocar la toallita en la cabeza. Akto era el sueco que había escuchado antes en la carpa. Cuando estuvo a punto de desmayarse, Mona respiró hondo y salió del sauna. Se sentó en un banco próximo para recuperarse del calor extremo. Le gustaba estar así, apenas en control de su cuerpo, reducida a la rala supervivencia: sentir el tumulto de los órganos aturcidos, el corazón expandido bombeando fuerte. Entró en la ducha helada, y un escalofrío intenso de varios minutos la dejó agotada y temblando. De pronto se apagó la luz por completo, y Mona creyó que se desmayaba, al fin.

La voz de una mujer:

—Mona, ¿verdad?

La voz venía de un rincón del vestuario, un bulto en las sombras.

—Sí, eres tú. ¿Te acuerdas de mí? Nos conocimos en Lyon.

Mona sintió los pasos acercarse, mientras su cuello giraba pantanoso y la lengua se estiraba contra la pared del cerebro.

—Yo era tu intérprete. El festival literario de Lyon.

Mona parpadeó. El TGV, la niebla interminable a los costados. El tren penetrando los suburbios grises de una ciudad industrial, el sol oblicuo, reticente a tocar esos edificios deprimentes. *La France, la France es un*

jardín, con esa frase nasal el marido de su editora había descrito lo que vería en el viaje. Ni una persona en la calle.

La mujer activó el interruptor y los tubos de tungsteno del vestuario se encendieron con destellos y silbidos. Mona se contrajo sobre el banco como si la luz la quemara. Con un chisporroteo, uno de los tubos se contrajo y apagó, dejando una penumbra titilante entre la luz amarilla que entraba por la rendija del sauna y un tubo fluorescente perdido al fondo. Envuelta en ese resplandor era más impresionante. Pálida, de pelo largo oscuro, la que hablaba era una gorda formidable, de pie frente a ella.

—¿Te acuerdas? Ahora soy escritora. Escribo libros para niños.

—Oh. Qué bueno. —Mona la miró sonriendo, pero volvió a bajar la vista, intentando cubrirse—. ¿Están ilustrados? ¿Dibujas también?

La cara de Lena pareció torcerse, endureciéndola por dentro. Habló lentamente, como quien afecta suma paciencia:

—Trabajo con un artista, sí. De todos modos tú no crees que los libros para niños sean realmente literatura, ¿no es así?

—Yo nunca dije eso. De hecho, me encanta Roald Dahl...

Mona se detuvo, como si la h de Dahl se hundiera por un agujero en su garganta. Roald Dahl era un *faux pas*; se habían hecho películas con sus historias, era demasiado mainstream para ser mencionado entre pares semidesnudas en un congreso de literatura. Googleó mentalmente portadas de libros para niños por un instante, pero la búsqueda no arrojó resultados.

—¡...pues enhorabuena que te lo hayan traducido! Al sueco, quiero decir.

—Pues sí, gané el Premio Báltico al mejor libro infantil. Bastante dinero. Te invité a mi clase en la universidad pero estabas resfriada y no pudiste venir. Soy Lena Bactreau, el nombre te resuena, ¿verdad?

—Felicitaciones, Lena, qué gusto encontrarte nuevamente.

Mona empezaba a relajarse. Ahora que la mujer había establecido su pedigrí solo quedaba dejarla hablar de sí misma, y todo estaría bien. Mona se

incorporó para secarse el pelo. Intensos, los ojos de Lena relucían con luz propia, como focos de emergencia.

—Me acuerdo de ese día en Lyon. Tú tenías puesta una sudadera. De Kenzo —agregó en tono acusatorio.

Mona detectó el acento madrileño, y ese dato la ayudó a reconstruir la historia de Lena. Original de Burdeos, Lena veraneaba en España desde los quince, donde se había abrazado al castellano como quien elige una familia. Su juventud había coincidido con la entrada de España en el euro y la transformación de Barcelona para las Olimpiadas, el momento del lanzamiento de la marca España con toda su pompa y sin el ciclo de lamentaciones, protestas e indignados que vendría después con la explosión del 18M. Para cuando llegó la crisis de las hipotecas, Lena ya había formado su carácter y su acento castellano —su francés de provincia era apenas un aroma— con esa fuerza biyectiva en la mirada, tan ibérica, que se traduce en los taconeos sobre un tabla, el pimentón picante, los chillidos del flamenco, los ataques de nervios estilo Almodóvar o una bomba de la ETA, según el caso. Ahora daba clases de castellano en la universidad, donde se dedicaba a personificar a España.

—Tienes sin duda una memoria prodigiosa, Lena. No me acordaba de qué llevaba puesto, pero seguro tienes razón. Me encanta ese suéter.

—Fuimos al baño juntas, antes del panel, y te conté mi historia.

—Bueno, ¡y ahora estamos en el sauna juntas! —Mona intentó ponerse de pie, la cabeza todavía pesada.

Con una mezcla de desprecio y desinterés, Lena examinó el espectáculo pudoroso de Mona envuelta en el toallón. Mona se puso de pie para ponerse los lentes y prender el secador de pelo; con suerte, la charla terminaría ahí. Lena no se inmutó.

—Ese día tuvimos una conversación. Fue muy interesante. —Lena hizo una pausa dramática—. Dijimos que la escritura era el monstruo.

—¿Eso dije yo?

—Eso dijimos las dos.

Lena se estiró el pelo con las dos manos, con calma exasperada.

—No sabes si lo que haces es vivir o alimentar al monstruo. La costra del mundo es como un lago congelado, pero debajo del lago hay un gran ojo que nos mira. Y tu vida es caminar sobre la superficie del lago congelado sabiendo que te mira, te acecha. Eso impacta en tus movimientos. ¿Qué queda de ti si no lo escribes? ¿Vives para ti, o para el monstruo que escribe? Tu cerebro mantiene guerras secretas contra la película muerta de la vida. Tu cerebro *secreta* guerras contra la vida. ¿Recuerdas?

Mona asintió en silencio. Ella había escrito eso, pero afuera del papel se sentía raro, brumoso, como el resto de sus sensaciones.

Lena hizo una pausa y se desabrochó la bata roja. Ya con los lentes puestos, Mona pudo apreciar que llevaba solo una tanga oscura, cuyos bordes desaparecían entre los rollos de piel que bajaban en olas desde las tetas vigorosas, apuntando los pezones contra su vientre. Lena parecía habitada por algo extremadamente volátil, filoso, o quizás estaba habitada por varias cosas al mismo tiempo. Mona tomó aliento, el secador ronroneando en mínimo.

—Porque, como mujeres, estamos en contacto con lo monstruoso. Todo el tiempo. Como nadie más. Tú, con tu maquillaje excesivo, tus labios demasiado rojos, ¿también llevas pestañas postizas, no? Fíjate que acabas de salir del sauna y todavía llevas el contorno exterior de los labios pintado, como un payaso o una modelo, que no eres, porque ciertamente no eres una modelo... Y yo, que soy obesa... ¿no piensas que estoy obesa? No se puede ser normalmente tan gorda, no es normal ser tan gorda. ¿O tú crees que sí?

La mujer hizo una pausa, esperando que Mona corroborase sus dichos.

—Bueno pero quién es uno para decir qué es norm..

Un escalofrío de desprecio recorrió la cara de Lena, una reacción alérgica ante la idiotez.

—No me vengas con tonterías. No tengo tiempo para hablar de *normalidad*. El cuerpo humano no ha sido preparado para *esto*, y lo sabes. Lo sabes bien. Nuestra época es simplemente consciente de que es un animal en extinción. La búsqueda de la perfección no tiene nada de mundano o superficial. Lo que vemos como anorexia a nivel de la cultura son ejercicios sociales sobre cómo sobrevivir como raza cuando ya no haya comida, cómo darle las mejores chances de sobrevivir a nuestra especie. Las que mueren son mártires modernas.

Las palabras de Lena entraban y salían de ella como una brisa caliente. Se quedó con una imagen, el *homo sapiens* sostenido de un hilo entre el espacio y la Tierra, hasta que la forma redonda de la Tierra empezó a girar ante ella con la cara gorda de Lena perdiéndose en el espacio exterior. La admiraba por su desapego frío, ese estilo de iceberg racional al hablar de sí misma. Qué diferente sería el mundo si tuviera que organizarse en torno a ella. Se la imaginó zamarreando a la especie, Medusa en bikini, empujando al *homo sapiens* que tenía de rehén a un calabozo del que solo podría salir si se entregaba a sus deseos, como la perversa jefa nazi de *Pasqualino Settebellezze*, el film de Lina Wertmüller que la fascinaba. Lena estaba logrando hacerla sentir un poco mal, en lo que consistía el objetivo íntimo de toda gorda, pero la verdad es que Mona no tenía problema en recibir esa bala. Aceptaba las humillaciones con pleitesía instintiva; cualquier culpabilidad la dejaba bien. Le parecía un intercambio noble, jugar al mártir San Sebastián.

—Lo que quiero decir es esto. Es una manera de estar en el mundo y no soportar estar en el mundo. Por eso nos transformamos, como travestis. Mírate. Tú misma. Eres la caricatura de una mujer. ¿Te has visto? Eres completamente ridícula. Tapándote con esa toalla, como si a alguien le importase lo que escondes debajo. Dime si no qué mujer en el mundo iría a un sauna con pestañas postizas puestas. ¿O te crees que no se nota? Con tu maquillaje, y tu ropa de diseñador, tus modales extrafemeninos... crees que

dejas entrever que eres una víctima del machismo, de la cultura machista que (incluso en sus picos de sofisticación, como podría ser el ámbito de lo literario) castiga lo femenino, pero eso no anula lo completamente *absurdo* de tu apariencia. No te engañes, porque *no me engañas*. A lo que voy es: no podemos escribir más que como travestis. Nos convertimos en algo absurdo porque lo absurdo vive dentro nuestro.

—¿Dices que estamos condenadas a jugar un rol de monstruos porque escribimos?

Mona comenzó a vestirse, impávida. Lo de las pestañas le había dolido un poco, como si hubiera tocado su talón de Aquiles, pero reprimió toda muestra de emoción. Si la mayoría de las personas atravesaba la vida sin llegar a conocer su propia fuente de placer, ella como ciudadana de la nación gorda había encontrado un atajo, y ese placer se había convertido en un compromiso, en una forma de vida. Se podía ser gorda como un panzer que enfrenta a la sociedad, o que aguarda a escritores desprevenidos en cabañas apartadas en los bosques, como la heroína lectora de *Misery*. Lena continuó emocionada:

—Digo que tomamos ese rol, lo *vivimos*. Lo abrazamos, sin saberlo, y nos convertimos en eso. No basta jugar con nuestra mente, *forzosamente* no podemos solo jugar en nuestra mente, estamos obligadas a *encarnar*. No hay nada más mujer que encarnar. Ser mujer y escribir es encarnar. Ser mujer y escribir es trans, de transexual. Por eso escribir es trans, ser gorda es trans, y toda esa performance de ser una mujer es lo más trans del mundo. Desde Tiresias. Que por si no lo sabes es el primer trans.

Mona se incorporó y miró el reflejo de Lena en el espejo. Tenía los puños cerrados, la cerviz un poco encorvada como un jabalí. La miraba sin pestañear.

—¿Y sabes por qué? No hay lugar para las mujeres en la literatura. No hay sitio, no hay sitio y lo sabemos. Y por lo tanto nos convertimos en freaks, reaccionamos y nos adaptamos a este estado de cosas sin saberlo. No somos

tan distintas de Julian of Norwich, que reclamaba ser una santa, y se puso a inventarse una vida de monja indie, amante única de Dios. ¿Para qué? Pues para que la dejaran escribir tranquila en su ermita, por Dios santo de todos los cielos. O Margery Kempe, que jugó a ser una outsider de su familia, una ridícula con las medias bajas, como la describió Chaucer, para escapar de ese mundo y encerrarse en el suyo, y poder escribir. Sus cuevas y ermitas son tu maquillaje o mi obesidad, son nuestra manera innatural de ser en el mundo. ¿Tú estás casada?

—No.

—¿Tienes pareja? Perdona que sea indiscreta. —Por primera vez, Lena rio.

No, no eres indiscreta, eres solo una gorda intensa haciéndome arder la cabeza, pensó Mona. Colocó despacio la toalla sobre los hombros como si fuera un abrigo de cachemir y sonrió:

—No, no realmente.

Como un envase hermético destapándose, el ruido de la puerta pesada de madera las asustó. Era Akto, ¿cómo podía haber olvidado que había quedado ahí? ¿Las había escuchado? Desnudo y rojo como un tomate por el calor, las saludó con una leve inclinación de cabeza a cada una.

—Perdona que no te dé la mano, está sudada de transpiración —explicó diligente Akto acercándose a Lena y empuñando la toallita mojada para acariciarse la cabeza que chorreaba—. Soy originalmente traductor de griego y latín, y también del sueco y del finés, pero hace poco me he decidido a escribir ficción. No te había visto antes. ¿Estás aquí también por la Meeting, verdad? ¿Cómo te llamas?

Las mujeres callaron. Akto hizo contacto visual con la recién llegada y Lena lo mantuvo, muy seria, mientras Akto se secaba la cabeza y hablaba impertérrito, sonriendo a veces, recomendando paseos cercanos a los lagos vecinos. Había humildad en su desnudez, y no podía decirse que tuviera nada de insultante, ni de sexual, como si su hombría simplemente hubiese

renunciado a interpelarlas *tout court*, ya fuera por el amor o por la fuerza. Quizás Akto era el producto depurado de gigantescas diosas nórdicas agachándose sobre los fiordos de la región durante milenios, sentándose a horcajadas sobre la geografía viviente y dejando correr los líquidos de sus chuchas divinales como ácidos sobre el terreno informe para hacerlo todo (los fiordos, las gramíneas y los hombres) a su imagen y semejanza, según su gusto y placer. La arrogancia con la que Akto hacía desfilar el pene por el orbe, junto con su voz monocorde, eran gemelos ajenos a la vergüenza o el silencio; estaba claro que esto podía ofender a Lena, pero, si no transmitía la sensación de amenaza, si no los blandía contra ellas, ¿podía decirse que seguía siendo un hombre, un agente del patriarcado?, ¿y si no lo era, a qué nueva especie pertenecía? ¿Formaba Akto parte del destino de lo trans?, le hubiera gustado preguntar, pero Lena podía explotar en cualquier momento. El feminismo teratológico de Lena no la había preparado para un Akto, no parecía tener teorías sobre qué hacer frente a un hombre que parecía tan desnudo como inofensivo. Mona buscó con la mirada su ropa, algo temerosa de qué podría hacer Lena. Ni escucharon la puerta cerrarse; Mona se deslizó en puntas de pie hacia donde no podían verla y salió del vestuario con el vestido hecho un bollo en la mano.

6.

Se adentró en el bosque de eucaliptos que rodeaba el sector de las cabañas. La bombacha le quedaba muy suelta y podía sentir su *labia* suave cuando caminaba, el vientecillo que hacían las piernas al cruzarse y avanzar. Olía a apio y sudor, algo fresco y ácido, herbal. Como si hubiera estado mucho tiempo en la grava tocándose, perfumándose con las feromonas del bosque.

Aspiró fuerte su veip, en una bocanada generosa; el líquido verdoso bullía, excitado por salir transformado en otra cosa. Podía sentir toda la oscuridad del mundo concentrada en las profundidades de la garganta. Los árboles se elevaban en torres y la rodeaban en una cápsula, protegiéndola del blanco mortecino del mundo, donde los objetos obedecían las directivas de la voluntad solar. El aire frío erizaba sus mejillas, se sentía desnuda debajo. Se echó a correr por el bosque.

Se veía a sí misma como un animal veloz, una flecha tumultuosa entre ráfagas de verde y oscuridad. Corrió hasta lastimarse, las ramas le atravesaban la cara, como si los árboles bajaran sus manos lúgubres para tocarla. El aroma de las coníferas era tan fuerte que se sintió mareada. Se detuvo para tomar aliento y sintió que alguien la observaba. Los árboles del bosque la rodeaban en silencio. ¿Alguien la había seguido? Vio algo agitarse entre los arbustos; ella iba despacio pero los latidos de su corazón iban en aumento. Su mano se detuvo en un tronco añoso; hincó las uñas en la corteza hasta sentir la pulsión del dolor. Su *labia* se había dilatado con la corrida; deslizó un dedo adentro, despacio, y notó que estaba completamente húmeda. Un elixir especial, activado por el terror súbito, el corazón batiente en un

lugar desconocido. Le pareció escuchar el tumulto de un curso de agua cercano.

Sintió dolor bajo las uñas de la mano, y presionó hasta que la yema de un dedo secretó un poco de sangre, y sacó la astilla. Debía despedir olor de víctima, ella también, como el zorro. El zorro sabía que estaba marcado de antemano, ¿sintió la excitación del otro, al olerlo? ¿O el miedo nubló todo, desintegrando las sensaciones hasta volverlas irreconocibles? ¿Se puede tener miedo lúcido? Ella también secretaba algo irresistible, y se excitaba en presencia del temor. Era una forma de perderse. Sentir un poco de sangre, y querer más.

Anduvo entre los arbustos hasta que una curva de piedras que se bifurcaba le llamó la atención. Un pequeño camino de piedras deshecho, como un paso de animales, la llevaba hacia un cúmulo de rocas escondidas bajo los líquenes. Quizás era la cueva de un animal. Mona sintió la atracción del hueco, como si tirase de ella. ¿Había luz, algún reflejo que le permitiera ver adentro? Metió la cabeza en la cueva de piedra y sintió que la temperatura bajaba, como un escalofrío. Puso el teléfono en modo linterna. Algo se movía en la entrada cavernosa. ¿Podía ser él? ¿La había rastreado hasta ahí? El vértigo y el sudor le atravesaron las venas. Su pie se hundió en algo húmedo y pringoso, se tomó de la roca para no resbalar. Iluminó con el teléfono lo que había debajo de su pie torcido: la cabecita de un animal pequeño degollado, el vellocino oscuro mezclado con sangre.

Salió corriendo de la cueva. El movimiento a través del follaje era más claro, oyó respiraciones.

Un destello de luz a través de las hojas, el sol rebotando en el cristal de un reloj. Mona entrecerró los ojos y adivinó a través de los arbustos lo que parecía ser Chrystos, desnudo de rodillas con las botas puestas, felando a un leñador.

Se alejó lo más rápido que pudo. A salvo del bosque, desactivó la luz de la

linterna y volvió a conectarse a internet. En general siempre llevaba desconectado el wifi, para evitar intromisiones y ser la guardiana de su mundo interior. Demasiadas menciones en Twitter y Facebook de nodos que no tenía idea quiénes eran; solo quería chequear que no hubiera insultos nuevos. Pedidos de RT por la desaparición de Sandrita, la niña abducida en Lima. Sandrita vestía un minishort negro y una sudadera blanca cuando la vieron por última vez en el barrio del Rímac, uno de los arrabales peligrosos de Lima, que Mona había conocido en visitas cortas, coordinadas y específicas para llegar hasta la casa donde había nacido su madre. No quería ver la foto, quería evitar el recuerdo acompañándola durante horas, y mientras lo alejaba de su mente, sintió sobre ella la mirada de otros ojos, otras niñas. No quería recordar; dio RT automático.

Tenía varias llamadas perdidas. Un llamado de Mathilde, que le reclamaba unos poemas breves para leer como voz en off en una publicidad de la maison Hermès. Otros, Franco, Antonio, Antonio maldito. Resopló y se concentró en Mathilde. Le había prometido un pañuelo de Hermès como pago por los poemas, y lo había olvidado por completo.

Entró a la Patrick Hus como una tromba hacia el bufet, y apiló unos pedazos de moussaka y ensalada de la huerta sobre el plato. Un té caliente, una botellita de agua: eso le daría energía para escribir. Era tarde para almorzar y la mayoría de los escritores se afanaba en las sesiones o en sus cabañas, o siendo felados en el bosque. En una mesa contigua se encontraba la escritora japonesa Shingzwe, sentada frente a un libro y una taza de té. Iba vestida de blanco impecable, con una camisita de piqué cerrada y un pequeño camafeo entre las solapas. Sus manos delicadas reposaban sobre la mesa.

Sin pensarlo demasiado, Mona se acercó a ella con la montaña desprolija de moussaka y ensalada. Hacía años que escuchaba hablar de ella, y seguía su carrera con curiosidad a través de las publicaciones esporádicas de sus poemas en revistas literarias. Quería decirle que adoraba un poema suyo que

había leído en internet la noche anterior, sobre un cuenco y unos granos de arroz.

Shingzwe le agradeció con una inclinación de cabeza y la invitó a sentarse con ella. Le dijo que era la primera vez que conocía en persona a un escritor de Perú, aunque sí había conocido a Vargas Llosa hacía muchos años, en Japón. Quiero decir la primera mujer escritora, se corrigió con una sonrisa.

Mona apoyó el plato en la mesa, sintiéndose con la sutileza de un elefante en contraste con el aire delicado que rodeaba a Shingzwe. Llevaba el cabello en un pompón de perfecta coiffure y un pañuelo de seda lila y rosa pálido acomodado en una V sobre los hombros. La cabeza erguida, el rictus de la boca inmóvil en una semisonrisa. La escritora japonesa hizo un ademán para instarla a comer, y Mona se abalanzó con la boca sobre la moussaka, en lugar de llevar la moussaka a su boca. No quería levantar los ojos, porque sabía que Shingzwe la observaba en silencio, y no podía evitar sentirse especialmente torpe ante ella. Ella sería una recipiente perfecta del Basske-Wortz: en la ceremonia de entrega del premio se limitaría a leer un largo poema sobre el cielo, una pintura en palabras donde las nubes se movían como gigantescas naves marinas, cruzando soberbias el espacio azul, y las mentes que oían de pronto se sentirían amplias como el cielo, gozando de su empatía con la inmensidad, con la historia de dos cumulus nimbus transformándose en vientos salvajes que barren las sombras sobre el mar. Shingzwe tomaría el dinero, se iría calladita a casa; era una ganadora ideal, la contrafigura yin del yang del oscuro Ragnar, que todos indicaban como el favorito para el premio. Era una suerte que Shingzwe fuera una poeta y no una novelista, pensó Mona, porque si no, dadas las circunstancias, podría destruirla escribiendo sobre ella en una novela. Mona podía estar a sus anchas, que nada saldría de ahí; si algo de ella llegaba a sus poemas, sería en forma de un sentimiento imposible de trazar hacia este espectro frente a ella, y su brazo temblando al agarrar los cubiertos. Sin poder controlarlo, el líquido salía de sus ojos, sin que pudiera hacer nada

para evitarlo.

Mona se reclinó contra el asiento, dejó el tenedor y se pasó la servilleta despacio por las comisuras de los ojos y los labios. Debía lidiar mundanamente con su falta de control.

—Shingzwe, como te habrá parecido evidente, estoy llorando. No te diré por qué, porque no lo sé. No sé por qué estoy así. Solo sé que estoy aquí, contigo, y que no puedo escribir. Pero no es eso. Hay algo en mí... —Mona se tocó el pecho—. No sé qué es, pero me duele, me arde como una forma de vergüenza, y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Shingzwe asintió con la cabeza.

—Tienes un corazón puro. Puedo verlo. Tu corazón puro es raro para el medio literario.

Mona sintió que las palabras de Shingzwe la perforaban y todo su ser era de agua, a punto de desbarrancarse en avalancha fuera de los ojos. Su pecho se rompería para llorar de emoción. Intentó hacer un caparazón con su propio cabello y se tapó la cara con tirones de pelo, riendo.

—¡Oh, Shingzwe, poeta exquisita! Perdona este estallido demasiado colorido en tu mesa. Lo siento mucho, en serio, creo que no debería salir de la cabaña en este estado. No sé qué hago aquí. ¿Has visto al zorro muerto? He encontrado los cadáveres de dos pequeños animales, ¿puedes creerlo?, ¿crees que soy la única que los ha visto?

Shingzwe la miró a los ojos y extrajo un Kleenex mentolado de su pequeña cartera. Cuando se lo alcanzó, Mona vio su relojito vintage colgando de la muñeca ínfima. Shingzwe extrajo una pequeña lapicera, le dio dos clicks y aspiró. Era un veip metálico, mucho más chic que el suyo. Mona estaba fascinada.

—¿Tú, también...?

—Manzanas. —Sonrió Shingzwe, besando el veip con los labios finos—. Lo empecé a usar para paliar el dolor que me producían los zapatos, porque

no quería estar en zapatillas todo el tiempo; hay zapatillas bonitas, sin duda, pero no son para mí. Mi consejo para ti es: debes serenarte. Eso es todo. No es sencillo ser una muchacha joven y tener talento. Lo que buscas vendrá con tiempo, pero vendrá.

De regreso en la cabaña, Mona escribió cuatro pequeños poemas para el video de su amiga Mathilde. Se imaginó llevando el pañuelo prometido acomodado en una V sobre los hombros, como Shingzwe, y no alrededor del cuello para tapar el moretón, que seguía ahí, como la mancha de las tormentas de Júpiter, en una espiral que ahora tomaba un color amarillento mezclado con violeta.

CAFÉ

*les temps c'est un exercice
d'attente, de prémonition
de penser que tu es
et tu n'es pas*

ÁRBOLES

*le temps c'est
les vagues des arbres
le souffle
du soleil
dans mon visage*

NOCHE

*la nuit c'est mon ocean
le jeu et les lumières
le vertige du labyrinthe
le temps où tu n'est pas*

*et le temps que tu es
avec moi*

No eran sublimes pero le parecieron frescos, y que tenían algo fundamental: el aire a algo demasiado fácil, a algo sin esfuerzo, robado, no elaborado. Nunca podemos saber qué es la verdadera poesía, pero lo que vuelve reconocible un poema es la sensación de que te roban: en la era del tecnocapitalismo, decía su amigo Raoul, no existe lo sublime y por lo tanto la poesía tiene que incluir la sensación de robo, la intuición de la comparación y la competencia, y el valor debía ser totalmente accidental; era más importante comunicar la sensación de que había una estafa al lenguaje, de que *eso* no podía ser un poema. Si eso no podía ser un poema, precisamente por eso lo era, y volvió a releerlos con placer. Los tipeó rápidamente en el teléfono y se los envió a Mathilde por WhatsApp, que los esperaba al otro lado del mundo. El último poema lo escribió en francés pero lo tradujo de inmediato. Era sobre zorros en el bosque, que de a poco se encontraban con el cuerpo negro del agua que subía desde la orilla, pero ya no podían escapar.

7.

Abrió la sesión la joven escritora alemana Gemma Grobovick, con una emotiva presentación sobre su infancia de judía rusa en Azerbaiyán y cómo fue para ella enamorarse de la literatura germana siendo judía y abrazar la escritura en alemán. A su derecha, en el panel, esperaba su turno Klaus Lursson, un danés de unos cincuenta años, fibroso y huesudo como Iggy Pop. El danés jugaba impaciente con el cable del micrófono, como contando los minutos para volver al pub. A su izquierda, el escritor colombiano Marco Guncio inspeccionaba a la audiencia frente a él, lanzando vistazos bajo un sombrero de ala ancha.

Cuando cesaron los aplausos para Gemma, Lowena, a cargo de moderar ese panel, tomó el micrófono. Pidió que anotasen las preguntas que tuvieran para Gemma; dejarían las preguntas del público para el final, para no cortar la conversación. Llevaba una blusa de seda rosada muy ligera y se la veía fresca, radiante. Sonriendo, se puso de pie.

—Es un placer para la Meeting presentar a Marco Guncio, recién llegado de Colombia. Marco es el autor de *Cartagena en llamas*, sobre un hacker que viaja en el tiempo, del futuro al barco del famoso pirata Sir Francis Drake. Marco ha llegado hace unas horas del aeropuerto, así que esperamos que después de los tragos en el Selma's pueda descansar. A los que todavía no han pasado por ahí, les recuerdo que todas las noches tenemos open mic en el Selma's, el pub oficial del festival, y que entre las cinco y las siete hay happy hour de cerveza. De parte de todos nosotros, ¡bienvenido, Marco!

Marco se plegó a los aplausos y tomó el micrófono que Lowena le tendía;

prefería hablar de pie, caminando. Llevaba el pelo largo y botas texanas de caña alta, pantalones negros ajustados coronados por un gran cinturón; el sombrero negro de ala ancha completaba el look pirata. Estiró el cable, un movimiento que a Mona le hizo recordar al astro de la canción Luis Miguel.

—Soy colombiano, vengo de Sudamérica. Para aquellos que no sepan, tenemos presidentes que suenan como cantantes de reguetón: Chavez, Lugo, Lula. Todo lo que pasa en el mundo lo inventamos antes: el Donald Trump es un aprendiz de república bananera, que es nuestra especialidad. Tenemos excelente café, nos sobran sitios para vacacionar, y criamos a los mejores jugadores de soccer antes de que los compren los equipos de ustedes en Europa y que puedan verlos jugar todas las semanas. Nuestra Virgen María es Karl Marx, a quien siempre recurrimos cuando queremos mostrar que somos escritores pero también buenas personas, que somos escritores marxistas, de izquierda, como corresponde, mientras tratamos de convencer al mundo de que nos preste dinero porque nuestro capitalismo “funciona”, entre comillas, tan bien o tan mal como cualquier otro. Comemos carne todos los días y nuestros perros no conocen la comida vegana. Uno de los nuestros controla la cristiandad.

La audiencia respondía con simpatía a sus referencias políticas. Sin hacerse eco, Marco permaneció unos segundos en silencio con la mirada perdida, su toque de efecto teatral.

—Así pues, que viniendo de un lugar como ese, se podrán imaginar que hacer la revolución es nuestro mandato. Nuestros padres comprometieron su vida para entonar la importancia de subvertir el sistema. Murieron de a mares, pero como decía mi abuelita de Cartagena, de algo hay que morir. Y cuando el yanqui, porque así le decíamos, inundaba el mundo con su Coca-Cola y sus electrodomésticos en los años sesenta, los nuestros seguían llevando la Revolución en los trópicos, con sus barbas y cigarros. Así pues, todo esto para decirles, para recordarles, que la revolución es una parte esencial de la marca

Sudamérica. Nos encanta cómo el marxismo se ha puesto de moda en Nueva York con todos esos *Occupy* surgiendo como un salpullido en las ciudades, pues qué bien, ¡al fin se enteran! Nosotros, en cambio, usábamos chamarras del Che Guevara antes de que fuera cool.

Marco se quitó el sombrero, revelando un cabello castaño largo, ondulado hasta un cráneo con entradas. De pronto lo arrojó al aire, el sombrero emprendió vuelo y recaló en el respaldo de su asiento. Maravillada, la audiencia multiplicó su atención. Marco prosiguió:

—La conversación que quiero proponerles es, en realidad, una pregunta. ¿Cómo creamos formas de resistencia colectiva en el paisaje político? ¿Qué podemos hacer en el mundo, además de tuitear? ¿Es que existe un poder omnívoro, un monstruo contra el cual valga la pena pelear? ¿Quién es el monstruo, y dónde se oculta?

Marco comenzó a caminar entre las hileras de gente sentada y se detuvo en la mitad de la carpa, como un predicador evangelista. La audiencia lo escuchaba en perfecto silencio. La tenía en sus manos. Marco explicó:

—Primero que nada, debemos aceptar que nuestros lectores ya no son humanos. Que todos estamos inmersos en una narrativa inmensa, el mayor emprendimiento de la representación en la historia: Google. Google es la contranovela de la novela humana. Organiza e indexa todo lo que hiciste, lo que deseas y lo que aún no sabes que vas a desear, las estadísticas de tus amores y de tus odios, la posibilidad de tus futuros. Los personajes, es decir, los usuarios, cada día son más, y cada día escriben más: cada uno se interpreta a sí mismo. El género de cada personaje es la autoficción, jugar a *ser reales*. Somos los personajes que llenan la novela omnisciente que se indexa y organiza la lectura para otros lectores, que no son humanos. Esos lectores también buscan algo real, algo mucho más real y preocupante, que lleva a la vigilancia, al control.

Hizo una pausa para inspeccionar a su público. Atentos, todos los miraban

con seriedad. La cruce entre literatura y tecnología era un tema inevitable y deseado, que nadie sabía a dónde podía llevar. Nadie sabía muy bien qué pensar al respecto, por lo que las charlas sobre “Cómo perder amigos en Facebook” o “Snapchat y yo”, en general, tenían bastante concurrencia. La tecnología era el talismán del ahora, y si el escritor trastabillaba entre banalidades al menos podía excusarse en que nadie sabe nunca cómo hablar del presente. Los escritores se permitían compartir momentos cándidos, porque la tecnología los ponía a todos al mismo nivel: niños estupefactos ante la seducción de las máquinas. Mona suspiró, dejando caer la cabeza para elongar las cervicales. Marco había mejorado su *spiel*, incluso los toques performáticos de actor de telenovela estaban mejor ensayados, y eso del sombrero volador, ¿de dónde lo había sacado? Notó que el reguero de escepticismo que recorría las terminales neuronales de la audiencia había sido controlado efectivamente por Marco, porque la tecnología no solía parearse con Latinoamérica, y eso era un plus a su presentación. Cuando el tema era la tecnología y el que hablaba no se limitaba a hacer comentarios de usuario sufriente (había autores que se dedicaban a contar cómo los habían echado de plataformas de comercio, lo que invariablemente les daba la pauta para levantar la bandera del fascismo), la gente esperaba una performance de síndrome de Asperger, como si para hablar de tecnología con autoridad el hablante debiera ser un actor de método que dejaba traslucir su memoria emotiva de cuando él mismo fue máquina. Marco había trabajado justo sobre eso: había creado otro linaje para el pirata, un linaje latinoamericano, y por lo visto daba resultado.

—¿Qué tenía mi mente sudamericana educada en el marxismo para decir sobre esto? Si Google es la gran novela y el nuevo género del realismo objetivo, entonces el futuro de la novela humana puede ser un hackeo, un dispositivo de escritura clandestina. Déjenme que los lleve a bordo de una digresión a las aguas caribeñas de mi amada Colombia. No hablaremos de

café, ni de drogas, sino de algo que hace a la identidad más profunda de Cartagena, la ciudad donde nací. Como saben, a la América caribeña llegaban muchos piratas. Cuando Shakespeare estrenaba sus obras, los ingleses se divertían pillando a los españoles por los mares y robándoles todo lo que los españoles robaban de América. Sir Francis Drake fue uno de los piratas famosos que vivieron (y murieron) obsesionados con penetrar Cartagena. Cartagena era la última frontera: era el puerto más rico y lujoso, y contaba por ello con una muralla extraordinaria, la más extensa del imperio hispano. Los muros no solo se extendían por kilómetros, sino que además guardaban sorpresas, como una espléndida doble línea de cañones, detrás de la muralla más espesa de aquel tiempo en Occidente. Pues bien: ni Francis Drake pudo con Cartagena. Cartagena sabía resistir, porque para resistir había que pensar como un pirata. Eso es lo que quiero invitarlos a hacer, a pensar como piratas.

Cuando Mona lo conoció en el Hay Festival de Cartagena, Marco completaba el aire a D'Artagnan con unas espadas al costado. “Puedes portar armas blancas en Colombia, claro que sí. Dónde creías que estabas, si no en Colombia, niña”, se había ufano Marco, revoleando el falo de utilería. Conversaban en la entrada de uno de los eventos importantes del festival, donde Salman Rushdie presentaba su último libro; había bastante gente, el clima era festivo. Seguramente, en su holograma interior, él era una especie de Keith Richards, el rockero pirata, pero a Mona le recordaba más a la moda de 1991, cuando los cholos adolescentes de Miraflores soñaban con emular al cantante pelilargo de Poison y terminaban pareciéndose al Gato con botas. Mientras esperaban para entrar, un niño de unos doce años se acercó a Marco y le preguntó si escribía libros de fantasía, y él repuso que no, él no era escritor de fantasía, con una sonrisa de lenta frialdad.

Volvieron a verse en la Noche cubana, un evento en un local de salsa que organizaba el festival en honor a Lezama Lima. Cada uno llegó acompañado por su respectivo “ángel”, como llamaban a los cancerberos, aunque Mona

después supo que la de Marco, por ser oriundo de Cartagena, no era un verdadero ángel contratado por el festival sino una noviecita informal a la que él gustaba dar celos con escritoras conocidas. Miguel Ángel, el ángel de Mona, era un chico amable y verborrágico que quería ser “periodista o narrador”, hacía cursos en la Fundación García Márquez y le aseguraba a Mona que ella contaba con toda su atención, y que desde que tenía el honor de ser su ángel no pensaba en nada más que en ella, porque era su deber, por un lado, pero también porque pensar en ella era un placer. Desde que la había visto en la foto de la solapa había pensado: ¡qué escritora tan bella!, pero eso no debía interpretarse como machista, no, por favor, porque él tenía muchas amigas mujeres y él también quería derrocar el patriarcado, pero le hubiera parecido una traición a su cuerpo, una traición a la humanidad masculina a la que pertenecía, le dijo mirándola a los ojos, no contarle la verdad. Ella no tenía que preocuparse por nada porque no la dejaría sola ni un minuto, tal como recomendaba el festival; estaba segura con él, su ángel Miguel-Ángel.

Del baile de salsa obligado con su Miguel-Ángel, Mona se recluyó en un vaso de whisky y una expresión de Mona Lisa pasada de tragos pero mágicamente compuesta, la espalda recta como una princesa. Marco estaba en su elemento, zarandeándose en su salsa y rodeado de “niñas”, como llamaba a las mujeres con las que se quería acostar, y cuando notó que Mona daba excusas para no bailar salsa, se obsesionó con rescatarla tanto de los hombres como de los ángeles. Mona había crecido en un ambiente donde todos los muchachos heteros eran seguidores de Norman Mailer, comprometidos con la creencia de que “los hombres duros no bailan”, pero la súbita pelea por quién la sacaba a bailar había activado en ella su fantasía atávica de princesa de Disney tradicional.

Mona y Marco huyeron juntos en un taxi en la noche colombiana, a través de las calles oscuras que rodean el museo al aire libre que es la Ciudad Antigua. En el taxi sonaba una canción de Ricardo Arjona, y al notarlo los dos rieron

de espanto. Se besaron fugitivos: entre risas, Marco le metió la lengua hasta la garganta, y Mona contestó el beso tosiendo un poco, dejando de lado su reticencia hasta dejarse comer los labios.

Bajaron en el hotel Santa Clara, donde se hospedaban los dos, y al cruzar el lobby ella se alegró de llevar el impermeable porque podía esconderse levantando las solapas cuando pasaran junto al prix Goncourt que bebía con la mirada perdida, borracho como una cuba, con quien se había besado la noche anterior mientras nadaba en la piscina. Apenas entraron en la habitación colonial, Marco apuró un trago largo de whisky y se lanzó a comerle el sushi, como llamó a su *sancta sanctorum*, en una chupada salivosa como una babosa lenta, prácticamente detenida, olisqueando con los ojos de antena sobre su *labia majora*, babosa sobre babosa.

Pero el previo despliegue de danza de Marco había prometido entusiasmos más dinámicos, y Mona le hundió la cara en sus órganos internos para recordárselo. El apartó la cara con lentitud, susurrando: “Niña, es que me gustas tanto que quiero guardar tu aroma bajo mi piel”. A lo lejos llegaba el tañir de una canción de Arjona. Los labios de Marco se aflojaron por completo, quizás gracias al whisky áspero contra la suavidad del sushi, y entonces comenzó un movimiento de ataque, de comerla con la boca amplia como si fuera un malvavisco de néctar. Tenía la boca completa de ella y la lengua entrando gorda al centro, ensanchándose contra el hueso. Sus tetas estaban duras y él las tomó en una copa, chupándolas como si fueran un durazno. Mona notó estos detalles con avidez, recortando a Marco de la escena. Sin ropa y sin cotillón, el cuerpo flaco de Marco le pareció un poco amarillo y pueril, apenas con un slip de Calvin Klein, pero había algo en la repulsión que le producía que la atraía. Se veía a sí misma separada de su cuerpo, como flores aplastadas bajo un bruto, resplandeciendo en el contraste. Entonces se dio cuenta de que Marco susurraba, hablaba solo, o más bien le hablaba a su chucha. No alcanzaba a oír lo que decía, pero la chucha quizás sí,

y el lenguaje susurrado funcionaba de maravillas sobre ella; como fuera, el orgasmo de Mona no tardó en llegar, había acabado casi a pesar de sí misma. Mona lanzó un largo suspiro y lo miró: seguía hablándole a su chucha, entonces aprovechó para hacerse la dormida o la desmayada, un detalle delicioso que había escuchado sobre Isabel Preysler, que enloquecía a los hombres que se disponía a capturar. La primera vez que estaba con ellos, Isabel siempre se desmayaba en plena acción amorosa, tenía una *petite mort*; eso los enloquecía de inmediato, y ese truco de *boudoir* le había asegurado la conquista absoluta del autor de *La orgía perpetua*. Haciéndose la dormida, escuchó a Marco decir: “Me debes una, niña”, y emitió un ronquido seco como respuesta. Pero él no se dio por vencido: puso algo de música en el teléfono y empezó a besarle los pies, esperando paciente el retorno de Mona a la vigilia. Se sirvió un vaso de whisky y volvió sobre la chucha: le recitó el “Poema conjetural” de Borges, “A esta ruinosa tarde me llevaba / el laberinto múltiple de pasos / Al fin me encuentro con mi destino sudamericano”. Mona empezó a roncar en intervalos regulares: esperó que Marco se acurrucara a su lado y se durmiera para deslizarse fuera de la habitación. Dormido, parecía un dios dorado, un Jim Morrison latinoamericano (quizás corazón) apenas entrado en decadencia.

Cuando terminó la sesión de discusión, Marco la interceptó.

—Hey, hey. Pero es que no hemos hablado nada. Acabo de llegar y ni te he cruzado en el desayuno. No he sabido nada de ti desde el Hay. Cómo has estado, Mona. Cuéntame, cuéntamelo todo. Sabes que puedes confiar en mí.

—Pues nada, aquí muy bien. Un gusto verte, Marco. Voy a buscar una copa.

—Pero mujer, te la traigo yo. Espera aquí.

Marco se perdió en la niebla de gente. En pocos minutos volvió con dos copas y un aire a que jamás habían dejado de hablar de sus pensamientos más intensos.

—Oye, pues, sí. He venido porque es Suecia, es mi primera vez en

Escandinavia. Es que si hay algo que sabes, de lo que puedes estar seguro, es que nunca sabes qué puede pasar.

Mona pensó en la población civil, sometida a diario por el periodismo a regímenes lingüísticos agresivos, implacables, fungidos de clichés y falsas paradojas exactamente iguales a las que usaba Marco. ¿Qué hacía Marco en el Premio Basske-Wortz? Quizás pensaba bien, tenía algunas ideas interesantes, pero no era un buen escritor. Marco no pertenecía al grupo hereje escondido entre la población civil, los lúcidos y recelosos, algunos mordiendo la lapicera entre los dientes como si fuera un cuchillo. Por las mañanas se podía escuchar el aullido sordo de la tropa desperdigada yendo al trabajo, con sus novelas a medio hacer furtivas entre los anotadores y las computadoras personales, algunos incluso revisando lo escrito febrilmente por la noche, los ojos hechos una pasta sobre el Word del teléfono celular. A veces no necesitaban ni siquiera escribir, sino que les bastaba soñar con escribir, sentir la vida expandiéndose y organizándose en párrafos balanceados, sentir el filo y la transformación de la literatura organizando su vida porque habían logrado terminar un capítulo. Ellos eran capaces de leer las mentes de otros en espejos de ónix transparente, y de vertirlas como un líquido hirviente en los moldes exquisitos de un par de frases. Marco no era, nunca había sido, uno de ellos. No podía ganar el premio; la única latinoamericana en carrera era ella.

—No sé, Marco, debe ser el jet lag. Estamos en dos husos horarios distintos, es como si me hablases con un delay de miles de millas.

El colombiano bajó la voz. La tomó del hombro; le gustaba crear intervalos de intensidad.

—El Basske-Wortz, ¿sabes lo que significa que estemos aquí, que seamos los únicos latinoamericanos, Mona? La Academia Sueca, ¿te crees que no prestan atención a lo que pasa aquí?

Mona se echó a reír.

—Marco, ¿tienes idea de cuán increíblemente lejos estás de que te den un

Premio Nobel? ¿Tienes idea de cuán infinitamente más posible es que el sol se ponga a hacer rayos verdes y azules con pelambre de unicornios? Honestamente, dime que lo crees.

—Pues estoy bromeando. —Marco sorbió su copa y la miró con ojos picarones—. Pero a la vez, ¿sabes qué?, no estoy bromeando. Te lo digo en serio. Te lo digo por tí. Porque sé que la escritura es tu vida. Y porque nunca sabes. Porque estas cosas cambian todo el tiempo. Y porque solo sabes...

—... que nada sabes, ya lo dijiste Marco.

—¿No te parece que han cambiado las cosas?

—Cambiaron qué cosas, en qué sentido. —Mona buscaba con la vista al escritor alpino de no ficción, pero no alcanzaba a detectarlo cerca.

—Pues en un momento era necesario tener una posición de izquierda, por ejemplo. La cultura lo pedía. Era la dictadura de la pluma y el fusil, el comunismo era la aristocracia de los intelectuales. Fíjate Borges, que se dio la mano con Pinochet, o con el dictador de Argentina, no recuerdo, y no se lo dieron. Y Neruda, que escribió su Nixonicidio, a él sí que se lo dieron sin chistar. Vamos: comunista que había, comunista que se lo ganaba.

Mona parpadeó varias veces. Marco le hablaba cerca.

—Dios, el Nixonicidio, hace tanto no lo recordaba. De los peores poemas del siglo. Aunque no creo que le hayan dado el Nobel a Neruda solo por eso, ¿no crees?

—Lo que digo es que ha cambiado totalmente el viento cultural. Ahora que la cultura de izquierda es mainstream, no significa absolutamente nada. Digo, ¿qué es ser de izquierda? ¿Comer vegano? ¿Marchar contra los bancos y postearlo en tu iPad? Lo único realmente inviable sería ser un militante del Ku Klux Klan, o declararse antigay. El capitalismo devoró completamente a la izquierda y ya no tienen el único capital que les era propio: las causas buenas. Ahora la izquierda es la forma del sentido común más reaccionario; no tiene nada que ver con el pensamiento crítico, es el partido mental de la gente que

quiere ser considerada buena persona y que se siente moralmente superior a los demás. Les quedó en común con la izquierda antigua la voluntad de ajusticiar a los desviados, como hizo el Che en Bolivia fusilando a los desertores. Es el partido mental —repitió Marco, le gustaba su definición—. Y por eso, te diría que es casi mejor no estar manchado de esa cosa de izquierda blanca, porque la verdadera silenciada en el mundo intelectual es la derecha. Por ejemplo, para volver al tema, se lo han dado a Vargas Llosa, que es un intelectual de la derecha neoliberal globalizada y...

La voz de Marco entraba y salía del campo de atención de Mona, que seguía con la mirada la salida de los escritores de la carpa, conversando entre ellos. Ni rastros de Sven y su camperita de cordero. Volvió a Marco:

—OK, creo que entiendo a qué vas. Dices que ahora la Academia tolera a la gente de la minoría a la que crees que pertenezco, la derecha, y que entonces hay una chance para mí. Y para tí también, ¿no? ¿A eso vas, no? Como sudamericanos coleccionamos minorías de pertenencia. Y ahora nos la hacen más fácil.

—Ay, niña, pero nunca diría que eres de derecha. A nadie. Los latinoamericanos somos todos de izquierda, es una cuestión de branding. Pero no me acuses de falocentrismo, eso no, porque en eso sí tendré que darte la razón.

Marco rió con fuerza de su propia ocurrencia y se acomodó el pantalón bajo la hebilla del cinturón, reorganizando sus zonas pudendas. Como la reacción de Mona no llegó de inmediato, continuó:

—Tú me conoces, Mona. Yo me limito a observar. Digo lo que observo. De todos modos, yo creo que antes que nosotros lo ganará una inteligencia artificial. —Bajó la voz—. Ya hay equipos trabajando en eso.

Marco regresaba a su caballito de batalla, su atalaya tecno.

—Marco, no te quedes, cuenta más. ¿Crees que es inminente una *singularidad* literaria, cierto?

—No es exactamente así. Tengo una discusión pública con Ray Kurzweil, no sé si lo has leído en LitHub, te mandaré los links, porque no estoy de acuerdo con la fecha que él postula para la singularidad, el 2048, el momento en el que las computadoras pueden reproducirse a sí mismas. Pensé que sabías de esto. De hecho, cuando te vi en el programa de la Meeting, me alegré mucho, no solo porque iba a verte de nuevo, sino porque me imaginé que estarías al tanto de esto. Viviendo en Palo Alto, en el corazón de Silicon Valley, con Stanford y todo eso. Mira, no lo quiero decir públicamente, pero me han convocado. Es un experimento. Ya genera controversia. Vamos a trabajar en una inteligencia artificial literaria, una variante de la escritura no creativa. Las inteligencias artificiales funcionan a partir de un mecanismo de retroalimentación que organiza loops con cosas, que se comporta de manera muy parecida a lo que los humanos llamamos *obsesiones*. Los humanos podemos tomar medicación psiquiátrica para salir de los loops obsesivos, pero las inteligencias artificiales no salen voluntariamente de esa recursividad. Como también les pasa a los escritores con sus estilos.

—¿Qué clase de estilos pueden imitar las inteligencias artificiales?

—Todo el rollo Thomas Bernhard les calza bastante bien, por ejemplo, párrafos largos que machacan sobre la misma cosa repetida muchas veces, y en el conjunto la mente que lee las puede sentir espiralarse. Y por eso es gracioso que Thomas Bernhard tenga tantos imitadores en Latinoamérica, es realmente increíble, cuando la gente está deprimida ya sabe, ya tiene un sensor interno que le dice: “Haz tu imitación de Thomas Bernhard, verás que irá bien, que será ‘literaria’, que tendrá el aroma de que estás diciendo algo importante”. Pero concretamente, sobre las inteligencias artificiales, hay muchas confusiones. Algunos dicen que es otra versión de lo de los monos y Shakespeare, que si pones unos monos a tipear eternamente escribirán *Hamlet*. Pero esa es una manera muy parcial, muy miope de verlo. En definitiva, lo de los monos es solo un ejemplo de cálculo. Solo tienes que estipular la medida

de lo que vendría a ser una eternidad.

—Marco, si te convocaron a ti, lo más probable es que sea para hacer de mono, ¿no crees?

Marco la tomó de los hombros.

—Oye, ¿por qué no vamos a relajar un poco? Estás como *hairy*, ¿sabes? Mira estos nudos que llevas en la espalda. ¿Estás bloqueada o qué? ¿Quieres que te haga un poco de reiki?

—Ya, Marco, suelta.

—Mira qué mujer afortunada eres. Yo acabo de viajar veinte horas y aquí me tienes, fresquito como una hoja de kale, dispuesto a darte un masajito curativo, ¡y el que se acaba de bajar de un avión soy yo! ¡Yo debería recibir el masaje!

Sin esperar respuesta, Marco dejó correr la vista por el paisaje abierto y plácido de ese paraje en la provincia, aspirando fuerte el aire fresco de Suecia.

—Mira si no vale la pena que te den doscientos mil euros para hablar bien de este lugar, de toda la gente maravillosa que hace este glorioso festival. Es increíble. ¿Sabes que uno de ellos es el traductor de Cervantes al sueco? Creo que aceptaría el Basske-Wortz solo para decir cosas bonitas de este lugar. Y que lo escuche todo el mundo, que es lo más importante. A propósito, ¿has leído algo del poeta islandés? Sé que está encerrado en una de las cabañas pero todavía no lo he visto. No he podido encontrar mucho online de su trabajo, pero me han hablado de él.

Mona divisó a Gemma, la escritora alemana, tomando un vaso de agua, solitaria, algo apartada del murmullo postsesión. Tomó a Marco del brazo y lo arrastró hacia Gemma; ambos se felicitaron mutuamente por sus respectivas charlas. Marco las miró hablar entre ellas, se sonreían con facilidad; Gemma era pelirroja, indudablemente bonita, y, en general, a él le iba bien con las blancas, eran las latinas las que lo torturaban. Las sesiones del día habían

terminado y se acercaba el atardecer, era una buena oportunidad para conocer el lago.

El camino bajaba por una suave colina de pastos silvestres. Las florcitas amarillas resplandecían como en la interminable bruma del verano sueco. En el sendero se encontraron con Hava y Chrystos, que volvían del lago ascendiendo en camino inverso.

Hava estaba escandalizada de que Mona no hubiera escuchado su participación en el open mic del Selma's, el pub del festival nombrado en honor a Selma Lagerlöf, porque se la había dedicado a ella. Mona lo lamentó y se excusó apenada; se había quedado totalmente dormida en la cabaña. La escritora de Israel se veía desmejorada, como si unas horas sin maquillaje y el sueño la hubieran devuelto a una existencia no protocolar de escritora de entrecasa, con el pelo sucio y la ropa desarreglada. No tenía qué ponerse, porque Air Berlin había perdido su maleta en la conexión de Fráncfort.

“¡Qué antisemitas!”, comentó Mona, ofreciendo prestarle ropa, y Hava la miró de costado, contrariada y sombría. En eso, Marco y Gemma volvieron la cabeza y permanecieron en shock unos instantes. Era Akto, caminando con una toalla en el brazo, una remera blanca y nada debajo más que unas sandalias grecorromanas. Saludó al grupo con su cordialidad habitual:

—Hola, yo me llamo Akto. Soy originalmente traductor de griego antiguo y latín, y también del sueco y del finés, pero hace poco me he decidido a escribir ficción.

Gemma dio un salto al registrar su pene ambulatorio. Quedó guarecida detrás de Marco, que estiró el brazo en ademán protector. Mona ya se sentía acostumbrada a compartir el espacio con el falo libertario del nórdico y lo invitó a bajar con ellos al lago. Ya le caía bien, y adoraba las lenguas muertas; era lógico que Akto, tan a gusto en el mundo heleno de hace circa dos milenios, experimentara algunos *glitches* al teletransportarse al presente. Bajaron al lago hablando de la magia de las preposiciones griegas —el

verdadero motor de la lengua—, y Akto se puso a recitar un poema de Horacio, haciendo las delicias de Mona.

—¿Quieres escuchar a T.S. Eliot en griego? A veces traduzco contemporáneos al griego antiguo, para ver cómo suenan.

Akto pasó a recitar Bob Dylan en latín, con una alegría de niño explorador entonando “Blowing in the wind”:

*Responsum est, mi amice, in vento flante exsurgebat,
Responsum est in vento flante exsurgebat*

Mona reía encantada. El paraíso era un lago sueco, con un sol gentil, blanco y algodónoso, una estrella lejana y elegante que no castigaba la vida debajo de sí. Un auténtico motor inmóvil, que no mueve ni es movido, que no ama ni es amado, como definía Aristóteles su idea del creador orbitando en torno a su creación. Regía la vida, la armonía existía en conjunción a su abismo solar, pero nada lo enternecía ni preocupaba ni lo provocaba hasta volverlo irascible. Nada lo movía, como el falo de Akto, colgando impávido ante el paso del mundo. En cambio, el Dios de los Ejércitos, que tanto le había interesado cuando estudiaba hebreo bíblico, era un personaje del desierto, y por ende hacía gala de una personalidad mucho más tropical.

Hava se despidió de ellos, y Mona sintió una mano fría deslizarse por su cintura.

—Tengo que aprender de ti —le dijo Gemma al oído, tomándola del brazo—. No haber estado en esa charla improvisada de Hava, anoche en el open mic, es entender muchas cosas. Encima te la había dedicado a tí. O sea que tú fuiste la musa de la tortura.

—¿En serio?

Mona miró a Gemma, colgada de su brazo. Tenía un aire a pelirroja peligrosa, *strawberry blond*, que le producía cierta fascinación, esa clase de

chicas que saben oscilar entre la calma aparente y cierta agresividad sorpresiva con la que modelan su personalidad. De hecho, no era común hablar abiertamente mal de un colega apenas empezada la Meeting, aunque el hecho le hizo pensar que quizás el festival estaba mucho más adelantado de lo que pensaba. Mona barajó que, quizás, esa falta de códigos tuviera su origen en una estudiada actitud millennial de parte de la alemana. O quizás, el tiempo volaba y ella, con tanto Valium en sangre, estaba viajando en un caracol de tiempo propio, ya caído de la hojita mordisqueada de la realidad.

Gemma le dijo a Mona que se parecía a Asia Argento, excepto por los tatuajes, ¿estaba tatuada? No, Mona prefería la tinta electrónica en su vida. Iba bastante cubierta, su pañuelo al cuello y el impermeable.

—Me encanta este look de pornógrafa de los años 80, el impermeable vintage —aseguró Gemma, prendiendo un Marlboro.

Mona la felicitó por el excelente maquillaje; había buena técnica en su *contour* y combinaba bien las sombras, gris y azul con extensa aplicación de rímel negro, lo que resaltaba sus ojos azules rasgados. Gemma retomó las críticas:

—Dios. No puedo explicarte lo que fue ese open mic. Mis bisabuelos no murieron en un campo de concentración para que yo tuviera que soportar esas cosas. Con decirte que me dio vergüenza de ser judía. No quiero ser judía para eso. Estoy harta de que se hable en nombre de los judíos, que se dé por sentado nuestro parecer, nuestra posición. Solo mirar el horror de lo que pasa en Israel con Palestina te da la pauta de que hay demasiadas posiciones, demasiados puntos de vista, demasiados fascistas de un lado y de otro.

Al borde de la playa, Akto se había quitado la remera y entraba al agua cantando una fuerte marcha de versos alejandrinos en griego.

—Este tipo es genial, es la joya de la Meeting —comentó Mona.

La boca de Gemma cambió inmediatamente la expresión por una sonrisa, cuando se le acercó Marco.

—¿Vamos al agua, chicas? ¿Qué dicen?

Con un amplio ademán, Marco dejó en la arena el morral y la campera de cuero, y empezó a quitarse despacio la ropa, mirándolas. Mona, por su parte, se dejó caer en la arena como si un rayo le hubiera alcanzado la crisma. Desplomada en el suelo, estiró el cuello y comenzó a elongar las piernas.

—Bien, Mona, ¡hay que relajarse! ¡Así me gusta! ¡Disfruten de la playa! Bueno, yo me doy un chapuzón y me quito el avión de encima. Ya regreso con ustedes. ¡Ponganse cómodas! Nada como la arena para la felicidad.

Marco quedó en camiseta y slip negro, y encaró hacia la orilla.

—¿Marco se llama, no? ¿Lo conoces, de Sudamérica?

—No lo conozco mucho, no.

—¿Oye tienes un poco de ese color de *lipstick*? Es morado casi uva, pero con un dejo como de sangre fresca. Te queda muy bien. ¿Me prestas un poco?

Mona se lo alcanzó. Gemma extrajo un espejito y empezó a examinarse un lunar; apoyó apenas el labial sobre la mano y lo esfumó, y solo después se lo llevó a la boca.

—Ves, tú entiendes todo. *Rouge radical*. Es exactamente lo que nunca pensé que tendría en esta playa, y aquí lo tienes. Eres mi ídola. Cuando crezca quiero ser como tú.

—Pues, no te falta tanto, no creas. —Mona aspiró profundo su veip, y dejó salir el humo en una exhalación suave. El show de la playa recién comenazaba. Chueco, con un pequeño slip negro, Marco se aproximó a la orilla. Caminó despacio a donde rompía el agua y empezó a dar saltitos. Se echó a correr contra la corriente, convencido de su fuerza, y se detuvo al rozar el agua, permaneció inmóvil unos segundos y salió corriendo en dirección opuesta.

—¿Me preguntaste si lo conocía? Ahí lo tienes. Ahí está todo lo que necesitas saber de él.

Gemma comentó:

—Nada como el agua helada para el ego de un hombre.

Mientras Marco se congelaba lo más masculinamente que podía en la orilla, a Mona le llamó la atención algo en el fondo de la imagen. En paralelo al horizonte, le pareció ver unas luces diurnas. Eran tres destellos sobre el agua; luego se dio cuenta de que eran muchos más, como si hubiera barcos de espejos que flotaban en el agua inclinados levemente para reflejar el sol. Momentáneamente enceguecida, con el rabillo del ojo Mona detectó una figura ancha y vestida de negro, que avanzaba lenta sobre la arena.

Era Lena Bactreau, que venía hacia ellas con toallas en la mano. Mona se tapó la cara con el brazo y sin querer se llenó el pelo de arena. Empezó a cubrirse el cuerpo de arena, a hacerse milanese. Gemma la miró hacer, un poco espantada.

—Hola, Lena, ¿cómo estás? Te presento a Gemma. Ella también es un monstruo.

—Hola, Mona. Hola, Gemma. Te felicito por tu charla, Gemma, me interesó mucho.

—Hola, Lena. Gracias.

—¿Te vas a meter al agua, Lena? Puedes quedarte jugando a los maquillajes con nosotras si quieres.

—¿Qué es eso de monstruo? —Gemma había quedado en modo alerta, no veía clara la referencia y no quería que le tomaran el pelo sin su consentimiento.

Mona pasó a explicar su versión de las cosas:

—Lena es una estudiosa de Kali, la diosa de los *thugs*, en la India. Kali fue la primera en usar lápices labiales: rojo sangre en la boca, para que todos supieran que venía de devorar un ejército enemigo. También se colgaba collares con los cráneos de sus víctimas. Kali fue la más grande it-girl de la Antigüedad, y su legado llega hasta hoy como resulta evidente.

Lena emitió una serie de graznidos guturales, su risa.

—Veo que has investigado, Mona. Muy bien. Mañana quizás hable de eso. En un open mic. Un gusto conocerlas.

Lena siguió camino a la playa. Gemma se estiró en la arena, fumando de costado.

—Oye, ¿has estado en un trío alguna vez?

—¿Qué?

—¿Has estado con Marco?

—¿Te parece que estoy con él?

—Toma. —Gemma le tendió un corrector de ojeras—. Se te corrió un poco el *liner*, lo puedes corregir —añadió.

Apostada en un costado de la escena, Lena Bactreau contemplaba la bahía. Cuando Akto salió del lago, Lena fue hacia él y le alcanzó una toalla para secarse.

Entonces, Mona vio que del agua sobresalían tres cabezas, con los cabellos flotando. Eran tres hombres, parados inmóviles bajo la superficie, dejando sobresalir solo la cabeza para respirar. Debían haber estado ahí todo el tiempo, porque no los vieron llegar. Mona tendría una mueca de horror involuntaria, porque Gemma le tocó el brazo con ademán tranquilizador.

—¿No te han hablado de ellos? Andan por estos bosques, pero no intentes hablarles porque no hablan con nadie. Es raro que estén tan cerca, cuando los cruzo creo que es como si no existiéramos para ellos. ¿Si no existimos para ellos, por qué están tan cerca? No puedo evitar preguntármelo.

Mona dejó caer la vista a los pies desnudos en la arena rala, y volvió a mirarlos. Contó siete cabezas inmóviles, los cabellos rubios oscurecidos por el agua.

8.

La capacidad de la carpa estaba colmada. Con la barba crecida y desaliñada, envuelto en una campera de cuero estampada con un ocho de bola negra de billar, Philippe Laval dejaba caer su mirada sombría sobre el mundo.

—Porque estoy aquí dentro, y desde aquí escribo. No tengo más que miserias para desgranar. Mi tema es la desvergüenza y el dolor de estar y contemplar y oír esa voz y no poder hacer nada contra ella. Escribo soñando que alguna vez voy a callarla. Escribo y sueño, y todo cae a este silencio ensordecedor del que no se puede escapar, del que no hay más que hacer, no hay más que hacer más que escribir.

Los escritores del público escuchaban en silencio. A Mona le pareció que había algo extraño en la charla, pero no sabía por qué. Lo de Philippe no tenía marcas de dónde estaba previsto reír ni había chistes repartidos como caramelitos para la audiencia. Le pareció que algunos escritores dejaban rápidamente la tienda, pero no quiso identificar quiénes eran.

Mona permanecía agarrada a su cuaderno de notas, como si fuera a caerse si lo soltaba. La charla era en género confesional-psicológico, que estaba bastante de moda; lo raro era que fuera en torno a la escritura, en un ambiente de escritores. Era como ir a venderles biblias a un *book club* de mormones. La premisa implícita de un festival como este, donde los escritores daban charlas para otros escritores, donde la presencia civil era muy limitada, suponía que los escritores venían a pasar tiempo para *conversar y debatir*; pero en la jeremiada de Philippe no había nada que debatir, lo que lo volvía un asunto misterioso.

Mona cerró los ojos, dejando que las palabras se derramaran sobre ella como música. Era la técnica de escape hacia adentro, que le permitía seguir afiliada a una universidad y gracias a la cual no había clases, conferencias ni lecturas improductivas para ella. Así empezaba a escribir, así entraba a su agujero interior desde el que miraba el mundo con una sensación de encantamiento. La técnica se basaba en que, con la correcta ecualización, todo podía convertirse en música o todo podía negarse, y así Mona empezaba a caminar por un espacio donde las cosas parecían ocultarse e iluminarse unas a otras; todo lo que le contaban se sentía como una novela, todo se disparaba hacia un sentido por desentrañar. Empezó a enfocarse en el ritmo, a encontrar los endecasílabos interiores de las frases, los ritmos subterráneos a los ritmos de lo que escuchaba, y sin querer se echó a reír. En la otra punta del banco, el escritor de Argelia le sonrió.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Philippe Laval estaba revisitando *Malone meurt*, una de las novelas de la trilogía francesa de Samuel Beckett. La última sensación de las letras francesas estaba profiriendo párrafos enteros de *Malone*. ¿Qué brote de desesperación lo había llevado a copiar párrafos enteros?, ¿realmente pensaba que en un grupo de escritores nadie iba a notar los párrafos enteros de Beckett?

Quizás se trataba de una especie de *gesto*, algo del orden de la performance. Philippe seguía leyendo, sin levantar la vista de la hoja en sus manos. Omitía la fuente, es cierto, pero también (hasta ahora) omitía el cliché, lo único que hubiera sido de una vulgaridad inaceptable: proferir el estribillo pop que conocían todos: *fail, fail again, fail better*. A Mona la recorrió un escalofrío de solo sentir la frase cruzando su mente, *fail better*. Después de todo, Beckett, como Heidegger, era un autor de autoayuda para la clase intelectual, y el mundo intelectual estaba preparado para ingerir las montañas de excrementos más sólidas y más perniciosas; la idea de que el Autor ha muerto y que no hay más que interpretaciones, que los textos significan según

quién se los apropie, había sido la justificación intelectual para la actual crisis de significado de las #fakenews y la crisis de la democracia en general. Pensar que lo que los intelectuales discuten entre ellos son productos de una casta que no se derrama sobre el mundo era una necesidad total; en las torres de cristal de los intelectuales era donde primero volaban los vidrios en pedazos.

Cuando terminó de leer, Philippe encaró la salida lateral, con el cigarrillo a medio liar en las manos. Mona fue tras él y, segura de que nadie los podía escuchar, le sacó el cigarrillo de la mano.

—*Malone. Malone meurt.*

Philippe la miró a los ojos, y encendió el cigarrillo de Mona con un Zippo de bencina, tallado con una calavera. La miraba con expresión brillante, por primera vez animada; como si hubiera despertado de su letargo y de pronto estuviera realmente presente, y la súbita vibración del mundo le diera adrenalina.

—*Hélas.* ¿Vas a denunciarme? ¿Vas a decirle a la gente del festival? Nos habían presentado antes, pero ahora nos conocemos, al fin.

—No. No se lo diré a nadie. Y no me importa demasiado tampoco.

—Bueno, si me denuncias, no creo que me den el premio. Tan simple como eso. No les gustan las controversias, ya hay demasiados líos con la Academia. Y ellos, los de la Meeting, la van de Literatura con mayúscula. Está bien, estoy acostumbrado a ser pobre. En París, siempre eres pobre. No me merezco el premio de todos modos y no me lo darían, lo cual es quizás una bendición. Tengo muchas ganas de escuchar tu presentación. Doy por sentado que no vas a dar un espectáculo *secretamente patético* como yo. Leí que es algo sobre el Amazonas. Me interesa mucho el Amazonas. Aunque no he estado nunca en Sudamérica.

—Lo armé todo copiando partes de una guía turística, ¿qué me dices?

Philippe se rio. Sus dientes manchados de tabaco mascaron el aire.

—No lo entiendes, ¿verdad? No entiendes por qué alguien haría una cosa

así.

—Solo quisiera saber una cosa. ¿Cómo te pareció una buena idea? Beckett es un autor muy conocido, demasiado. ¿Realmente pensabas que nadie lo notaría?

—Vamos juntos a la fiesta del pub. Empieza ahora, ya terminaron las presentaciones por el día. Te voy a decir algo, y vas a notar cuánto te aprecio porque no se lo diría a nadie más que a tí. Me gusta un poco que me hayan programado como la gran cosa para cerrar el día. Y que todo el mundo se vaya deprimido después de escucharme. O, al menos, decepcionado. Con este recuerdo no volveré a hacer estas cosas hasta dentro de cinco años. Solo sirven para eso los festivales. Aborrecer tanto el recuerdo, quedar tan asqueado de *la comunidad*, que no quede otra opción que escribir. *Seul contre tous*. Solo eso justifica la existencia de los festivales.

Philippe hablaba con vitalidad, con una energía que no podía haber imaginado de ver su presentación. Parecía transformado, como si el hombre que habitaba dentro del caparazón de escritor hosco hubiera decidido salir de juerga. Atraído ante la sangre en movimiento, un mosquito se posó en su mejilla. Mona achicó los ojos y lo observó con cuidado, no veía bien pero jamás se confundía en presencia de un insecto, era su naturaleza amazónica, sin duda se trataba de un mosquito y no de una mosca. Le pegó una bofetada seca a Philippe.

Philippe enrojeció, y se llevó la mano a la mejilla.

—Tenías un mosquito en la mejilla, no es nada. Continúa.

Philippe se detuvo, con expresión brillante.

—Eso es algo que podría haber hecho un personaje mío. A decir verdad, reconocer *Malone* también es algo que hubiera hecho un personaje mío. ¿Eres real? ¿Siempre andas pegándole cachetadas a la gente que acabas de conocer?

—Vengo de la selva, mantengo una guerra de guerrillas contra los mosquitos desde que nací. Creo en exterminarlos. *No hostages*.

Caminaron juntos la cuesta arriba hasta el Selma's, como se llamaba el pub del resort en honor a Selma Lagerlöf, la primera mujer (una sueca) en ganar un Premio Nobel de Literatura. Iban lento, como en un sueño donde las otras personas parecen lavadas por la lluvia, difusas. No se equivocaba Philippe; nadie se les acercó, la charla lo había recubierto de una capa invisible por unas horas. Desde su punto de vista, quizás se había librado de la mirada ajena, tan llena de apetitos, de cosas a las que corresponder.

Pero quizás el asunto había sido bien diferente, le dijo Mona. Tal vez, en el contexto de un festival internacional, esta clase de mortificación existencial podía decodificarse como un *acto francés*. Tal vez, aventuró Mona, intelectualizar el sufrimiento podía entenderse como una marca regional, del mismo modo que Marco, en tanto latinoamericano, salpicaba su discurso de Che Guevara y Luis Miguel subliminal, y Abdullah hacía de las suyas desde su lugar de árabe orgulloso. Eran las armas de la *world lit*, el modo en que cada uno se apropiaba de su localismo y desde esa atalaya jugaba a su porción del universal literario. Tal vez, al centrarse en su patetismo personal, él estaba actuando de manera totalmente *étnica*; no podía estar segura, pero era una posibilidad.

—De acuerdo, es muy posible. Pensaré en esto. Me interesa la destrucción total de toda expectativa. Ese es mi *métier*; no sé si es algo que calificarías como *muy francés*. Tampoco sé si mi apocalipsis personal es una cosa, como un tipo de queso. Pero no está mal. —Carraspeó Philippe—. De hecho, no me pongo de acuerdo en qué es más humillante: que sea algo francés, o que no lo sea en absoluto.

En el Selma's la fiesta recién comenzaba, pero la curva de destrucción se había acelerado de manera exponencial. Acodados a la barra, suecos y rusos alcoholizados vivaban a Carmine que bailaba encima de una mesita, haciendo equilibrio sobre los tacos rojos. El escritor de Argelia y los árabes aplaudían abajo, totalmente en su elemento; sonaba “Party like it’s 1999”, del artista

previamente conocido como Prince.

Lo que parecía un rincón abandonado del pub reveló una pista de discoteca con piso titilante. El poeta de Letonia lideraba un trencito con tres suecas y Seija, una finlandesa maravillosa que parecía una Marilyn Monroe gigante. Apenas cruzó el umbral junto a Mona, Philippe se encorvó sobre sí mismo, como un signo de pregunta. Se lo veía apesadumbrado en medio del cuadro humano, como si la vergüenza ajena que le producía la diversión de los demás se mezclara con la vergüenza propia. Había perdido más pelo en este festival; quizás le serviría para escribir.

Cuando empezó a sonar “Será que no me amas”, de Luis Miguel, Marco sintió el llamado de la selva y se encendió en un pequeño torbellino; intentaba enseñarle a bailar salsa a Katja, mientras Gemma y Martje, la escritora de los Países Bajos, se movían estilo robot. Al fondo de la pista de baile, Lena y Akto componían una única criatura de ocho brazos, atracándose a besos. Philippe se dirigió a la barra, y Mona fue a conocer los baños.

En el lavatorio del baño de damas estaba la escritora coreana, mojándose las manos. Mona no había intercambiado nuevas palabras con ella, ni sabía su nombre. La escritora había cambiado la bolsa de tejido por un pequeño *clutch* de fiesta y se examinaba algo en el ojo, a centímetros del espejo.

—Hello! —dijo la coreana como un chillido de pájaro, notando su presencia, sin mirarla.

—Hello! —respondió Mona.

Mona se encerró en uno de los cubículos y la coreana encaró la salida del toilette, donde se cruzó con Philippe.

—¿Mona? ¿Puedo hablar contigo?

—¡Philippe, el baño de hombres está al lado!

Mona entró al baño, puso la traba y extrajo su teléfono. Había nuevas pistas sobre Sandrita; una mujer que trabajaba en un frigorífico decía que recordaba esa noche de la desaparición, que la había visto de paseo con un tipo, que los

había visto irse en un auto, pero no había mucha más información; había que esperar. Mensajes sin leer de Antonio y Franco; Mathilde había adorado los poemas. Mona buscó más noticias sobre Sandrita pero en los últimos tres minutos no había novedades, había que esperar; guardó el teléfono mecánicamente y salió. Frente al lavatorio, donde había estado parada la escritora coreana, estaba ahora Philippe, mirándose al espejo con expresión ausente.

—*WTF*, dijo Mona.

—Nada, no es nada, es solo, nada es más real que la nada misma —dijo Philippe, girando hacia ella. Se había bajado los pantalones y se tironeaba del miembro con aire ausente. Apoyado sobre la bacha del baño, se masturbaba indolente frente a ella. La miraba con una sonrisa triste, como una versión exhibicionista del Joker.

—Haz el favor de guardar esa cosa, te vas a resfriar.

Mona salió en una estampida del baño. No sentía asco ni vergüenza; la había impresionado la mueca sudorosa en el rostro de Philippe, esa sonrisa de muñeco roto, y cómo la persona con la que había caminado hasta el pub había desaparecido de nuevo. Sus valores feministas no se hallaban conectados con la médula espinal por lo que no sentía reacciones viscerales en nombre del feminismo, pero no permanecería en el mismo recinto con ese glande beckettiano ni un segundo más. Fue directo a la barra del pub, donde varios suecos se acodaban al arrullo de sus cervezas. Pidió una medida de whisky al barman, y se lo administró de un trago. Toda literatura es onanista o copulativa, pensó Mona, recordando una frase de su editor Giovanni Boyd; al final, Philippe había hecho su elección. Probablemente su intención no era seducirla ni tocarla en modo alguno; quizás solo le bastaba su rechazo, y fracasar, fracasar de nuevo, fracasar mejor. Sonaban los estertores de “Age of consent”, de New Order; empezaba “Girl you want”, de Devo.

Se reía sola, y como estaba en una barra, la soledad de su risa funcionaba

como una forma de saludo al resto. La interceptó Chrystos.

—Están por largar el open mic y dicen que vieron un video tuyo cantando bossa nova, quieren que cantes. Por favor, tienes que cantar. No soy capaz de soportar escuchar una nueva “reflexión sobre nuestro época” —Chrystos hizo rodar los ojos.

—¿Sabes algo? Creo que has sido refutado, Chrystos. No es que en nuestra época ya no haya personalidades literarias... si no que vienen a lugares como estos creyéndose escritores y se van como personajes. ¡Los festivales son las verdaderas novelas!

Mona ordenó otra medida de whisky y se puso en la boca el hielo mojado en el licor. Era peruana, pero le daba lo mismo cantar bossa, tango, valsecito peruano o chacarera: Perú, Argentina o Brasil, ¿qué diferencia había para los gringos? Si cuando se ponía la camiseta de la selección de Perú la vivaban porque creían que era de River Plate, el club argentino, y cuando la veían bailar en Nueva York le hablaban en portugués, y si debajo del Amazonas —es decir, debajo de los pensamientos que Sudamérica se daba únicamente a sí misma— todo estaba hecho de túneles y pensamientos cautivos de quechua, y el quechua tenía en su cristal interior una gramática mucho más cerca del alemán que cualquier idioma romance, esas orquídeas venidas del Latium. El Sur era el origen más grande y más laxo del mundo.

Mona apuró el trago y se dirigió al escenario sin más. Tras ella, Chrystos hacía señas con los brazos para marcarle al sonidista la inminencia del próximo número. Apenas terminase la tanda de música —porque el Selma funcionaba como un casamiento latino, con tandas de baile seguidas de comida —, sería el turno de Mona en el open mic.

—¿Quieres ir al baño a retocarte el maquillaje? De todos modos estás perfecta así —le aseguró Chrystos.

Pas du tout, pensó Mona, mandando un beso volador a Chrystos, y se redibujó la boca de rojo sangriento, no necesitaba espejo. Estaba claramente

colocada, el cerebro anestesiado relamiéndose como un gato en su salón mental. Tarareó para sus adentros la primera canción que se le ocurrió; un bolero exquisito escrito por dos hermanos tangueros, Homero y Virgilio Expósito, los Mick Jagger y Keith Richards del sincretismo Latam quintaesencial.

*Tú, que llenas todo de alegría y juventud
Que ves fantasmas en la luna de trasluz
Y oyes el canto perfumado del azul
Vete de mí*

Pero la descartó; era demasiado retorcida en su lenguaje y su moral, demasiado barroca; le faltaba el factor luminoso que debe tener toda interacción con masas, por más borrachas que estuvieran. Su mente se puso en blanco y cantó como si estuviera sola, a párpado cerrado, profundo y sentido, y a veces miraba a lo lejos, el cuello lánguido proyectado más allá de todos, hacia la negrura de la noche.

*Perdida, me ha llamado la gente
Sin saber que he sufrido con desesperación.
Vencida, he quedado en la vida
Por no tener cariño que me diera ilusión.
Perdida porque al fango he rodado
Después que destrozaron mi virtud y mi honor.*

Adoraba los boleros, la transportaban a su propia cámara sonora, lo que le permitía cantar a capela con la voz llena de sí, como si fuera su propia orquesta. Cuando terminó de cantar, abrió los ojos.

El movimiento del Selma's se había detenido por completo. El director del

festival, Eino Eleino, chocaba las manos despacio, ampuloso, en un aplauso nórdicamente enfático o totalmente borracho. Mona agradeció llevándose la mano al pecho, y tomó el agua que le acercaba Chrystos. Detrás apareció Marco, que puso frente a su cara una florcita blanca y amarilla, una frangipani robada de uno de los centros de mesa.

—Póntela en la oreja, flor de la canela.

Le estampó un beso en la mejilla y tomándola de la cintura la desplazó suave, como en un paso de salsa; en pocos segundos, Marco se adueñó del micrófono para dar su show. Mona sintió un zumbido en el teléfono y lo tomó con desgano; había olvidado apagarlo. Se sentó a un costado. La noticia había llegado a todos los diarios de Lima: Sandrita había aparecido estrangulada y con signos de violaciones reiteradas a la vera del río Rímac. La habían arrastrado entre la maleza, los golpes indicaban más de una persona. La prensa había empezado a llamarla Ofelia del Rímac.

—¿Vas a cantar bis es o quieres hacer un dúo con Marco? ¿Mona, estás bien?

Se llevó la mano a la garganta, apenas podía pasar el aire; los ojos se le llenaron de lágrimas.

Sintió la garganta latiendo como un reptil. Extendió la mano hacia la rodilla de Chrystos, como pidiendo ayuda. Distráido, Chrystos le alcanzó su petaca dorada de whisky. Estaba inmóvil, sentía el peso encima del agresor y no podía moverse. Cerrar los ojos bajo los golpes, el barro entre los dedos. El odio como un olor incandescente tratando de romperla. Las piernas atrapadas pateando bajo el terror, las uñas inútiles; reducida a una bola de carne y pelo, imposible defenderse. Golpeada bajo el agua, cuánto duran los moretones bajo el agua.

—*Te estoy viendo. No puedes escapar.*

El whisky hizo su viaje por el laberinto interior de Mona, encendiendo su sistema nervioso de un fulgor valeroso, emocionado y justiciero. Cantaría por

Sandrita, por esa niña absoluta y por todas las niñas que viven aun muertas bajo los ríos.

*Déjame que te cuente limeña
Déjame que te diga la gloria
Del ensueño que evoca la memoria
Del viejo puente, el río y la alameda.
Jazmines en el pelo y rosas en la cara
Airosa caminaba la flor de la canela
Derramaba lisura y a su paso dejaba
Aromas de mixtura que en el pecho llevaba.*

La noche fue suya y se llevó una pequeña ovación. Estaba tan destrozada por dentro que su rápido descenso del escenario fue interpretado como un ataque súbito de timidez.

9.

Atareado, Eino Eleino, el director del festival, llegó a la pequeña recepción ofrecida en el café del balneario. Llevaba dos libros bajo el brazo y la nueva edición al sueco del Quijote. Lowena lo seguía de cerca, abrazada a un paquete bajo su cuaderno de notas. Traía unas casacas rojas y azules y se las entregó a un grupito de escritores rusos para que las repartieran entre los demás escritores.

Esa mañana, Arkadi Sergey Vladimirovich leyó algunos poemas en ruso, plagados de guiños, humoradas y algunos *puns* de griego antiguo, juegos de palabras que ponían en conexión las vidas privadas del cirílico ruso y el alfabeto griego. Sus textos hacían alusiones socarronas a Heráclito y Parménides, entre otros filósofos helenos muertos hacía varios milenios. Si bien los versos eran totalmente opacos para los no hablantes de griego y ruso, era posible detectar los momentos pícaros por el tono cómplice con el que leía el ruso, y por cómo, al puntuar cada frase, sus ojillos azules se conectaban con las sonrisas sapienciales de su pandilla, que lo escuchaba con deleite. Aunque prácticamente no había entendido una palabra (su griego antiguo se había percutido con el tiempo), a Mona le encantó la lectura de Arkadi. Si nada existía, y solo la literatura era real, ¿por qué deberíamos jugar a otra cosa? ¿Por qué fingir que creemos en la existencia de un mundo común, si solo hay literatura? Eso era para civiles, no para escritores de verdad; el ruso Arkadi parecía decirle, de contrabando bajo los versos, que esos pactos de cobardía solo podrían preocupar a los civiles, a los no iniciados, a los sirvientes de quién sabe qué ideal burgués prestado, continuaba el ruso Arkadi en su mente,

cuya vista no podía detenerse en la audiencia y abarcaba todo lo que se movía y lo que permanecía en silencio, con apariencia de cosa, más allá del cielo y el mar. Cuando el ruso acabó, el director del festival tomó la palabra.

—Queridos amigos, quiero agradecerles que hayan atravesado cielos y mares, campos y ciudades, para acompañarnos en esta edición tan especial de la Meeting. La batalla silenciosa del papel y la tinta nos acerca en una tropa unida, de camaradas y amantes. Yo no puedo decir con franqueza que soy amante de todos ustedes, porque no quisiera tentar a la policía local a que venga a investigar. Pero nos une otro lazo del que sí puedo decir su nombre. Somos camaradas, camaradas de la tinta y de la letra, camaradas y amantes, como reza la dedicatoria de *Hojas de hierba* de Walt Whitman. ¡Brindo por ustedes y por nosotros, mis camaradas de tinta! ¡Camaradas de tinta, unidos! ¡Brindemos por nuestras vidas de pluma!

Con estas palabras, el director del festival dio por inaugurado un evento clave, histórico en la trayectoria del festival: el partido de fútbol en la arena de Suecia versus el Resto del mundo.

Los suecos y suecas se colocaron la casaca azul, mientras el Resto del mundo llevaba la roja. Gemma y Martje usaban shorts oscuros que dejaban ver unas macizas rodillas todoterreno. Akto había condescendido a ponerse un short. Entre los suecos estaba el periodista guapo, con el que Mona no había podido hablar aún. ¿Lo rozaría en el partido, pasando a toda velocidad en control de la bola? ¿O él la empujaría sin querer y terminarían los dos rodando en la arena?

En el Resto del mundo, dos escritores, Fabrizio y Klaus, se revelaron como pensadores del fútbol. Explicaron que la noche anterior habían diseñado entre los dos el equipo perfecto para vencer a Suecia. Jugarían sin arquero, en formación compacta; Abdullah iría como último hombre. De pantalones cortos y medias subidas hasta la rodilla, Abdullah asintió, precalentando en el lugar con pequeños saltitos, ya concentrado en el partido que estaba por empezar.

Martje y Carmine podrían defender en los extremos, Gemma, la alemana, sería volante. Martje preguntó si podía jugar de 6 y Fabrizzio le respondió al instante que jugaban sin 6, “este es un juego rápido de toque y toque, va y va”, explicó chasqueando rítmico los dedos. Marco, el colombiano, sería atacante delantero, en punta, y en la otra punta iría Chrystos, ambos conectados por el juego armador de Klaus al medio. Tendrían dos capitanes, Fabrizzio y Klaus organizarían el juego en cada modalidad, de defender y atacar, respectivamente.

Fabrizzio y Klaus contuvieron el aliento cuando vieron a Lena Bactreau avanzando lenta, enorme e implacable sobre la arena. Desafiante, Lena les echó una llamarada de fuego con la mirada y se sentó de piernas cruzadas a la altura de mitad de cancha. Se autodeclaró la preparadora física del equipo, y ofreció sus habilidades de masaje *deep tissue* para quien lo necesitara. Emocionado, Fabrizzio corrió a darle un abrazo de agradecimiento.

El capitán italiano hizo un ademán para que todos se acercaran e invitó al Resto del mundo a abrazar a Lena con él, generando una bola humana de brazos y risas. Philippe, el francés, se rehusó a ponerse la casaca pero se unió al abrazo colectivo, deseándoles un gran juego.

Después de los primeros dos goles de Suecia, el espíritu de cooperación del Resto del mundo comenzó a mermar. El capitán italiano estaba furioso con el capitán danés, la amistad forjada de noche y alcohol veraniego empezaba a desbarrancar. De acuerdo a sus estilos de vida, el italiano petiso solo pensaba en defender, mientras que para el danés, con su pinta de rubio proletario de pub, el fútbol era una fantasía inglesa de ataque que consistía en avanzar por los costados, hacer centro y cabecear. Fabrizzio gritaba como un oso enjaulado detrás de la línea media y de vez en cuando subía a pelearse con Klaus, que corría de un lado a otro de la cancha de arena. Cuando tocaba la pelota su equipo, aullaba expresiones de aliento, pidiendo a las chicas que corrieran más fuerte. Abdullah exhibía dotes de gran corredor e incapacidad

total de arbitrio en los pies. En el cuarto gol, el capitán italiano tomó de los hombros a Abdullah y le aseguró: “Podemos ganarlo, confía en mí”. Hizo un cambio, que consistió en sacar a todas las chicas para que entrasen los hombres que quedaban afuera; había que salvar el partido. Martje salió compungida de la cancha y se sentó junto a Lena, comentando que Fabrizzio no entendía que se trataba de un juego; Lena se limitó a enumerar los rasgos que a su entender Fabrizzio compartía con Berlusconi. Potenciado por las olas de enemistad creciente, Fabrizzio tocó la pelota y se lanzó a correr toda la cancha, buscando el gol, solo como su dios napolitano, Maradona, ante los ingleses.

Suecia se fortalecía a cada minuto; su poderío no encontraba fronteras.

Así fue que Suecia, por primera vez en la historia de la Meeting, ganó el partido contra el Resto del mundo. Los vikingos se abrazaron y compartieron saltos de algarabía. Las chicas resentidas con el capitán del Resto del mundo vivaron la victoria sueca, y los suecos se quitaron las casacas y pasaron a abrazar y felicitar al Resto del mundo, que también se unió a los saltos eufóricos el tiempo que duraron las fotos para la posteridad.

Terminada la competencia, los escritores fueron conducidos a tomar una cerveza frente al lago. Los nórdicos vencedores se quitaron los shorts y caminaron desnudos hasta la orilla del espejo de agua. Hava y Arkady los imitaron; no parecían enterados de que había existido una competencia. Aunque había corrido bastante, Mona ya conocía el escalofrío helado que vivía dentro de ese lago como un animal que mordía los pies, y no soñaba con acercarse. Se sentó en la arena a disfrutar de la escena envuelta en su abrigo, tomando una botellita de cerveza llena de vodka.

El alcohol entraba en sus pensamientos, colmando los canales entre las ideas, como un archipiélago que desea el hundimiento. La cabeza floja, los ojos húmedos de blanco. Estiró la pierna por atrás de la cabeza, un movimiento de yoga que consideraba insuperable, porque la transportaba

instantáneamente a la sensación de su cuerpo latiendo, mudo y vivo. Cerró los ojos y alargó el cuello, masajeando las cervicales. De pronto dejó de sentir la luz cortés del sol sueco sobre ella. Era la sombra de Sven, el alpino de no ficción, que se había quitado la camperita de cordero y permanecía de pie junto a ella, sorbiendo su cerveza.

—Hola, señorita. Creo que cantas mejor de lo que juegas al fútbol.

Su español era sorprendentemente aceptable. Mona mantuvo la posición y le sonrió, invitándolo a sentarse.

—Me llamo Sven Olle Siggurdsson. Soy como el resto de las cosas de aquí alrededor, soy de aquí. Tú vienes de Perú, ¿cierto?

Mona asintió.

—No te vi sudando la camiseta sueca.

—Ya bastante que perdieran 7 a 1. No creí que mi nación necesitara mis servicios.

—Pues fue muy gentil de tu parte.

Sven tomó la punta de su pantalón y lo enrolló hasta la rodilla. Sus piernas eran obscenamente perfectas, probablemente corría o hacía maratón.

—Estoy lesionado. Me torcí el tobillo jugando con mi perro. No sé bien cómo me caí.

—Tu perro es un dragón de Odín, asumo.

—Creo que mi cuerpo se merece que sea escritor, y prefiere no hacer nada para evitarme las torpezas. Debe ser un sádico silencioso.

En la orilla, el equipo vencedor se entregaba a su ritual. Katrina, una de las escritoras suecas, y Seija, la rubia que parecía una Marilyn Monroe gigante, bailaban sin las casacas, ondulando los brazos como era la moda en los años sesenta; luego se desnudaron por completo y se internaron en el lago. Sven, como Katrina y Seija, formaba parte de otro concurso desarrollado bajo el paraguas de la Meeting; no estaban nominados al Premio Basske-Wortz, sino que integraban un certamen exclusivo para autores del Escudo Báltico. A unos

metros, Akto y otros escritores locales tomaban cerveza y gritaban cosas al agua. Los cuerpos desnudos de Katrina y Seija refulgían níveos contra el paisaje idílico, como ninfas valkirias. El sol las bañaba en una luz espectral, apagándose en una agonía blanca que no terminaba nunca.

—Bueno, tú lo has dicho. Se ve bonito desde aquí, ¿verdad? ¿Ya has probado las aguas nacionales?

—Prefiero mirarlo. Es maravilloso. El sol los afecta de verdad y saca lo mejor de ustedes. Son latinos aspiracionales, ustedes los escandinavos.

—Dime la verdad, tienes miedo de congelarte si te metes al lago. ¿Dónde está la sangre caliente de los latinos?

Mona se echó a reír; además del impermeable, tenía puesto un suéter de cachemir y el pañuelo de seda enfundado hasta las orejas. En otro extremo del balneario, Marco conversaba en un grupito, también pertrechado para el invierno, sombrero y cuero.

—Mejor cuéntame, Sven, de dónde viene tu español de sangre caliente.

—En el colegio nos hacían elegir una lengua extranjera, además del inglés, y a mis padres les gustaba veranear en las Islas Canarias. Luego pasé un tiempo viajando por México, Centroamérica, y viví unos meses en Nicaragua.

—¿Qué te pareció?

—Bueno, fue... sobre todo sucio. Y caliente, sin duda. Pero muy bueno para mi español.

—El español es malo para el cerebro.

—¿Cómo dices?

—Nada en el idioma impide que hagas una frase infinita. Solo observa las subordinadas. O, digamos, el vicio intrínseco de las subordinadas. Nada en el lenguaje impide que subordines al infinito, y, sin embargo, crees una frase bien formada. Y eso está en el idioma, está en Cervantes. De hecho el español te convoca a que subordines cosas a otras cosas, en una ola interminable, porque el español contiene una gramática infinita. Una gramática infinita, ¿puedes

imaginar un monstruo más sublime o pesadillesco? Eso es el español, es como un yeti barroco del desierto, llevándote desbocado por una planicie infinita, el vértigo horizontal. Si lo observas detenidamente, vas a ver cuán horrorosamente vertiginoso puede ser el español. Si vieras realmente lo que te estoy diciendo, sería como contemplar al español en ropa interior, como entrever sus intimidades de señorita. Es tan lujoso, tan lujurioso... que me hace mal.

Mona espió a Sven detrás del flequillo desordenado; hubiera deseado tener lentes de contacto, pero a pesar de que los contornos no eran nítidos le pareció que, por su sonrisa alerta y divertida, dentro de la mente de Sven un objeto llamado El Español empezaba a espiralarse y tomar forma. Le gustaba escucharla.

—Supongo que mi español es demasiado limitado como para percibir lo que dices —dijo Sven pensativo.

Lowena se les acercó exultante y les dio una cerveza a cada uno. Hablaba como si leyera encabezados de e-mails; más que una deformación profesional, era un superpoder:

—Queridos escritores, esto es de parte de todos nosotros que trabajamos en la Meeting. Es la primera vez que Suecia le ha ganado al Resto del mundo en la historia de la Meeting. Solo puedo decirles ¡gracias!

Mona y Sven brindaron en el aire con Lowena, que siguió camino a repartir cervezas entre los perdedores. El clima era de tranquila algarabía. En un extremo del balneario, Fabrizio continuaba explicándole a su novia italiana, venida especialmente a la Meeting, las desavenencias tácticas que los habían arrastrado a la infausta derrota. Por su parte, el otro capitán dedicaba sus últimas energías a la cerveza. El resto del Resto del mundo había olvidado el tema por completo.

—¿Estudiaban latín en la escuela, en Estocolmo?

—No, eso era para chicos ricos. Mi familia no tenía dinero. Pero recuerdo

que sí quería estudiar latín.

—¿Y qué tal te va con la no ficción?

—Pues no sé, nunca lo he hecho. Nunca hice no ficción, creo que como periodista debo ser muy malo. En un tiempo escribía crítica literaria pero me di cuenta de que perdería a todos mis amigos si continuaba. Era eso, o mudarme de continente.

—Siempre está la opción de mudarte a Nicaragua, supongo.

—En Costa Rica, en la playa, quizás hubiera podido dedicarme a la crítica literaria. Te vas al mar, te sientas a leer en una tumbona, y al final del día te tomas unas cervezas y te despachas contra todo lo que está mal y hace mal en este mundo.

—No sé. Quizás preferirías pensar en otras cosas, quizás el resto del mundo ya no te importaría tanto.

—Pero hay que mantener el músculo, ¿no crees? Un amigo mío dice que sin odio, no puede haber arte.

Mona permaneció en silencio. Una línea de nube blanca cortaba el cielo, la estela de un avión que se perdía en la altura.

A unos cien metros de donde estaban, una figura lenta y menuda caminaba sobre la arena de la extinta cancha de fútbol. Era Shingzwe, la poeta japonesa. Vestía un elegante tapado estilo años sesenta, que el viento levantaba dejando ver los pequeños pies moviéndose como escarabajos plateados. Llevaba un *beret* malva, que sostenía con una mano para que no se volase. Se agachó en la arena, como si buscara algo perdido. Al emprender el camino de regreso, pasó junto a Mona y Sven.

—Buenas tardes, Shingzwe. ¿Has perdido algo en la playa?

Shingzwe los miró sin entender. Sven le señaló los puños cerrados. Ella unió ambas manos y se las enseñó, en un pequeño cuenco.

—Oh, buscaba granos de arena. Todavía están cálidos, guardan el calor, la energía y los gritos del partido de fútbol. Quiero llevárselos a mi esposo.

Cuando le cuente de mis días aquí, podrá sentir lo que pasó. Todos se divertían mucho. Había mucha vida. Muy bonito.

Sin esperar una respuesta, Shingzwe cerró el cuenco de sus manos con arena, y se despidió con una leve inclinación. Sven y Mona la miraron embelesados, sin poder añadir una palabra. ¿Se podía hacer literatura-vida así, a fuerza de pactos incesantes con los detalles? Los actos de Shingzwe eran delicados como sus poemas, como el poema de granos de arroz y tazas que había leído por la mañana. Algo simple y bello que existía de suyo, sin discusión, brillando innegable como un diamante. Mona recordó la escena del almuerzo, y se alegró de sentirse a kilómetros luz de esa sensación de angustia que la había embargado frente a ese plato de lágrimas y moussaka.

—No estoy tan segura de que el odio juegue un rol tan importante. Pero sí creo que el desprecio es la *lingua franca* de nuestra época, y creo que es la clase de aseveración en la que podrías estar de acuerdo conmigo.

Sven cruzó los brazos sobre las piernas, los ojos visitando el horizonte. Era mucho más guapo de cerca que de lejos, la cercanía le daba otro aspecto a su atractivo: su voz trasuntaba calidez y sentido del humor, algo cándido y austero a la vez.

—Ahora me haces dudar. Porque no sé si soy tan bueno odiando. O sea que tampoco podría proponerme hacer un arte del odio. Sería un fracaso, y aturdiría mi buen corazón de ruido innecesario. Pero sí me parece un pasatiempo inevitable, y creo que si hay algo inevitable lo mejor que se puede hacer es aprovecharlo, convertirlo en otra cosa. ¿No crees?

Un frente de cumulus nimbus se perfilaba en el cielo, sobre una franja azul lavado. Era exactamente el punto donde se originaba el polvo de tiza blanco que bajaba del sol. Mona habló mirando el cielo:

—Estaba pensando que la historia de las ideas es la historia de las personas. El arte está marcado por momentos en los que los artistas se gustan unos a otros. Se llevan bien, son amigos; algo parecido al *amor* circula entre

ellos. Ese llevarse bien y ser amigos de ciertos grupos es lo que llamamos, al cabo de algunas décadas, *vanguardia*, o movimiento, *Boom* o lo que fuera. Pero lo hacemos a partir de que cierta gente disfruta de estar con otra gente, inspirada por ser lo mismo, escritores o músicos o lo que fuera. Sin esos momentos en los que la gente se aprecia una a otra, sin ese amor, no habría vanguardias, y las vanguardias son como barcasas de cierto arte raro, y sin esas vanguardias o barcasas, el arte no tendría una forma de navegación, y nunca podría rozar el océano de la imaginación general.

Los cumulus nimbus se apilaban como una bestia de muchas cabezas suspendida en el aire, avanzando muy despacio hacia ellos. Mona prosiguió:

—Entonces, es importante gustarse. Tratarse bien, quererse. Porque no vas a ser tú quien impida el surgimiento de una vanguardia solo porque te cayó mal alguien o no te gusta lo que puso otro en Facebook. No quieres ser el Mark Chapman de la vanguardia nonata de tu tiempo. Sin amor, sin ese pegamento, no hay vanguardia, no hay movimiento. Solo la fantasía de una comunidad, o al menos la sensación de idilio loco de creer que compartimos una comunidad fantasiosa, puede salvarnos.

—Me gusta tu argumento. Si no está eso, lo que queda son francotiradores desperdigados por el mundo. Cada cual con su mirilla roja de argumentos y posturas, apuntando a los enemigos.

Mona se acomodó en la arena de costado, dibujando con el dedo en la arenisca, dejando caer los granitos gruesos entre los dedos.

—Pero hay algo de verdad en lo que decías antes, que el odio vuelve legible las cosas. Piedra negra sobre piedra blanca, como el poema de César Vallejo, ¿no? El odio vuelve visibles muchos grupos y vuelve legibles ciertos discursos. El odio es antiguo, pero cuando sale a la superficie es como si un grupo de exploradores encontrara una serpiente fosforescente cruzando un bosque de noche, y ya nada es igual en el mundo ahora que hay serpientes fluorescentes; solo que nosotros somos el bosque, y la serpiente nos atraviesa.

Pero no sé si cuando escribimos buscamos esa clase de legibilidad. Creo que al contrario. Quieres escapar de esos anteojos del odio que vuelve legible el mundo. Aunque esté disponible y seamos capaces de comprenderlo, quizás no queremos comunicarnos, no queremos usar el código vigente. Queremos perseguir a la serpiente donde se esconde. Quizás escribimos para entrar en un agujero, y hablar de otras cosas... Uno se pasa la vida evitando la llegada de la energía negra, la mente se entrena en escapar.

El final de la frase de Mona quedó flotando en el aire. Había hablado sin pensar, sin controlar lo que decía, a dónde iba. Dejó caer la cabeza en la arena, el cabello oscuro desparramado sobre la arenisca. Se puso los anteojos negros y cerró los ojos.

Sven se estiró a su lado, el brazo en triángulo sosteniendo la cabeza. Detrás de la silueta de Mona, el fiordo se perdía en una bruma azul.

—Mientras hablabas pensaba que eso, alejarse del odio, es la máxima libertad. Pensaba en esa fantasía secular, y a la vez sagrada, de la bohemia. Los que escribimos no venimos a garantizar la reproducción de la cultura, sino del sueño de la bohemia, de la libertad. Escribir es el único deseo que para realizarse se basta consigo mismo en sociedad con la mente. Por eso no vamos a desaparecer nunca. Nuestro credo es que la vida puede ser un libro, puede ser leída, inteligida en cada uno de sus signos. Nosotros los escritores somos la evidencia de que la vida es libro, y se escribe. Hacemos algo con lo que para el resto de las personas no es más que viento.

Sven tomó un trago de cerveza, los ojos azules confundidos con el color del mar.

—Digamos que ahora sale una deidad vikinga del agua y tiene el poder de concederte un deseo. ¿Le pides que expanda el amor en tu generación? ¿La fórmula de la Coca-Cola para entrar en el agujero? ¿Qué te gustaría pedirle a la noche?

—¿Esta noche? —Mona se rio, el pelo extendido como una aureola negra

sobre la arenisca. Aspiró el aire de la bahía—. Yo quisiera saber de la vida de mis pensamientos debajo —dijo despacio, casi inaudible.

Sven se acercó a ella, no había logrado oír. Ella lo miró a los ojos:

—Quisiera conocer el fin de la noche.

Sven se reclinó hacia ella, sosteniendo la cabeza en un triángulo con el brazo. Mona lo miró de costado, se puso bizca sin querer, y exhaló el aire en un soplido en forma de beso.

Unas horas más tarde, en la cabaña de él, Mona se dejó caer sobre la cama, mientras Sven tironeaba de sus leggings. Las persianas estaban bajas, apenas entraban los lengüetazos de la noche blanca interminable. Mona gateó hasta la cabecera y se quitó la blusa como un pulóver. La penumbra azul la envolvía; confiada, se quedó en ropa interior, arqueó la espalda contra el lecho duro, elevando la cintura en un pequeño puente. Extendió la mano, invitándolo hacia ella.

Sven permanecía junto a la cama, inmóvil. Se alejó unos instantes y volvió con un velador encendido en la mano, tipo farol a querosén, como el que tenía Mona en su habitación.

—Dime qué ha pasado, Mona.

No contento con la claridad que arrojaba el velador, Sven dio por terminada la atmósfera romántica y prendió la luz general.

—¿Qué ha pasado? Tienes que contármelo.

Mona suspiró. Había confiado en que la luz estaría lo suficientemente baja. Por Skype era más fácil; era en los dormitorios reales donde empezaban las dificultades.

—Esto no está OK, Mona. ¿Quién te ha hecho esto?

Mona echó un vistazo a su cuerpo debajo, como quien se asoma a un precipicio. ¿Cuánto duran los moretones en el cuerpo? Bajo la luz fría de la lámpara del techo, era incluso más impresionante. Las manchas azules de los hematomas le cruzaban los muslos, además de otras marrones que empezaban

a formar una aureola amarilla. Tenía cortes, moretones en todas partes. En el sauna, Lena no había podido verlos, porque la oscuridad la había cubierto y estaba muy distraída para ver otra cosa que su propia idea de Mona. La otra persona que había estado con ella en el sauna, Akto Perksson, existía en su propio mundo heleno-nórdico, donde los cuerpos de las mujeres en un sauna no son decodificados de manera sexual, y por lo tanto, apenas se registran.

La voz cetrina volvía las marcas de su cuerpo más impresionantes.

—Es que no lo sé. Es algo muy... confuso. No lo recuerdo. Solo sé que desperté así.

—Pero con quién estabas. Tienes que recordar con quién estabas.

Inmóvil, Mona seguía el destello del tungsteno en la bombilla del velador. Se secó la cara y cerró los ojos, acurrucada en la cama. Dijo en un hilo de voz:

—Es extraño pero tengo el recuerdo de que morí. Estuve muerta. Solo no recuerdo los detalles.

Las lágrimas bajaban lentas por la piel, recorriendo silenciosas los pómulos, los hoyuelos, hasta los labios y el mentón. Él la besó.

Los sollozos leves de Mona se aplacaron. En su lugar, su cuerpo empezó a temblar de risa. Una risa extraña, fuera de lugar.

—Tu nombre. Sven Olle Siggurdsson. Tus siglas son SOS.

Mona volvió a extender el brazo hacia él, que la observaba de pie, vestido junto a la cama. Sven dio un trago a su vodka y se sentó con los codos apoyados en las rodillas, inspeccionándola, mirándola cambiar a una expresión traviesa y risueña entre las lágrimas. Le acarició el cabello y le convidó su petaca.

—Queda un día de la Meeting. ¿A dónde vas luego? ¿Piensas quedarte por Europa? Dime que vas a cuidarte, que estarás bien. Tienes que recordar.

Sven se acostó junto a ella, la tomó de la mejilla y la besó. Pero Mona sí recordaba. No en la forma de un recuerdo, de algo que le había pasado a ella,

sino como una serie de imágenes. Una autopista de noche. Unos mojitos en la barra de Reposado, un peruano-mexicano de Palo Alto. Más tragos en La Bodeguita del Medio, un restaurante cubano que le gustaba bastante. Quedarse mirando el plato de ropa vieja y no recordar más. Que Antonio, uno de sus compañeros de Stanford, pagara la cuenta. El auto de él, la casa de él, sentir el vidrio contra la cara, no poder moverse por efecto de la droga. Ketamina, probablemente, o Ambien, a veces Mona tomaba Ambien para dormir y se había puesto de moda tomar Ambien para quedarse despierta. Entrar al *dorm* de Antonio, y que la luz se apagase, escuchar murmullos, y luego gritos. Gritos irreconocibles, gritos de una mujer, probablemente, no estaba segura de quién. Ver dos espaldas oscuras, dos hombres, ver el borde metálico de la cama. No saber cuánto tiempo pasó, ni que más ocurrió. Caminar por el campus interminable. Asistir a las clases como un fantasma. Despertar en el Caltrain, con el pelo pegado al suelo. Ver el *reminder* en el teléfono recordándole su viaje a Estocolmo. Sentir el cuerpo pegajoso, entumecido por dentro. Todas esas imágenes podían mezclarse como cartas y continuar iterando en cualquier orden, porque no podía recordar el orden. Solo sentía un nudo profundo debajo de los pulmones, en el centro del pecho, un dolor vacío, que no podía llenar de palabras.

Sven le acarició el cabello. Estaba húmedo de las lágrimas lentas en las mejillas de Mona. No podía evitar sentir un poco de nostalgia anticipada. Todo lo que los rodeaba iba a desaparecer, y solo le quedaría esta sensación, el cabello mojado con lágrimas de una chica que acababa de conocer, ese momento.

La penetró despacio, con movimientos suaves, con un cuidado esmerado que pronto Mona convirtió en fuerza, moviéndose debajo de él y besándolo con una intensidad que no midió, dejándose llevar por la sensación del cuerpo de Sven duro dentro de ella, con una fuerza que la hacía sentir cada vez más ligera, como elevándose sobre un mástil, movida por la tormenta.

10.

El largo sobretodo gris oscuro le llegaba hasta el tobillo, lo que contribuía a su aire sacerdotal. La expresión sombría contrastaba con el paisaje idílico del pequeño puerto en el fiordo sueco. La barba de derviche, tupida y rala hasta el centro del pecho, delataba una tarea no del todo de este mundo. Ragnar Tertius, el poeta islandés, hacía al fin su esperada aparición.

La organización había dispuesto un pequeño podio en la playa, de modo que el orador quedara de espaldas al lago. Después de su presentación, venía el momento más esperado, el clímax de la expectativa, cuando la intriga se disiparía y sería anunciado el ganador o ganadora del Premio Basske-Wortz. Frente a Ragnar, hileras de sillas blancas del balneario consolidaban el auditorio para lo que todos palpitaban como una noche histórica. Ragnar Tertius, el vate de los mares helados del norte, pronunciaría una rara conferencia con el crepúsculo sueco como telón de fondo y, luego, uno de los invitados se alzaría con el ansiado galardón, que incluía, además del dinero, una pequeña escultura de hierro y cristal que representaba a Havsrå, una criatura de los mares del folklore de Suecia.

Los invitados ocuparon su sitio unos minutos antes de la aparición de Ragnar Tertius. Era una noche un poco más fría que las anteriores, y los escritores se habían enfundado en sus mejores galas. La valija de Hava se había reunido al fin con su dueña, quien vestía una túnica larga de paillettes negras y azules. Abdullah llevaba un traje azul de sastrería inglesa, Carmina lucía un vestido rojo escotado, y el poeta de Letonia se había puesto una pequeña galera sobre sus andrajos cuidadosamente descuidados. Gemma

llevaba un vestido corto negro y una campera de cuero, y Marco, que iba junto a ella, había sumado una larga pluma al atuendo de pirata. El evento era televisado en directo, y todos querían estar presentables para la ocasión, y para la eventual caminata triunfal hasta el podio.

Mona detectó algunas caras poco familiares que debían ser periodistas de Estocolmo invitados especialmente a presenciar el evento. Los dos intérpretes, del islandés al sueco y del islandés al inglés, tomaron su lugar bajo un pequeño gazebo detrás del público. Dos hombres de negro colocaron la Havsrå de hierro y cristal del Premio Basske-Wortz en el centro del podio, visible para todos, presidiendo la escena.

El poeta islandés caminó lentamente por la orilla del lago. Había algo ágil, atlético, en su paso, no era el caminar de un anciano, aunque su edad parecía totalmente indefinida. Perfectamente distante en su mundo, en ningún momento cruzó miradas con la audiencia que lo aguardaba expectante. Subió los escalones hasta el podio y permaneció en silencio unos instantes. Sus ojos eran de un azul helado, témpanos en la noche ártica. Su expresión parecía extremadamente grave, concentrada en sí misma. Miró a la audiencia, como si no entendiera del todo qué eran.

Ragnar dejó correr la vista por el lago y la colina que se elevaba en una ondulación de pastos agrestes hasta la carpa blanca. Sus ojos parecieron perderse por unos instantes en un punto lejano, en las copas de los árboles del bosque que rodeaba el resort. Parpadeó hasta regresar por el sendero y los parlantes dispuestos en la arena, los arcos del partido de fútbol, el pequeño bar playero. Podía estar frente a una colección de lagartos y los hubiera mirado con la misma intensidad y desconocimiento.

Mona pensó que era como el cuento de Kafka al revés. En el cuento de Kafka un mono letrado hace un reporte a una academia; pero aquí eran ellos, la audiencia, los monos que debían reportar al poeta islandés, que los escrutaba desde su podio impávido de hielo. Al comando de la voz, el poeta era el único

lector al cual seducir.

Ragnar comenzó describiendo una llanura azul, hecha de mar. Recordaba que estar vivo entre los muertos siempre tuvo su precio. Orfeo no solo desciende al reino de los muertos, sino que es el único que canta incluso después de morir. Que buscara a una mujer amada era un detalle, un truco para trazar una trayectoria entre un mundo y otro; Eurídice era un *gimmick*. En su alocución dejaba entrever definiciones teñidas de misticismo. *Escribir es algo místico, es traficar energías, es dialogar con monstruos, es conjurar un limbo de vivos y muertos*. En una versión del mito, las bacantes lo decapitan; en otra versión, encuentran su cabeza migrante solitaria, cruzando el mar. Lo reconocen porque canta, aunque para entonces Orfeo no era más que un cráneo mutilado flotando a la deriva; canta una canción enloquecida, hecha de un nombre solo, el nombre de ella, la que está en el otro mundo.

Mona giró para ver qué ocurría detrás, atraída por un murmullo raro, porque hasta entonces le había parecido que el halo de atención que producía Ragnar era absoluto. En la última fila del público, el grupo siniestro de los rubios vestidos de negro había tomado asiento. Escuchaban en silencio, los ojos fijos en Ragnar.

El cielo se encendió de púrpura sobre el espejo del lago, que multiplicaba el esplendor de luces. El evento había sido cronometrado a la perfección para hacerlo coincidir con la caída del sol. Sentado en primera fila junto a Lowena, Eino Eleino, el director del festival, seguía las palabras de Ragnar con atención, vestido de punta en blanco al igual que Lowena, que llevaba un traje abotonado de seda verde menta. No tenía que esperar el desenlace para saber que el evento era perfecto, el cierre espléndido de su *tenure* como director de la Meeting, con el agregado del prestigio de ser quien entrega el codiciado Premio Basske-Wortz. Cuando todo terminara, le había confiado a Lowena, regresaría a su cabaña en la isla al norte de Suecia a terminar su libro de poemas sobre Emmanuel Swedenborg. Y luego, quién sabe, volvería a esa

novela que escribía hacía veinte años, y que nunca terminaba por falta de tiempo y, también, porque no quería despedirse de ella, porque una parte de él quería perseguirla hasta el fin del mundo, como Orfeo a Eurídice.

Poderosos, los violetas y rojos continuaban su danza en el firmamento, y el discurso de Ragnar proseguía en una espiral de digresiones que creaba un remolino por donde avanzaba la construcción de una criatura de sentido que no habían visto nunca.

Decía, ahora, que la costa del mar del Norte esconde cuevas de rocas donde una vez se conoció la metafísica oscura de los piratas de Etruria, y cómo *sus barcos blandían enormes arañas de oro o pulpos gigantes como emblemas*. Los piratas etruscos extendían las sogas y ataban al prisionero vivo al cuerpo de un muerto. Los enlazaban de modo tal que los brazos, las piernas y los ojos coincidieran en todo detalle con los ojos del otro, las bocas vivas incluso rozándose con las muertas en un beso perverso y letal. Luego se sentaban a esperar, alejados de las cuevas. Los gritos de horror de los prisioneros condenados a esta práctica de tortura invadían toda la bahía. Los prisioneros miraban con esperanza la llegada de las aves de rapiña, a las que no les molestaban los gritos y tenían la virtud de posarse pacientes a esperar. Intentaban que se les acercaran, para que sus picos cortaran las sogas y los liberasen. Luego comprendían que los pájaros solo se acercarían cuando el olor nauseabundo de la putrefacción avanzada terminara de tentarlos de manera irresistible, y que para entonces ellos también estarían muertos.

El proceso fascinaba a estos antiguos porque en él veían el funcionamiento de la muerte en cámara lenta. Veían la transmutación explosiva de la paleta cromática, los rojos y los amarillos perseguidos por tonos negros y violáceos, la red venosa dibujándose, amoratándose, en una ciénaga de estrías que dibujaban extraños paisajes con el color de la muerte. Para prolongar estos placeres tan estéticos como eruditos, durante días los etruscos llevaban comida y agua a los prisioneros atados, o debiera decir a *la parte que todavía*

estaba viva, la que aún se relacionaba con el alimento, del muerto futuro completo. Los autores que se pegan al pasado y quieren beber de él, de los pigmentos que brotan de las bocas de los muertos, conocen bien estas argucias. Saben que imitan un fantasma que los lectores podrán, quizás, tener con ellos, si hacen de su muerte un hecho irresistible, como una explosión de colores en el cielo. Como los etruscos, observan una mancha verde en el abdomen, que se expande en hinchazones, los pactos de lo duro y lo blando deshaciéndose, el azul que se incrusta en las hendiduras, la oscuridad última devorándolo todo.

Adoraban ver el traslado de esa cosa terrible comunicándose de una persona a otra. Habían elegido la muerte como forma de comunicación secreta, como transmisión de un estado a otro. Su teoría de la lectura era, entonces, una teoría de la muerte, la muerte por contagio, la muerte que vuelve blandas las partes y conquista silenciosa el territorio vecino. La muerte era un estilo de transmisión entre otros, una forma de lenguaje, de pintar colores y de dar sentido a los cuerpos.

A medida que Ragnar hablaba, una línea de niebla comenzó a formarse sobre el lago. Las tonalidades fabulosas de la caída del sol comenzaban a dispersarse, dejando el horizonte en un matiz azul profundo que contrastaba con la niebla blanca sobre la bahía. La brisa se volvió más intensa. Mona cerró su impermeable, hundiendo la nariz en las solapas. Enfundado en una elegante chaqueta azul, Chrystos se ciñó el foulard verde oscuro.

Mona miró hacia atrás; la banda de los rubios misteriosos ya no estaba. Le pareció que habían dejado algo sobre una de las sillas, un cayado. ¿Pero cómo podían haberlo olvidado?

Helada en el lugar, vio que el resto de los escritores se movían incómodos en sus asientos. ¿Era posible, un movimiento tectónico tan cerca del mar del Norte? Sintieron la tierra sacudirse durante unos instantes, pero la posibilidad de un maremoto era tan descabellada que los asistentes se miraron incrédulos.

Ragnar continuó leyendo con voz honda, totalmente absorto, como si nada en el mundo pudiera detenerlo o distraerlo. La tiniebla se acelera sobre el cuerpo del vivo, continuaba, a quien los etruscos no dejan de alimentar para no interferir con las fases sagradas de la comunión pictórica entre vivos y muertos. Eventualmente, los gusanos precursores se abren paso uniendo ambos cuerpos a través de la zona abdominal, preñándola de seres diminutos; cuando el negro pinta ambos cuerpos, cuando los gritos dejan de escucharse, entonces el proceso de la obra de arte se da por concluido, y dejan de llevarle comida.

Cuando fueron acusados de terroríficos, merced a la propaganda romana que buscaba desacreditar la unión de Etruria y Cartago, los etruscos ensayaron una respuesta, sobre la que más tarde escribiría San Agustín, el cuerpo es soma como sema: el cuerpo es la sepultura, y el sema, la revelación. Los etruscos creían que la naturaleza del humano es estar atado a un cuerpo que se pudre; esa es la máxima verdad, y por tanto la única filosofía. Lejos de contentarse con formular una teoría, los etruscos obraban bajo la inspiración de la acción, de una metafísica que funcionaba como una estética; teóricos y agentes de la imagen-movimiento, el mapa de los etruscos se funde hasta desaparecer en el mapa del Latium.

Y a medida que hablaba Ragnar, las aguas se volvieron tumultuosas, y la línea azul del horizonte se tornó borrosa, oculta en el manto de la niebla, que volvió a aparecer intensa y casi negra, como si una pared del océano se alzara al fondo del horizonte. Fascinados, los asistentes intercambiaban miradas. Observaban la actividad del horizonte mientras otros contemplaban el espectáculo a contracampo, en las colinas. Un ruido ensordecedor ascendía desde el fondo del lago, y toda la bahía era una especie de caja de resonancia, con el sonido sordo subiendo y rebotando entre las colinas y el agua.

En ese momento su cuerpo entero se estremeció, al oír un sonido que no pertenecía a esa escena. Un teléfono celular, una llamada entrante. Paralizada de espanto, Mona dejó de inspeccionar lo que la rodeaba cuando se dio cuenta

de que el sonido venía de ella misma, que lo que sonaba era su propio celular. Debía ser una emergencia, siempre tenía el teléfono bloqueado y silencioso. Era un número telefónico de Estados Unidos.

—*Te estoy viendo.*

Mona miró hacia atrás, y todo el terror que había sentido antes volvió sobre ella en un remolino de odio. Había un hombre vestido de negro, uno que no había visto antes. Era él. Lo sabía, ¿cómo no se había dado cuenta? Mona hundió la cara en el impermeable. Había estado ahí todo el tiempo; él había dejado esos signos horribles para que los encontrara. Sus manos temblaron. ¿Estaba loca? Mona miró al poeta islandés y al corifeo de autores que lo escuchaban, participando sin saberlo de su apocalipsis personal.

El discurso de Ragnar Tertius continuaba, pero era apenas audible en medio del ruido ensordecedor que emergía del agua. *Toda la vanidad, toda la vanidad de pensar que el mundo se puede cambiar con palabras, destruido por las palabras mismas.* Apenas podía escuchar a Ragnar, fascinada y también aterrorizada porque nadie a su alrededor parecía entender del todo lo que pasaba, porque veía trazos de preocupación dibujarse en los rostros impasibles de los anfitriones, de los suecos y de los árabes. Mona notó que Hava había emprendido el regreso, caminando lentamente cuesta arriba por el sendero que llevaba a la Patrick Hus, y que cargaba la silla blanca sobre la cabeza. El agua subía cada vez más alto, amenazando derribar el podio. Mona volvió a mirar pero no vio al hombre de negro.

Hemos entrado en los laboratorios prohibidos que definen qué es eso que se traslada de persona en persona. Pero aquí, yo no veo más que vanidad. Ustedes han traicionado el pacto con los muertos. Desorientados y sin comprender qué pasaba, los escritores hablaban entre sí, se paraban, enfocaban cosas con sus teléfonos, consultaban internet en un intento de captar el fenómeno, lo que fuera que estaba ocurriendo, en todas sus dimensiones. El hombre de negro ya no estaba, se había escondido o estaba demasiado cerca,

en su nuca, fuera de su rango obvio de visión. ¿Podía haberlo imaginado, como un holograma devastador?

Ragnar seguía hablando en el podio, aunque casi no se lo escuchaba, en un idioma incomprensible. Miraba a los asistentes con intensidad, como si supiera todo de ellos, más que ellos mismos, como si pudiera ver a través de sus camperas y de las sillas con las que intentaban protegerse. Elevó las manos, profiriendo un poema en islandés antiguo. Los intérpretes ya no se escuchaban, el sistema de audio parecía haber colapsado.

Entonces vieron una pared de agua elevarse súbitamente sobre el lago y salpicarlos, rebotando contra la espalda de Ragnar, con los brazos en alto y los ojos perdidos más allá de las colinas. En una embestida del agua, la Havsrå esculpida en hierro y cristal del Premio Basske-Wortz cayó al suelo, rociada por la ola. Y la tierra tembló, y las aguas temblaron, y los colores del cielo se obliteraron en índigos densos, casi negros. La tormenta se desató furiosa en el cielo, y la noche se aceleró sobre el lago en un vendaval de oscuridad.

Entonces lo vieron surgir. Detrás de Ragnar, una masa de agua comenzó a hincharse en el centro del lago. Parecía un chubasco en altamar, una columna de agua elevándose sobre el plano gris, difusa a lo lejos. El director del festival observaba boquiabierto, tomando a Lowena del hombro, que hacía señas moviendo una carpeta en alto, pidiendo a los escritores que buscaran refugio en el café del balneario.

Vieron que el aluvión del lago escondía el lomo de un animal prodigioso. Algo que nadie había visto jamás, y que surgía como una tromba entre la espuma de la bahía. Los escritores entraron en pánico y empezaron a darse a la fuga. Entre los gritos y las sillas vacías, Mona divisó a Lena Bactreau, sentada con los ojos cerrados, moviendo los labios, como si rezara.

Parecía una serpiente de dimensiones colosales, marcada por escamas brillantes, pero con algo más monstruoso definido sobre ella, algo así como

una expresión humana.

Ragnar repetía un nombre, Jörmungander, Jörmungander. La tierra parecía responderle en un temblor que repetía en eco: Jörmungander, Jörmungander. *Jörmungander se arrastrará fuera del océano y envenenará los cielos, y de sus fauces pululará el veneno y reptará entre el fuego a los pies de los gigantes.* Jörmungander los guiaría a través de un sistema de cuevas interminables debajo de los mares; cuando un rayo de sol la tocara, las víctimas podrían ver por última vez los ojos de los muertos atrapados bajo las escamas traslúcidas. ¿Podía la literatura del pasado infinito ser esa serpiente? Experta en el Amazonas, Mona se había aventurado a los habitantes fantásticos de las aguas de otras latitudes y conocía ese nombre. Jörmungander era una bestia mitológica, un animal que vivía en el fondo del mar del Norte, de barbas como tentáculos y una fuerza de titán. Mona pensó en las muertes sucesivas del arte, la muerte de la historia, la muerte de la novela, que vienen ocurriendo desde antes del siglo XX, qué pasaría si todas esas muertes crearan una erosión geológica, una forma de impacto geológico; si las ideas produjeran fuerzas físicas, la virulencia de este ser inexplicable vendría de todas esas muertes estallando unas contra otras, parecía decirle Ragnar, que ahora era casi inaudible. Nada de eso podía explicar, sin embargo, el espectáculo de destrucción que tenía frente a sí, cuya irrealidad tampoco podía comprender del todo. Se abrazó a su propio cuerpo, acurrucada en el asiento.

Entonces recordó. Era exactamente así cómo había permanecido durante horas, abrazando las piernas en shock, las lágrimas bajándole por el rostro después de que Antonio, del doctorado aldeaño en Stanford, al cabo de una borrachera con aditivos en su casa de estudiante en California, la golpeará con los puños en el cuello y la pateara en el suelo durante minutos que fueron interminables, sin que ella pudiera resistirse, y todo a partir de una discusión rara porque fue mientras tenían sexo, un sexo que se volvió extraño y doloroso, y ella pedía que parase pero él no parecía escuchar hasta que Mona

se zafó y trató de alcanzar la puerta y escapar desnuda pero él la atrapó del pie y luego, pisándola en el tobillo con la bota para que no escapase, dejó caer sobre ella su biblioteca, que era lo que tenía más cerca, en un movimiento que precipitó todos los libros de economía política de Antonio sobre el cuerpo desnudo de Mona, que aulló de pavor al sentir los kilos de libros cayéndole encima, y el grito sacó de quicio a Antonio, lo sacó totalmente de quicio porque, como diría después en mensajes que Mona nunca contestó, había sido un accidente, él no hubiera querido ver su preciada biblioteca desplomándose entera sobre una chica desnuda, mucho menos ella, que le caía tan bien y que era tan hermosa, pero el grito, ese grito gutural y desubicado, tan de loca conventillera latinoamericana de mierda, lo molestó tanto que en un raptó de furia había empezado a saltarle encima, a patearle el cuerpo y a pisotearla bajo los libros. Y como ella no se callaba la había arrastrado del pelo hasta el baño, donde la puso debajo de la ducha para limpiar toda marca de que él había estado en ese cuerpo, no tanto para protegerse a él, como explicaba mientras le frotaba jabón por el cuerpo y champú por el pelo, metiéndole los dedos llenos de jabón antigérmicos dentro de la vagina, porque lo hacía, decía, para protegerla a ella de un problema en el que no le gustaría pensar, un problema con el cual mejor no meterse, por lo cual era mejor ni considerarlo, como sería hablar con los servicios de la universidad que eventualmente podrían suspenderle la visa porque nunca le creerían.

Y cuando estaba en la ducha, shockeada y entumecida por los golpes, la mitad del cuerpo enjabonado y con espuma de champú, estaba tan hermosa, le dijo, que él había tratado de besarla repetidas veces, amigarse de una vez y terminar en la ducha lo que habían empezado en la cama, si se llevaban tan bien en la cama, y como ella no respondió a sus besos, totalmente ida pero con los ojos abiertos como si estuviera desmayada, pero no estaba desmayada y Antonio no sabía, no podía saber si estaba fingiendo, ¿estás fingiendo Mona?, entonces la abrazó muy fuerte, y se puso a llorar él también, y le dijo que se

había asustado tanto al escuchar el grito de Mona viniendo de tan adentro cuando él la abrazaba, por qué gritar si podían susurrar, por qué gritar le gritaba en el oído a la distancia de un susurro, no hay que gritar le dijo Antonio mientras le incrustaba la cabeza contra los azulejos del baño, tras lo cual Mona perdió totalmente el conocimiento bajo el agua que seguía mojándola.

De algún modo Antonio la había depositado en el andén del Caltrain, donde ella paseaba a menudo, aunque no podía recordar nada del trayecto. Pero el recuerdo y la humillación habían regresado con tal fuerza que las lágrimas le quemaron la cara de volver a verlo todo, la cara de Antonio susurrándole amenazas al oído, insultándola, pegándole o sonriendo, acariciando su pelo mojado pegoteado de alcohol y tratando de lavárselo mientras ella estaba inconsciente, porque estaba inconsciente pero podía verlo desde el espejo, desde la luz del baño, como un ojo omnisciente o una mosca. Antonio besándola mientras creía que había perdido el conocimiento, tocándola, acariciándole el cuello y las piernas, buscando el vello de la pelvis, y ella mordiéndole un pedazo del labio, y la última bofetada, tan fuerte que la arrojó contra los grifos metálicos de la ducha. Y ahora pensaba: no fue solo esa vez. Fueron muchas, y ella seguía yendo, ciega en una fascinación maldita para la que no tenía nombre.

Y luego, nada. Quizás la creyó muerta. Quizás también ella se creyó muerta. O no del todo. Solo una parte de ella había muerto ahí, y por eso, por unos instantes no le importó que el mundo se terminara en ese paraje del mar del Norte. Nunca había visto un cielo tan majestuoso en su vida, como si la verdadera vida tuviera lugar siempre ahí, arriba en las nubes, donde solo los dioses juegan al arte.

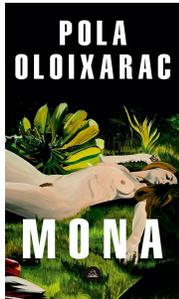
Entonces sintió una mano sobre el hombro. Era Sven. La tomó del brazo. Juntos se echaron a correr hacia el bosquecillo junto a la playa, siguiendo la orilla.

La tierra se abrió debajo de ellos, y mientras el lago avanzaba sobre sus cuerpos en un pared de agua, Jörmungander desapareció en las profundidades entre columnas de espuma negra. El cielo se despedazó por completo sobre las cabezas, y el café del balneario fue engullido por el alud que bajaba desde las colinas, devorando todo lo que encontraba. Mona vio flotar los anteojos anaranjados de Abdullah, y más allá, entre las sillas, los tacones rojos de Carmina hundiéndose en el agua. El foulard de Chrystos sobrevoló raudo la playa y desapareció tragado por el torbellino que subía desde el agua. Vio a Lena Bactreau aullando al cielo sin sonido, el rostro desencajado, como si quisiera hacerle frente y sus palabras sirvieran para algo. Akto tenía una expresión fascinada, casi tranquilo, cuando la ola se lo tragó. Vio a Philippe lanzarse enloquecido en dirección al agua que estallaba en mil pedazos, en una conflagración negra, púrpura y azul. Ya no veía el perfil oscuro de Ragnar y sus manos elevadas sobre el mundo, había desaparecido en el momento en el que la primera pared de agua tocó la orilla.

Algunos escritores huyeron corriendo por las colinas, pero estas se cerraron sobre ellos como flores carnívoras que atraen a los insectos y los dejan posarse sobre sus suaves ondulaciones para derrumbarse de repente sobre ellos, devorándolos. A lo lejos, vieron cómo la Patrick Hus se desplomaba en silencio, chupada por una fuerza implacable que la hacía implosionar como un castillito de fantasía, mientras la carpa blanca volaba deshecha bajo la tormenta como si nunca hubiera conocido más que la lluvia, el polvo y la nada.

Agradecimientos

Deseo agradecer especialmente a Emiliano Kargieman y Victoria Liendo. Agradezco los valiosos comentarios de Gonzalo Garcés, mi agente María Lynch y mi editora Ana Pérez, para esta novela.



«La prosa de Pola Oloixarac es el gran acontecimiento de la nueva narrativa argentina.»

Ricardo Piglia

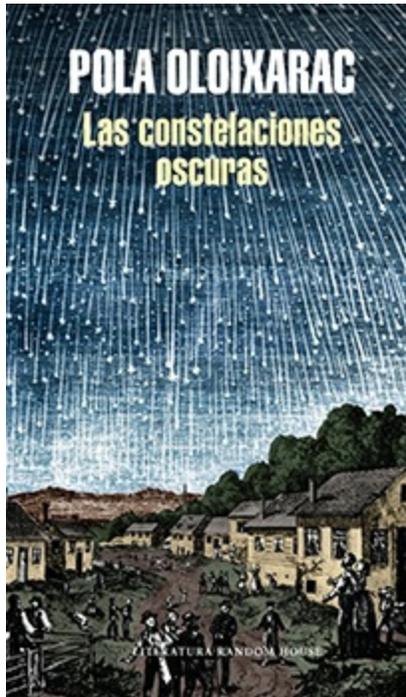
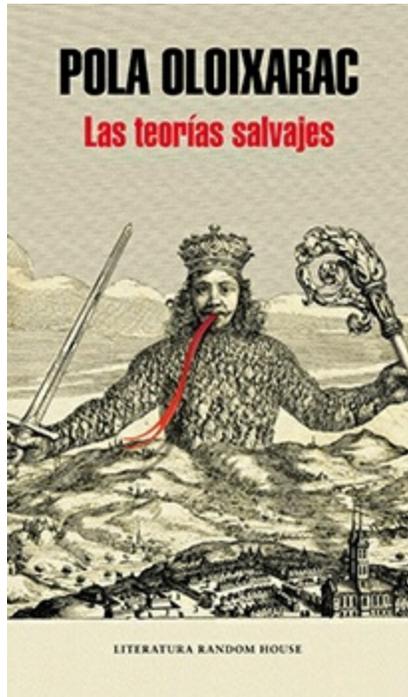
«Vienen a estos lugares creyéndose escritores y se van como personajes», piensa Mona Tarrile-Byrne, joven narradora peruana. En su espiral de drogas californianas y derivas eróticas, Mona aterriza en un pueblito de Suecia junto con unos pocos colegas nominados al prestigioso premio literario Basske-Wortz. En ese lugar límite —en la frontera del espacio habitable por la cultura, antes de la noche muerta del Ártico—, descubre las marcas misteriosas de una violencia que no puede explicarse.

Llegados de todo el mundo, los escritores se agradan y recelan, se miden y seducen. Entre las aventuras sexuales y mentales de la protagonista y los debates acerca de vanguardias, ideologías y mercado —de TED talks a orgasmos borgianos—, Pola Oloixarac retrata con alucinante acidez el círculo hípster de una *Weltliteratur* imaginaria.

La autora brilla en este *thriller* de ideas, una sátira devastadoramente actual de la brutalidad latente en las élites culturales y una oscura meditación sobre el poder de la lengua para transformar el mundo.

POLA OLOIXARAC

Nació en Buenos Aires en 1977. Estudió Filosofía en la Universidad de Buenos Aires y es autora de las novelas *Las teorías salvajes* y *Las constelaciones oscuras*, traducidas a nueve lenguas. Escribió el libreto de la ópera *Hércules en el Mato Grosso*, representada en el Centro de Experimentación del Teatro Colón en 2014 y en Nueva York en 2015. Fue elegida entre los mejores narradores en español por la revista *Granta* en 2010 y recibió las becas de Letras del Fondo Nacional de las Artes, International Writing Program en Iowa, Banff, Yaddo, MEET Saint-Nazaire, Amsterdam Writer in Residence y Dora Maar. Sus artículos sobre política y cultura han aparecido en *The New York Times* y BBC, entre otros, y mantiene una columna semanal en el suplemento de cultura del diario *Perfil*.



[Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar](http://megustaleer.com.ar)

Oloixarac, Pola

Mona / Pola Oloixarac. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Literatura Random House, 2019.

(Literatura Random House)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-769-055-2

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Pintura de cubierta: *Falopio* de Eloísa Ballivián. Acrílico sobre tela, 180 x 120 cm, 2009

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti

© 2019, Pola Oloixarac

Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-769-055-2

Conversión a formato digital: Libresque

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

Mona

Dedicatoria

Epígrafe

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la autora

Créditos